



*El eco  
de la  
esperanza*

*Brianne Miller*

Quiero dar las gracias a mi familia, a mis amigos, pero sobretodo a ti, hermana, porque sin ti no habría llegado a donde estoy ahora. Gracias, eternamente, ya lo sabes.

También quiero agradecerte a ti, Itziar, porque me diste el empujón que necesitaba para lanzarme a la piscina y saber hasta dónde era capaz de llegar. Sin tu ayuda no habría llegado a publicar éste libro, eres una gran parte de él.

Y por último, aunque más importante, quiero darte las gracias a ti, lector, por confiar en mí, y por darme la oportunidad de hacerte entrar en mi mundo de fantasía a través de mis novelas. Gracias de todo corazón.

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Epílogo](#)

# PRÓLOGO

Alex Llorens volvía a casa después de una noche de juerga. Acababa de dejar a sus amigos en casa y solo quedaba Luismi, su mejor amigo, que vivía a veinte metros escasos de él.

Llegaron a su calle, pero no había ni un solo hueco donde aparcar el coche. “Perfecto” –pensó–, “ahora me toca dar vueltas buscando aparcamiento, y mañana a las siete en pie”.

Debería haberse quedado en casa, pero sus amigos le hablaron de un nuevo local en el que ponían música disco y necesitaban un DJ. Tenía que probar suerte, el trabajo actual se le terminaba al día siguiente y necesitaba encontrar lo que fuera para poder alimentar a su hijo. Gracias a sus habilidades con el ordenador el dueño del local le contrató para que empezara a trabajar en septiembre.

Encontró aparcamiento a unos cien metros de su casa, y aparcó allí porque prefería andar un poco y poder dormir aunque fuese un par de horas a estar dando vueltas cerca de su casa, donde era casi imposible aparcar a la primera. En la esquina se separó de Luismi y se dirigió con paso cansado a su casa.

Sintió que alguien le seguía. Se dio la vuelta, pero no vio a nadie. “Tío, del sueño ya alucinas” –pensó. De repente, una figura descendió flotando delante de él. Tenía el pelo blanco, que le llegaba casi a los tobillos, recogido en una

sencilla coleta que dejaba entrever un par de entradas bastante prominentes. Era alto, al menos metro noventa, y de figura delgada y angulosa.

Tenía un tatuaje en el lado izquierdo de su cuello, una especie de L rodeada de ramas. Sus ojos eran completamente rojos, a excepción de la pupila, que era negra como la noche, pero lo que le horrorizó fue el par de colmillos puntiagudos que sobresalían de sus labios carnosos.

–Vaya, vaya, ¿qué tenemos aquí? Un delicioso humano... Mmm... me vienes de perlas, porque me muero de hambre.

–¿Quién demonios eres tú? –preguntó Alex aparentando el valor que no tenía.

–Querido, no disimules, puedo oler tu miedo. Y no me insultes... No soy un demonio, sino un vampiro.

–¡Los vampiros no existen!

–Sigue convenciéndote a ti mismo de ello mientras te chupo la sangre.

Alex salió a correr en dirección contraria sin tan siquiera mirar atrás. Corrió un buen rato como alma que lleva el diablo, aunque apenas le quedaban fuerzas. Miró hacia atrás, pero el tipo ya no estaba donde lo había dejado, así que se paró en seco e intentó coger aire a grandes bocanadas, pero cuando levantó la vista vio al monstruo a escasos milímetros de su boca.

–Gracias, así me será más fácil alimentarme –dispuso el vampiro con una sonrisa malévola.

Le clavó los colmillos en el cuello. Y Alex gritó. Gritó con todas sus fuerzas con la esperanza de que alguien le oyese. La vena aorta le latía muy fuerte debido a la carrera y el vampiro apenas tenía que hacer esfuerzos para desangrarle. Vio toda su vida pasar delante de sus ojos como si fuera una película.

Casi no tenía fuerzas para seguir luchando, su único pensamiento en ese momento era su hijo pequeño. No volvería a ver su sonrisa, ni sus juegos, ni su carita cuando le regañaba, no podría volver a besarle, a abrazarle y decirle que todo iba a salir bien.

De repente el monstruo se quedó inmóvil, alguien le quitó de encima el cuerpo inerte del vampiro, que se desintegró poco a poco. Vio a Luismi parado en mitad de la calle con un palo agarrado con ambas manos, cubierto de sangre y los ojos desenchajados.

–¿Qué... qué demonios era eso? –preguntó sin quitar su mirada aterrada del vampiro.

–Vampi... vampiro –musitó justo antes de perder el conocimiento.

Se despertó unos minutos después debido al enorme dolor que sentía en todo el cuerpo. Parecía que le habían prendido fuego en cada una de las venas y arterias que lo recorrían, y empezó a gritar desesperado. Sus músculos empezaron a estirarse y retorcerse por sí solos y sus huesos parecían rotos en mil pedazos. Entre la niebla del dolor vio a Luismi, que le aplicaba paños de agua

helada por todo el cuerpo.

Cuando creía que moriría del dolor, todo terminó y volvió a desmayarse. Se despertó varias horas después muerto de sed, pero no de agua... sentía una horrible sed de sangre.

# CAPÍTULO 1

Elena Benavent era escritora. Acababa de conseguir que una editorial de renombre le publicase su primera novela, que escribió como desahogo tras su desastrosa separación. La verdad es que aún no sabía el éxito que estaba teniendo, pero sus novelas se vendían como rosquillas a lo alto y ancho del país.

Se encontraba en el mejor momento de su vida hasta la fecha. A pesar de vivir en casa de su madre, se sentía plenamente satisfecha. Su mayor sueño estaba a punto de hacerse realidad y tenía amigos que le demostraban cada día que había elegido bien. Lo único que le faltaba era un buen hombre a su lado, pero después de varios desengaños había decidido no pensar en relaciones en un buen tiempo.

La mayor de todas, y la que quizás le hacía huir de las relaciones, fue su matrimonio. Durante el noviazgo todo fue un cuento de hadas, pero al casarse con el supuesto hombre de su vida empezó la pesadilla. Su ex marido era capaz de beberse quince litros de cerveza diarios, y a eso había que añadirle el maltrato psicológico y las infidelidades.

Elena había vivido un infierno con ese hombre, y aún se despertaba en mitad de la noche envuelta en pesadillas por su culpa. Sus amigas se fueron alejando de ella, y cuando se separó descubrió que su maridito se había dedicado a tirarles los trastos a todas ellas a sus espaldas.

La verdad es que hubiese preferido que sus amigas se sincerasen con ella en



vez de alejarse, pero como ellas mismas le dijeron, tenía que darse cuenta por ella misma de la clase de escoria que era su marido.

Duró cinco meses casada, al sexto recogió sus cosas y volvió a casa de su madre, pidió el divorcio, y hacía ya año y medio que nada la vinculaba a ese individuo. Tuvo que hacer amistades nuevas y recuperar a las antiguas, porque por culpa de su ex había descuidado a sus amigos de toda la vida. Por suerte, ahora se encontraba rodeada de pocas personas, pero cada una de ellas le aportaba un pedacito de felicidad.

Esa noche había decidido salir con sus amigos a una discoteca en la que nunca habían estado. Llevaba mucho tiempo inmersa en escribir su novela, y apenas había pisado la calle en todo ese tiempo.

Cuando entró se quedó maravillada. Parecía estar en una biblioteca antigua, una de las salas preferidas de Elena. La discoteca estaba decorada con hileras de libros en estanterías que llegaban desde el suelo al techo, y en el centro de la misma un balcón semicircular dejaba a la vista un globo terráqueo de gran tamaño.

A ambos lados de la puerta se extendían un par de barras con dos camareros cada una, y a su derecha había una escalera que subía a la planta superior, cubierta de mesas con sillas, suponía que para el café de la tarde.

Se acercaron a la barra de la izquierda a pedir las bebidas. Ella no bebía alcohol, por lo que se pidió una Coca Cola, se dio la vuelta y echó una ojeada al

local, aunque no había nadie interesante.

–¡Vamos, Elena! No te quedes ahí sujetando la barra y muévete un poco. Hemos venido a bailar, no a hacer de mueble –le espetó su amigo Fernando.

–Voy, voy... Déjame, que me estoy poniendo en situación. Hace mucho que no salgo –respondió la muchacha apoyándose en la barra.

–No digas tonterías, suelta el vaso y menea el esqueleto –dijo su amigo tirando de sus manos.

–Pero mira que eres plasta... baila tú que ya bailaré yo. No me metas prisa, que tenemos toda la noche.

–Elena, por favor... –suplicó Fernán poniendo pucheros.

–Está bien, está bien... pero que conste que lo hago solo por ti.

Elena se puso a bailar con él. La verdad es que Fernán siempre era capaz de sacarle una sonrisa, no hacía mucho que se conocían, pero le había tomado mucho cariño. Se conocieron gracias a una amiga en común, Ana, que en ese momento bailaba con un chico alto y moreno que no estaba nada mal.

Sonó una de sus canciones de salsa favoritas, y Fernán no dudó ni un momento en ponerse a bailar con ella. En uno de los giros, fijó la vista en la puerta de la discoteca. Y entonces lo vio y se quedó paralizada.

–Cariño, no es gran cosa –señaló Fernán en ese momento cogiéndola de las manos y haciendo que volviese al baile– He estado con tipos mejores.

–Eso lo dices porque no es gay, si no, estarías babeando –le contestó Elena intentando disimular, pero girando la cabeza para verle.

–Eso es cierto, desprende heterosexualidad por todos los poros de su cuerpo. Qué lástima.

–Eso será para ti... para nosotras está de fábula –gorgéó Elena sonriendo.

El hombre en cuestión era normalito, pero muy atractivo. Iba vestido con unos pantalones vaqueros, una camisa negra y una chaqueta del mismo color. Su cuello estaba adornado por una sencilla cadena de oro de la que colgaba una medalla.

Era alto, cerca del metro ochenta, y tendría alrededor de los treinta, se notaba que era un hombre, no un crío. Sus ojos eran del azul más intenso y cristalino que Elena había visto en su vida, su pelo, castaño y rizado, lo llevaba muy cortito, y una barba de varios días adornaba su cara, pero lo que dejó a Elena paralizada fue su sonrisa. Al reírse le salían unos hoyuelos muy sexys, y sus dientes blancos resaltaban en la penumbra del local.

Se acercó a la barra por donde estaba ella. Sin querer la rozó con el brazo, y un millón de pequeñas descargas eléctricas recorrieron su cuerpo. Pidió un refresco, y su voz recorrió la columna vertebral de Elena. Era una de esas voces que podría tirarse toda la vida escuchando: armoniosa, seductora, aniñada y a la vez viril...

–Oye, ¿has visto a ese? Está buenísimo –le musitó en ese momento Cris,

la benjamina del grupo, al oído.

–Olvídate, enana, es demasiado viejo para ti –le contestó Elena sonriendo.

–Quizás, pero para ti no –le replicó Cris con burla.

–A mí déjame de historias que estoy muy bien sola.

–Eres tonta, tía. Podrías tener a quien quisieses y sigues a pan y agua.

–Cris, estoy muy bien tal y como estoy. No necesito que un hombre venga a amargarme la vida.

–Han pasado ya casi dos años desde tu divorcio, ¿no crees que ya está bien? No todos los hombres son iguales.

–Estoy sola porque ahora mismo mi principal preocupación es la novela. Solo y exclusivamente por eso. No tiene nada que ver con mi divorcio.

–Ya, ya, ya... lo que tú digas –se burló Cris.

–Déjate de historias y ponte a bailar con ese chico, que te está poniendo ojitos de cordero degollado –agregó Elena señalando a un joven que no paraba de bailar y tontear al lado de su amiga.

–¿Tú crees? –preguntó Cris toda ilusionada.

–Compruébalo tú misma. Solo tienes que sonreírle un poco y caerá rendido en tus brazos.

Continuaron bailando, pero Elena no podía quitarle los ojos de encima al desconocido. Hacía mucho tiempo que un hombre no le llamaba la atención, pero lo curioso es que este no se parecía en nada al tipo de hombre en el que ella se fijaba. Este tipo era buena persona, algo en su interior se lo decía, quizás fuese

su mirada, o esa cara de niño bueno... o quizás su manera de comportarse. Siguió bailando al ritmo de la música sin perderle un segundo de vista.

Lo que la muchacha no sabía es que él tampoco se había quedado indiferente al verla. En cuanto Alex entró por la puerta lo primero que ocupó su campo de visión fue una muchacha morena, bastante alta y muy guapa. Estaba bailando con un joven, y sus carcajadas mientras daba vueltas atrajeron su atención.

Era interesante. A pesar de intentarlo, no podía evitar desviar la vista hacia ella cada dos por tres, pero él no podía permitirse el lujo de fijarse en ninguna mujer. Salió a fumarse un cigarro, quizás eso le calmara sus hormonas revolucionadas.

Elena se apoyó en la barra derrotada, los zapatos estaban acabando con ella. Miró a sus amigos uno por uno. Cris estaba tonteando con el muchacho de antes, Raúl hablaba con un amigo suyo apoyado en la pared, Ana y Sandra jugaban a la ruleta, y Fernán se les estaba acercando para unirse.

De buena gana se hubiese ido a casa, pero no podía hacerles ese feo a sus amigos. Habían salido por ella. La habían visto tan ensimismada en su mundo que habían querido sacarla a despejarse, pero ella de lo que realmente tenía ganas era de sentarse en el sofá a ver una película romántica a oscuras, si era en buena compañía, mejor.

Volvió a desviar la vista hacia donde antes se encontraba el desconocido. Estaba apoyado despreocupadamente en la barra sin prestarle atención a nada

mientras su amigo hablaba con un par de mujeres.

Le llamó la atención que no le prestase atención a ninguna de las chicas, pues eran preciosas, tenían cuerpos esculturales, y de cara eran dos barbies en toda regla. Pero él la estaba mirando a ella. Empezó a sentirse incómoda y se dio la vuelta para evitar el escrutinio.

Alex estaba apoyado en la barra del local aparentando indiferencia. No sabía qué hacía allí, de no ser porque Luismi le insistió, no habría salido esa noche, estaba cansado y no le apetecía nada esquivar veinteañeras en celo.

–Esto está hoy lleno de tías –se relamió Luismi–, hoy seguro que pillamos.

–Mira que eres pesado, tío, liga tú y a mí me dejas tranquilo. A la tía que se me acerque la muerdo.

–Venga ya! No vas a morder a nadie. No harías daño ni a una mosca.

–Como sigas dando el coñazo a quien voy a morder va a ser a ti.

–Ni en tu época de transición me mordiste, tío.

–Eso puede cambiar en cualquier momento.

Hacía ya tres años que se había convertido en vampiro, una conversión terriblemente dolorosa. Empezó a sentir cómo sus venas ardían y sus músculos se retorcían en respuesta, sus ojos se convirtieron en dos rendijas de color amarillo, su oído se agudizó, se hizo mucho más fuerte, y cuando creía que sería mejor morir que seguir luchando contra el monstruo que nacía en su interior,

todo acabó.

Jamás se alimentaría de nadie, iba contra sus principios. Se mantenía a base de sangre embolsada que Luismi le proporcionaba. Tenía un amigo en el Banco de Transfusión Sanguínea y manipulaban las bases de datos para que nunca le faltase la comida en la nevera.

Con una bolsa al día era más que suficiente para calmar su sangre infectada. Se alimentaba a base de carne poco hecha, frutas y verduras, y podía vivir de manera normal, pues, aunque el sol quemaba su piel mucho más rápido que a los humanos, no lo aniquilaba como contaban las leyendas.

Pero no siempre había sido tan fácil. En los primeros meses, la sed de sangre le había llevado al límite en más de una ocasión. Se aisló del mundo porque solo oír el correr de la sangre por las venas de cualquiera que estuviese cerca servía para que sus colmillos hiciesen su aparición y la sed le retumbase en los oídos.

Solo Luismi se había atrevido a acercarse a él. Su mejor amigo tenía más fe en su moral que él mismo, y gracias a eso ahora Alex se alimentaba de bolsas y había aprendido a controlarse.

Estaba cansado de su vida. Había veces en las que pensaba que hubiese sido mejor morir en manos del vampiro que esto, pero poco después recuperaba la cordura. Tenía un hijo al que adoraba y al que tenía que cuidar, un hijo que le daba fuerzas cada mañana para seguir adelante, la única alegría que tenía en ese momento en su vida. Y quizás el destino le tenía preparado algún trabajito en el

futuro...

Desvió de nuevo la vista hacia la mujer que bailaba a escasos centímetros de donde él se encontraba. Tenía algo que le atraía, quizás fuesen sus pechos prominentes, o quizás lo único que le pasaba era que llevaba demasiado tiempo sin sexo.

La muchacha se fijó en él, lo sabía, su sangre vampírica tenía ese efecto en las mujeres, era una especie de atrayente. El resto de los de su especie lo utilizaban para alimentarse, pero para él solo era un incordio.

La joven se puso a su lado con la intención de pedir una copa y le sonrió cuando él se echó a un lado para dejarle espacio. Le devolvió la sonrisa en un acto reflejo. Llevaba tres años sin estar con ninguna mujer porque no quería correr el riesgo de matarla mientras tenía un orgasmo, y no pensaba cambiar eso ahora.

A la camarera no le hicieron ni chispa de gracia aquellas sonrisas cómplices, porque por más que la llamaba la muchacha no se acercaba a ponerle la bebida. A Alex le dio un poco de pena, así que saltó la barra y se apoyó delante de ella.

–Y bien, preciosa. En vista de que aquella payasa no te atiende, voy a tener que hacerlo yo ¿Qué quieres tomar? –la mujer se echó a reír.

–Te van a echar a patadas.

–Que lo intenten, a ver si tienen suerte –le aclaró, guiñándole un ojo.

–Está bien... ponme una Coca Cola.



–¿Aliñada con qué?

–Con hielo. No bebo alcohol.

–Chica inteligente. Ahora mismo te la pongo.

Pero no le dio tiempo ni a poner el hielo. El portero de la discoteca se acercó a él con cara de pocos amigos y le increpó que o se iba por su propio pie, o tendría que echarle a patadas.

Alex sonrió. ¡Le gustaría ver cómo! Una de las ventajas de ser un vampiro era poseer una fuerza diez veces mayor a la de un gorila como el que le hablaba, pero no tenía ganas de follones, así que se despidió de la joven con un guiño y salió por la puerta seguido por un Luismi con cara de pocos amigos.

–¡Maldita sea, Alex! Para una vez que consigo ligarme a un bombón, vas tú y la lías. ¿Se puede saber qué mosca te ha picado para hacer esa estupidez?

–Simple caballerosidad, Luismi. La camarera no quería atender a esa mujer y me dio pena.

–Pues la próxima vez dale un chiflido a la camarera y le pides a la mujer lo que quiera en vez de hacerme pasar un mal rato. Me debes una cena por haberme hecho perder un polvo seguro.

–Claro, un polvo seguro... me gustaría ver eso.

–Estaba a punto de llevármela a la cama, ¿sabes, listo? Así que mañana me invitas a cenar a tu casa.

–Que sí, pesado. Como si quieres que te lleve a la playa.

–Me gustaría verte a ti en la playa... en una hora tendríamos Alex a la barbacoa.

–A ver si te enteras de una vez... lo de que los vampiros no pueden salir a la luz del sol es un mito. MI-TO. Si me echo una crema protectora efecto barrera no me pasa nada, lo único que tengo que hacer es llevar gafas de sol.

–Lo que tú digas, pero si es así podríamos ir este fin de semana a ligar un poco en la arena.

–No tengo yo otra cosa que hacer que ir a ligar a la playa.

–Además, a tu hijo le gustará ir contigo. Hace tres años que solo va con tu hermana o con tus padres.

–He dicho que no, Luismi.

–Desde que eres un chupasangre te has vuelto un aburrido.

–Puede ser...

–Alex, joder, piensa en tu hijo, ¿quieres? Y en mí, que no te veo a la luz del día a no ser que sea algo de suma importancia.

–Lo pensaré, ¿de acuerdo? Pero deja ya de darme el coñazo, me está empezando a dar dolor de cabeza.

–Vale, vale... pero mañana te recojo a las diez.

Llegaron a la esquina donde se despedían desde que eran niños. Subió las escaleras hasta su habitación y vio que su hijo tenía las luces encendidas.

- Hijo, deberías estar durmiendo hace horas.
- No podía dormirte, papá ¿Te lo has pasado bien?
- Bueno... no ha estado mal del todo. Y ahora a dormir.
- ¡¡Pero si mañana no hay cole!!
- A mí me da igual.
- ¡¡Pero papá!!
- No me rechistes, enano. Que no se te olvide que quien manda soy yo.
- ¿Puedo dormir contigo?
- ¿Prometes no darme patadas, hablar en sueños o pegarme puñetazos? –el niño se rió.
- ¡Yo no hago nada de eso!
- Pregúntale a tu tía, que es testigo de ello todas las noches. Anda, vuela para mi cama.
- ¡Gracias, papi!

Se tumbó en la cama con la vista perdida en el techo. Cada vez que pensaba que vería morir a su hijo sin poder hacer nada para remediarlo se le encogía el corazón y se le formaba un nudo en la garganta.

Pero jamás convertiría a su hijo en el monstruo en el que se había convertido él. Nunca permitiría que pasase por su mismo infierno, le quería demasiado como para condenarlo a una vida de oscuridad.

El pequeño se removió entre las sábanas, y Alex sonrió. Pronto comenzaría la

pelea. Su hijo tenía tanta energía que por las noches descargaba adrenalina con las sábanas. Lo malo era cuando dormía en su cama. De no ser porque era un vampiro más de una mañana se habría despertado con moretones.

La luz del alba empezó a filtrarse por los agujeros de la persiana. Debería intentar dormir un poco, si quería llevar a su hijo a la playa debía estar descansado. Luismi le había tocado la fibra sensible. Casi sin darse cuenta había descuidado a su hijo un poco.

Era cierto que no lo llevaba él a la playa desde que se convirtió, seguro que le haría mucha ilusión ir con él, y con el niño tenía la excusa perfecta para que Luismi dejase de darle el coñazo con los ligues. Pero debía descansar para que su cuerpo regenerase rápido la piel quemada.

Se desnudó lentamente y se metió entre las sábanas. Su hijo se abrazó a él instintivamente y suspiró. Poco a poco Alex se quedó dormido.

## CAPÍTULO 2

–Elena, ¿dónde demonios estás? –preguntó Raúl cabreado cuando la llamó por teléfono.

–¡Ya voy, ya voy! ¡Se me había olvidado el pareo!

–¡Por Dios santo, chiquilla! ¡Que no es el fin del mundo!

–Cuando haya que ir a comprar hielo me lo dices, ¿vale, hermoso? Ya estoy llegando, así que no te alteres –en realidad aún se estaba peinando.

–No tardes, que estoy mal aparcado –le regañó Raúl sonriendo.

–¡Que nooooo! –contestó Elena cogiendo de prisa su bolso.

–Como me multen lo pagas tú –bromeó Raúl antes de colgar.

Elena y sus amigos habían decidido bajar a la playa ese fin de semana. Los padres de Ana tenían un apartamento en primera línea de playa, así que pasarían allí la noche y se subirían al día siguiente temprano.

Cuando Elena llegó a la parada de taxis, Raúl se bajó para abrirle el maletero y que guardase su mochila.

–Eres una tardona. Siempre tengo que esperarte –expresó el muchacho mientras le daba dos besos.

–No te quejes tanto, que Fernán tarda más que yo.

–¿Por qué te crees que lo dejo para el último? Si no lo hiciese así llegaría tarde a recogeros a todos los demás.

–Bueno, venga, vámonos ya.

–Sí, ahora méteme prisa. Es lo tuyo.

Elena se metió dentro del coche y empezó a repartir besos. Una vez recogieron a Fernán se encaminaron hacia la costa. La mañana había amanecido despejada y no había ni una gota de viento. Si tenían suerte el mar estaría en calma y disfrutarían de lo lindo.

Antes de llegar al apartamento decidieron ir a comprar al súper lo que iban a comer. Habían decidido desayunar en algún bar, así que de eso no tendrían que preocuparse.

Cuando llegaron a la playa empezó la odisea de abrir la cochera. Siempre les pasaba lo mismo: Ana nunca se acordaba de cuál era la llave, y se tiraban un buen rato para poder meter el coche entre risas y cachondeos.

Subieron las mochilas al apartamento y se pusieron los trajes de baño. Elena se había comprado un nuevo biquini color chocolate que le sentaba realmente bien.

Cogieron las toallas y bajaron a la playa (se pusieron en un hueco que había justo enfrente del apartamento, por si tenían que subir a por algo), pusieron la sombrilla y, mientras Fernán y Raúl jugaban a las cartas, las chicas se tumbaron a tomar el sol vuelta y vuelta.

–Dios... sois unas aburridas. Yo me voy a coger caracolas –les reprochó Elena poniéndose de pie.

–No somos aburridas. Necesitamos ponernos guapas para los hombres – reconoció Cris.

–Por favor... ¿Para los hombres? Si hubieses dicho para estar guapas por vosotras mismas lo entendería, pero para los hombres ni agua.

–Elena, olvida al estupendo de una vez –gruñó Sandra.

–Ya te he dicho veinte mil pares de veces que está olvidado –se ofendió Elena enfadada.

–Lo que tú digas –contestó Sandra.

–¡Dejad de discutir! –gritó Raúl–, parecéis niñas pequeñas.

–Ella ha empezado –contestó Elena haciendo pucheros–. Bueno, estoy en las rocas.

–Échate crema, que luego no quiero pasarme la noche escuchando tus quejas –le advirtió Ana abriendo solo un ojo.

–Ya me ha echado Fernán en el piso ¡Nos vemos en un rato, chicos!

Se alejó de sus amigos paseando por la orilla. Le encantaba sentir el roce del agua en sus pies mientras andaba por la arena mojada. Cuando llegó al rompeolas se metió en el agua para llegar a las rocas. Sabía que cuanto más honda estuviese la roca más grandes serían las caracolas.

El tiempo se le pasó volando. Llevaba casi medio cubo lleno de mariscos cuando una pelota de playa se acercó a ella llevada por las olas. La cogió, y al mirar para la orilla descubrió a un niño de unos cinco años haciendo pucheros, así que se acercó a él con la pelota en la mano.

–¡Hola! ¿Es tuya esta pelota?

–¡Sííí! ¡Estaba jugando con mi prima y se me escapó! Muchas gracias, señora.

–De nada. Si se te vuelve a escapar llámame, estoy ahí al lado, ¿vale? Me llamo Elena.

–Yo me llamo Alex, pero como mi papá se llama como yo me dicen Junior.

–De acuerdo, Alex Junior, estaré alerta por si tu pelota se vuelve a escapar

–indicó ella sonriendo.

–¡Adiós!

Alex había presenciado toda la escena desde debajo de su sombrilla. Llevaba observándola un buen rato. Era la chica de la noche anterior, el destino era imprevisible. No había apartado la vista de ella desde que se acercase a las rocas. Hacía mucho tiempo que no se encontraba con una mujer tan natural, y eso le gustaba.

–Alex, ¿me estás escuchando?

–¿Qué? Perdona, estaba distraído.

–Ya he visto que no le has quitado ojo a la morena. Pues si te gusta tírale, lo mismo te llevas una alegría.

–Estaba pendiente de los niños, no de ninguna morena.

–Claro... y yo ahora soy cura. Pues podrías fijarte en ella, porque es bien guapa.



- Sabes que no me acuesto con mujeres, Luismi, no sé para qué insistes.
- Te vas a secar, macho. Tanto tiempo a pan y agua tiene que ser malo.
- Los curas hacen votos de castidad y a ninguno se les ha caído a trozos – ironizó Alex sonriendo.
- Tú no puedes estar más lejos de ser un cura, así que no compares – masculló Luismi enfadado.
- No me voy a arriesgar a morder a una mujer en un momento de calentón, Luismi, el asunto está zanjado.
- Allá tú, cuando se te caiga a trozos no me digas nada –protestó Luismi resoplando.
- Lo tendré en cuenta ¿Qué me estabas diciendo?
- Que podemos ir a comer al chino de ahí al lado o buscar un chiringuito en el paseo. Y deberías llamar a tu hermana, que al verse sin niños se está escaqueando más de la cuenta –continuó diciendo Luismi. Alex sonrió.
- Seguro que se ha ido de compras con mi sobrina.
- Pues ya va entrando hambre, así que llámala para que nos vayamos a comer.

Alex siguió pendiente de la mujer sin hacerle mucho caso a Luismi. La verdad es que era bonita. La noche anterior había comprobado que era alta, le llegaba por el hombro. Tenía el pelo castaño cortado por media espalda, lo llevaba recogido en una sencilla coleta y brillaba con tonos rojizos a la luz del sol. Sus ojos almendrados eran de color avellana, y sus labios carnosos y rosados

siempre tenían dibujada una sonrisa.

No era ni demasiado delgada ni demasiado gruesa, tenía las curvas justas en los sitios adecuados, y por encima del biquini sobresalían un par de pechos voluminosos, redondos y seguramente suaves como la piel de un melocotón.

Empezó a sentir demasiado calor. Hacía demasiado tiempo que no pensaba en los pechos de una mujer, y su “amigo” empezó a hacer bulto en el pantalón. Lo único que le faltaba... como Luismi se diese cuenta de la tienda de campaña que llevaba en el bañador iba a estar dándole el coñazo hasta el día del Juicio Final, así que decidió darse un chapuzón.

–Hijo, vamos a nadar, ¿quieres?

–¡Sííí! –exclamó el pequeño Alex con entusiasmo.

–¿Y cuándo llamas a tu hermana?

–¡Tito, yo también quiero! –gritó su sobrina haciendo pucheritos.

–Pues claro que sí, Judith, tesoro ¡Sabes que puedo con los dos! –se volvió hacia Luismi– Llama tú a mi hermana, en la mochila está mi teléfono.

–Tío, no soy tu criado, ¿sabes? La voy a llamar porque tengo hambre.

–¡Vamos a jugar a tiburón, papi! –rió su hijo.

–¿Seguros? Mira que siempre os atrapa...

–¡¡¡Sííí!!! –se maravilló su sobrina dando saltitos y palmas.

–¡¡¡ Sí, papi!!!

–Pues preparaos para correr, porque el tiburón llega... ¡ya!  
¡AHHHHGGGG!

Los niños salieron a correr entre las olas de la orilla riendo a carcajadas. La verdad es que ese juego le venía como anillo al dedo, porque al estar debajo del agua los rayos del sol no incidían directamente sobre su piel, y el agua fresca aceleraba el proceso de regeneración.

Judith siempre se dejaba coger, pues le encantaba que su tío favorito le hiciese cosquillas en la tripa mientras hacía como que se la comía. Era una niña preciosa. Apenas levantaba dos palmos del suelo, tenía una melena rubia que enmarcaba su carita redonda y angelical, y unos ojos del azul del cielo en una mañana de verano completaban el conjunto. Pero era su sonrisa de niña traviesa lo que la hacía encantadora.

Su hijo era mucho más travieso. Sorteaba las olas mientras reía a carcajadas, y no dejaba pasar la oportunidad de retrasar al “tiburón” lanzándole la pelota a la cabeza. Después de mucho esquivar a su padre, decidió que debía dejarse coger e hizo como que se caía al suelo. Alex se sentó en medio del rompeolas con los dos diablillos en sus rodillas y miró a su hijo.

No podía ser más guapo. Tenía unos ojos almendrados de mirada traviesa muy parecidos a los suyos, que según incidiese en ellos la luz se veían verdes o marrones. Su sonrisa pícaro dejaba entrever un par de hoyuelos en sus mejillas redondeadas. Gracias al cielo había salido a él, no a su madre.

Hacía ya cuatro años que se separaron, y ella le hizo pasar un infierno para conseguir la custodia de un niño que a ella le estorbaba.

Ya no le guardaba rencor, ni siquiera la odiaba, pero sentía lástima por ella. Se estaba perdiendo un millón de pequeñas cosas maravillosas de su hijo y ni siquiera se daba cuenta.

La muchacha volvió a llamar su atención. Estaba inmersa en su tarea de despegar lapas de las rocas con un cuchillo y tenía la espalda roja como un cangrejo. Soltó a los dos pequeños revoltosos, que salieron a correr, se acercó buceando hacia ella y la agarró del tobillo.

–¡Te pi... Vaya, lo siento. Creo que acabo de hacer el ridículo.

–Creo que tus víctimas están por allí –informó ella sonriendo, señalando a los dos pequeños, que se retorcían de la risa sentados en la orilla.

–Volvemos a encontrarnos, por lo que veo.

–Parece que sí, el mundo es un pañuelo.

–¿Has venido sola a la playa?

–No, he venido con mis amigos, pero ellos prefieren hacer el vago en la arena. A mí me gusta más la acción.

–Pues deberías decirles a tus amigos que te echen crema en la espalda... estás como un tomate.

–¡No fastidies! –se estremeció intentando mirarse la espalda– ¡Y eso que me he echado medio bote antes de salir!

–Anda, ven a mi sombrilla y te pongo un poco, si no esta noche no vas a pegar ojo.

Alex la llevó de la mano hasta un Luismi con la boca abierta, la hizo sentarse en la arena bajo la sombrilla y se puso a su espalda a untarle una buena cantidad de crema.

Elena no podía respirar. Sentir las manos de ese hombre la estaba alterando más de lo que le gustaba reconocer. Sus pezones hicieron su aparición para su desgracia, y la respiración se le aceleró. Cuando las manos de Alex recorrieron sus costados, rozando sin querer sus pechos, no pudo evitar dar un salto.

–Shhh... tranquila, no voy a morderte.

–Es que la crema está helada, solo eso –se levantó de la arena en tiempo récord–, será mejor que me vaya, mis amigos me esperan para ir a comer. Gracias por la crema.

–Ha sido un placer –expuso Alex con una sonrisa muy sensual–. Me alegro de volver a verte.

–Lo mismo digo. Adiós.

–Hasta la próxima.

Cuando se dio la vuelta hacia la orilla vio que su hijo se acercaba corriendo.

–Papá, ¿la conoces?

–Solo de vista.

–Estabas hablando con ella –rió el niño.

–¿Y tú de qué la conoces?

–Es mi amiga Elena. Antes me ha cogido la pelota.

–Así que Elena, ¿eh?

–Elena –interrumpió Luismi–, esa preciosidad a la que no me has presentado y que se ha excitado solo con tocarla... amigo, si no mojas es porque no te da la gana.

–Luismi, solo he sido cortés. La muchacha se estaba achicharrando, y créeme que sé lo que duelen las quemaduras por el sol.

–Lo que tú digas, macho, no sé para qué pierdo el tiempo en decirte nada.

–Exacto. Pierdes el tiempo, así que llama a mi hermana y déjame tranquilo.

Se quedó mirando cómo se alejaba. Cada vez le gustaba más la chica. Podía bromear tranquilamente con ella, porque en vez de ofenderse le seguía el juego, y eso era realmente una novedad.

Por lo poco que había visto de ella le gustaba bromear, era divertida y siempre tenía una sonrisa en la cara. Le hacía sentirse a gusto y relajado, y eso era bueno. Hacía mucho tiempo que solo se sentía así en casa con su hermana.

Y cuando había tocado su tersa piel casi le da un infarto. Su olor le dejó embriagado y con ganas de enterrarse en ella de una sola estocada ¿Qué demonios le pasaba? Apenas había cruzado un par de palabras con ella, por Dios. Quizás Luismi tenía razón y le hacía falta echar un polvo, pero el miedo a

volver a matar a alguien le atenazaba la garganta.

Dejó de pensar en la mujer que se alejaba por la orilla, cogió a los dos pequeños y se dirigió a la sombrilla con la intención de recoger e irse a comer. Tanta actividad le había dado hambre.

Elena seguía pensando en el hombre de la orilla mientras se alejaba. A la luz de la mañana le pareció mucho más guapo que la noche anterior. Sus ojos parecían cristales azules, su voz profunda le había provocado escalofríos por la columna, igual que la noche anterior, y cuando había tocado su piel había hecho que se le pasaran por la mente escenas de pasión desenfrenada entre las olas.

Estaba cansada, debía ser eso. Se había tirado cerca de dos horas recogiendo caracoles y lapas en las rocas, porque le gustaba sentir el agua salada en las piernas y el sol en la cara mientras lo hacía. Posiblemente estuviese a punto de darle una insolación y por eso tenía tanto calor. No estaba dispuesta a reconocer que un extraño le calentase la sangre de esa manera.

Seguramente que cuando llegase a la sombrilla ninguno de sus amigos habría movido un pelo, parecería como si hiciese un segundo que se había alejado. Se acercó con paso decidido hacia las chicas, que seguían tumbadas boca abajo en la arena con los ojos cerrados, y con mucho disimulo escurrió su cabellera sobre ellas, haciendo que dieran un salto.

—¡Mira que lo sabía! No puedes estarte quietecita, ¿verdad? —exclamó Ana.

–Como sigáis así vais a coger una insolación –previno ella a modo de disculpa– Tanto sol no es bueno, y mucho menos a estas horas. Además, creo que deberíamos irnos a comer. Raúl y Fernán tienen cara de querer comerse una vaca.

–Pues la verdad es que tengo hambre, para qué nos vamos a engañar – concedió Raúl con una sonrisa.

–¿Veis? –inquirió Elena con cara de autosuficiencia– No tenéis consideración con el pobre Raúl. Nos trae a la playa y mirad cómo le pagáis.

–Está bien, vamos –concedió Cris–, pero que conste que no ha dicho nada de que tuviese hambre.

–Tenemos que ir al súper a comprar hielo –informó Sandra.

–Está bien, está bien. Raúl y yo iremos a por el hielo mientras vosotras preparáis la comida –apuntó Fernán con resignación.

–¿Y a mí por qué me metes? –rabió Raúl.

–¡Hombre, no pensarás que vaya yo solo!

–¡Qué bonito eres, madre! Si es que te tenemos que querer –alabó Elena.

–Mejor que me quiera un hombre bueno, que esté cañón y sea millonario.

–Pues eso va a ser difícil de encontrar, rey –espetó Elena con una carcajada.

Subieron al apartamento y prepararon una buena ensalada con filetes a la plancha. Después de comer fueron a un bar cercano a tomar café.



Era una especie de *chill out*. Se trataba de un patio repleto de sillones blancos con mesas de madera y velas aromáticas por todas partes. La música ambiental era muy relajante, y en medio de la estancia había una fuente repleta de peces de colores... y los niños que estaban con el hombre de sus pesadillas eróticas se encontraban casi con la cabeza metida dentro.

–¡No me lo puedo creer! ¿Otra vez? –se lamentó Elena en voz alta sin querer.

–¿Qué pasa? –preguntó Raúl intrigado, estirando el cuello en la dirección que ella miraba.

–Nada... no me hagáis caso.

–¿Pero qué ocurre? –preguntó Ana.

–¿Os acordáis del tío de ayer en la discoteca? –preguntó Elena.

–¿El que saltó la barra para atenderte? –preguntó Sandra.

–Exacto –contestó Elena–. Pues esta mañana me lo he encontrado en la playa –señaló a los pequeños– con esos dos niños.

–Parece que el destino lo pone en tu camino, guapa –bromeó Fernán entre carcajadas.

–No te rías, porque ya esto es serio –protestó Elena.

–A ver, tonta –dijo Raúl–, este sitio es muy pequeño, y es normal que te lo encuentres en todas partes. La única casualidad es que hayáis venido a la misma playa, pero es comprensible, porque es la mejor de toda la zona, así que deja de darle vueltas innecesarias al coco.

–Tienes razón. Menos mal que eres la voz de la razón, Raúl.

–Además –agregó Cris entre sonrisitas–, si no te gustara ni te habrías dado cuenta de todas esas cosas.

–¿Pero qué dices? Es un tío, punto. Que he cruzado un par de palabras con él en dos ocasiones, nada más –explotó Elena indignada.

–Pues no le des más importancia de la que tiene –sugirió Ana.

En ese momento se acercó el camarero con una bandeja y chupitos para todos.

–Perdone... ¿Y esto? Nosotros no hemos pedido chupitos –alegó Ana mirando al camarero.

–Invita aquel caballero de allí –informó el joven señalando a Alex antes de irse.

–Creo que deberías ir a darle las gracias –repuso Fernán a Elena.

–¿Sola? –solo de pensarlo le daban escalofríos.

–A ver, cariño, tú eres quien lo conoce. No voy a ir yo, ¿verdad? –matizó Ana.

–Además –continuó Sandra– es solo un hombre, no muerde.

–Yo no estoy tan segura –musitó Elena levantándose.

–Estás muy rara tú hoy –aseveró Raúl pensativo.

–¿Yo? –contestó Elena nerviosa– No digas chorradas.

–Nunca te había visto tan tiquismiquis con un tío –continuó su amigo–. Es más, últimamente más bien le echabas bastante morro al asunto.

–Te demostraré que no me pasa nada –sentenció la aludida levantándose.

Elena se acercó con paso decidido a la mesa en la que se encontraba sentado el hombre misterioso con un amigo. Aunque intentó aparentar indiferencia, estaba temblando como un flan.

Alex vio de reojo cómo Elena se levantaba de la mesa en la que estaba y se acercaba a él y sonrió. No sabía qué mosca le había picado, pero le apetecía llamar su atención. Levantó la cabeza cuando ella estaba a escasos centímetros de él conservando la sonrisa.

Elena empezó a sentir calor, mucho calor. Alex llevaba puestas unas bermudas con dibujos en diferentes tonalidades de gris y una camiseta blanca, y estaba para comérselo.

¿Comérselo? ¿Pero en qué demonios estaba pensando? En ese momento él levantó la cabeza y le sonrió. Tenía los ojos ocultos tras unas gafas de sol completamente negras, así que no pudo descifrar esa sonrisa, pero a ella le pareció perversa, traviesa.

Cuando llegó a la mesa cruzó los brazos y sonrió.

–Si no fuera porque este lugar es demasiado pequeño, pensaría que me estás siguiendo.

–Lo mismo podría pensar yo –contestó Alex, travieso.

–Bueno... pero tú estarás acostumbrado a que te persigan, así que déjame disfrutar de mi momento de gloria –dijo Elena sonriendo.

–Está bien, confieso. Me has vuelto loco y he pensado en perseguirte, pero no se lo digas a nadie, ¿de acuerdo?

–Mis labios están sellados –bromeó Elena.

–Bueno –interrumpió Luismi mirando a Elena–, en vista de que mi amigo ha perdido las buenas maneras me presentaré yo mismo –se levantó y le dio dos besos–. Soy Luismi.

–Encantada –contestó Elena con una sonrisa–. Yo soy Elena. Por cierto, muchas gracias por la invitación –dijo volviéndose hacia Alex.

–Un placer –contestó Alex– ¿Cómo va esa espalda?

–Bueno, podría ir mejor. Gracias por lo de esta mañana también, de no ser por ti ahora sería un cangrejito.

–Realmente ya pareces un cangrejito –matizó Alex separando la camiseta de Elena de su piel para echarle un vistazo a su espalda–. Claro que un cangrejito la mar de sexy –a Elena esa insinuación velada le erizó la piel... y los pezones.

–Siéntate y tómate algo con nosotros –agregó Luismi en ese momento, percibiendo la tensión sexual patente entre ellos.

–Me encantaría, pero me esperan mis amigos. En otra ocasión quizás.

–Ya van dos veces que me das calabazas, morenita –dijo Alex.

–¿Yo? –rió Elena.

–Además, ¿cómo te encontraré la próxima vez? –preguntó Alex con la intención de sacarle su número de teléfono.

–Eres mi admirador secreto... Sorpréndeme –provocó la muchacha, que tras una sonrisa provocativa se dio la vuelta.

Alex no pudo hacer otra cosa más que reír a carcajadas. Definitivamente, Elena era una descarada, y eso le encantaba, le daba mucho juego, y avibaba su deseo descaradamente.

–Macho, eso ha sido un desafío en toda regla –dijo Luismi sin apartar la vista de la mujer que se alejaba de la mesa.

–Ya me he dado cuenta –contestó Alex sin levantar la vista de su vaso.

–¿Y piensas recoger el guante?

–La verdad es que estoy tentado de hacerlo –Alex le echó una nueva ojeada a la joven.

–Si es que te lo ha dejado a huevo, tío. Esa quiere tema, te lo digo yo.

–Solo estaba siguiéndome el juego, Luismi. No saques conclusiones precipitadas.

–Tío... hay veces en las que me sacas de mis casillas.

–Tengo mis motivos para no buscarla y lo sabes, así que deja de darme el coñazo de una vez.

–Alex... no puedes saber lo que ocurrirá si no lo intentas. Además, eres un tío legal, no le harías daño ni a una mosca.

–¿Y si no puedo controlar la sed? –se defendió Alex entre susurros– No sé cómo reaccionaré en pleno polvo.

–Bueno, tío, tú mismo –refunfuñó Luismi apurando su copa–. Desisto de

hacerte cambiar de opinión.

–Gracias –contestó Alex malhumorado.

–No hay de qué.

Elena se sentó en el sofá como si le acabasen de quitar un enorme peso de encima. Sin darse cuenta había estado aguantando la respiración durante su aventura en la mesa de Alex.

Alex... un hombre misterioso al que le gustaba bromear tanto como a ella ¿Qué secretos escondería tras las gafas de sol? La tenía completamente intrigada, y por eso había cometido la estupidez de retarle a encontrarla de nuevo ¡Ni que fuera una niña de quince años!

Casi le da un infarto al sentir su aliento en la piel cuando fue a mirarle la espalda. Si hubiese sido otro tipo de mujer, se habría lanzado a devorar su boca en ese preciso momento, pero ella no hacía esas cosas, al menos desde que su autoestima había quedado reducida a cenizas. Ahora intentaba renacer como el ave fénix, pero le estaba costando demasiado.

Volvió a mirar a Alex y descubrió su mirada penetrante clavada en ella. Se había quitado las gafas, y un brillo demasiado intenso y seductor le decía que no estaba imaginándola precisamente con ropa.

Casi sin darse cuenta comenzó a imaginarse a Alex completamente desnudo, y la boca se le hizo agua.

–Tierra llamando a Elena –dijo Fernán pasándole la mano por delante de

la cara.

–¿Qué? –preguntó ella saliendo de su ensimismamiento.

–Te he preguntado que cómo ha ido y no me has hecho ni caso –contestó Raúl.

–Elena, estás en Babia –bromeó Sandra.

–Solo estaba pensando en una idea que se me ha ocurrido para mi próxima novela, eso es todo –intentó excusarse Elena.

–Bueno... ¿nos vas a contar qué te ha dicho? –preguntó Cris intrigada.

–Nada en especial. Hemos hablado de tonterías, la verdad –no quería decirles que le había retado a buscarla.

–Pues no es por nada, pero él y su amigo no dejan de mirar hacia aquí mientras hablan –dijo Ana señalando a la mesa de Alex con la cabeza.

–¿Podéis dejarlo ya? –preguntó malhumorada Elena– Me estáis empezando a hartar con el temita del muchacho.

–No te pongas a la defensiva, que nos preocupamos por ti, nada más –le recaló Raúl.

–Lo siento, chicos, de verdad –musitó Elena más calmada–, pero es que no estoy en un buen día. Me duele la cabeza un poco.

–Está bien, terminémonos esto y vayamos al piso para que puedas tomarte un sobre y echarte un rato –dijo Ana zanjando el asunto.

Esa misma noche Elena y sus amigos se arreglaron y fueron a tomar una copa

en un chiringuito de la playa. Se trataba de un local pequeño, adornado como si estuvieran en Maui. A la derecha había una barra, y en perpendicular a ella otra. Las hojas de palma, los cocos y los collares hawaianos predominaban en la decoración. Los camareros iban vestidos con camisetas de tirantes y pareos de brillantes colores y la luz era tenue.

Elena se había echado un rato esa tarde y la verdad es que le había sentado muy bien dormir un poco, aunque Alex ocupara sus sueños. Desnudo. Se había despertado sudando y ardiendo, y había tenido que darse una ducha de agua fría para poder calmarse.

Estaban todos muy animados, cuando Elena se dio cuenta de que Sandra no estaba por ninguna parte. Se preocupó, la chica tenía veinte años y se sentía un poco responsable de ella por ser la mayor del grupo. Avisó a sus amigos de que iba a buscarla y salió del local.

La playa parecía desierta, y no se veían indicios de que Sandra estuviese por allí. La llamó a voces mientras se alejaba en la oscuridad. Pensó que quizás estuviera tonteando con algún chico en las rocas, así que se adentró despacio en la arena de la playa.

En ese momento se acercó a ella un hombre. Iba vestido completamente de blanco, llevaba su pelo rubio cortado a la moda y sus ojos eran negros como la obsidiana. Su mentón era anguloso, y estaba adornado con una perilla bien recortada. Era muy alto, alrededor de los dos metros, y lo más curioso es que



llevaba puesta una gabardina blanca que le llegaba hasta los tobillos.

En otras circunstancias le habría parecido un tipo muy atractivo, con una belleza fuera de lo común en este país. Quizás fuese alemán, o polaco, Pero su mirada lasciva no le gustó ni un pelo.

–Hola, preciosa –la voz del tipo le produjo escalofríos–. No deberías salir sola por la playa a estas horas de la madrugada, alguien podría comerte.

–Mis amigos llegarán de un momento a otro.

–Mentirosilla... nadie va a venir a salvarte. Estás completamente sola, y asustada por lo que pueda llegar a hacerte.

–¿Qué quieres de mí?

–No tengas miedo... no voy a hacerte ningún daño.

–Le dijo a Caperucita el lobo feroz –contestó Elena dando varios pasos hacia atrás.

–Mmm... no te alejas mucho.

Quizás fue por el tono de su voz, o quizás por la mirada hambrienta que le dedicó, pero Elena hizo sin saberlo lo mejor que podía hacer: corrió.

Alex estaba apoyado en la barra del local como siempre que salía con Luismi. Su hermana se había quedado en el hotel cuidando de los niños y le había animado a salir un rato. Tenía unas ganas locas de salir de allí. Lo único que le apetecía era meterse en la cama y dormir hasta bien pasado el mediodía.

Pero Luismi le había insistido mucho y no quería hacerle ese feo. Se pidió

una Coca Cola. Su naturaleza vampírica estaba reñida con el alcohol, por lo menos para él, prefería no probarlo a hacer alguna locura llevado por la embriaguez.

En ese momento entró un grupo de personas por la puerta. Ahí estaba otra vez la mujer de la playa. Elena, se llamaba Elena. La tenía ese fin de semana hasta en la sopa. Estuvo observándola mucho rato. Hablaba con sus amigos, bailaba, reía... pero cuando se acercó a abrazar a uno de ellos los celos hicieron su aparición ¿Qué le pasaba? Esa mujer podía abrazar a quien quisiera, no era suya. Entonces, ¿a qué venía ese ataque de celos?

Vio como una de sus amigas, la morena del pelo largo, se iba hacia la barra del fondo, en la que había un joven de su misma edad. Sonrió. La niña no tenía más de veinte años, así que era lo normal.

Elena salió por la puerta del local con cara de preocupación. Sola. Debería salir para decirle que su amiga estaba en la otra barra, pero esperó un poco. No tenía ganas de moverse y la chica tenía cara de ser inteligente.

Sin embargo, media hora después aún no daba señales de vida y se preocupó. Se incorporó dispuesto a salir a buscarla y entonces sintió su miedo. Elena estaba en peligro. Le dio un escalofrío por toda la columna.

—¡Maldita sea!

Empezó a correr por la playa. Tenía que encontrarla. A unos metros del rompeolas la encontró, y para su desgracia no estaba sola. Un tipo de unos dos

metros de alto la tenía acorralada, y su vestimenta le recordó al vampiro que le convirtió tres años atrás.

–¡Aléjate de ella! ¡Ni se te ocurra tocarla!

–Vaya, vaya... mira a quién tenemos aquí... Hola, Alex, me alegro de verte.

–¿Quién eres tú? ¿Y cómo sabes mi nombre?

–Parece que a Gabriel no le dio tiempo de explicarte nada antes de que tu amiguito se lo cargara.

–¿Gabriel? –preguntó Alex extrañado– ¿De qué estás hablando?

–Vaya, vaya, vaya... un vampiro que no sabe ni quién es Gabriel. Qué interesante –agregó acercándose de nuevo a Elena–. Si me permites, me muero de hambre.

–Que no te lo tenga que repetir de nuevo. ¡No la toques!

–¿Me lo vas a impedir? –dijo sacando los colmillos.

–Te aseguro que si le tocas un solo pelo acabaré contigo en menos de lo que canta un gallo –se acercó a la mujer y le susurró al oído “¡Corre!”

No tuvo que repetírselo dos veces, la mujer salió de allí como alma que lleva el diablo.

–Muchacho... acabas de cometer una estupidez –protestó el hombre con un chasquido de lengua.

–Quiero que me expliques lo que has dicho antes. ¿Quién es Gabriel? ¿Y

quién eres tú?

–No me digas que no te alimentas de humanos... Mira que eres aburrido.

Alex le cogió de la garganta y lo levantó en el aire en un segundo.

–¡He dicho que hables!

–¡Está bien, pero suéltame!

Una vez en el suelo, el desconocido se acarició el cuello distraídamente mientras miraba a Alex.

–Soy Edras, uno de los miembros de la Logia.

–¿Y qué diablos es la Logia?

–No insultes, muchacho, los diablos cuanto más lejos mejor. Por lo que veo estás muy verde en la materia. La Logia es la organización que gobierna a nuestra gente.

–¿Hay más como nosotros? –preguntó Alex sorprendido.

–¡Dios mío! No me digas que en tres años no te has encontrado con ninguno de nosotros... ¡Increíble!

–Perdona por estar demasiado ocupado intentando sobrevivir a esta mierda –dijo Alex sarcástico.

–No hace falta ser condescendiente, muchacho, podría ser tu tatarabuelo.

–¿Cuántos años tienes? –dijo Alex con los ojos abiertos de asombro.

–Trescientos años. El caso es, jovencito, que acabas de joder a la Logia sin saberlo. Necesitamos a esa mujer y por tu culpa ha escapado.

–¿Y qué te hace pensar que voy a ayudaros a atraparla?

–Deberías, si no quieres problemas con tus mayores.

–Esos mayores de los que hablas no se han preocupado de acercarse a mí en tres años para decirme qué me estaba pasando. Tampoco se han preocupado de contarme cómo aplacar la sed, o cómo lidiar con los putos colmillos, así que no les debo nada a esos mayores.

–¿Desafías a la Logia?

–Sin pensármelo dos veces.

–Atente a las consecuencias.

Alex empezó la transformación. Sus ojos cambiaron de color, sus iris ahora eran de color amarillo coronados por un anillo negro, y sus colmillos... sus colmillos crecieron en un abrir y cerrar de ojos, afilados y mortales. Su cuerpo se estiró hasta alcanzar los dos metros largos y sus músculos se ensacharon a una velocidad de vértigo.

El vampiro sonrió.

–No seas crío, Alex. Vivimos alimentándonos de alimañas como esa, es antinatural lo que estás haciendo.

–No creas que soy tonto, Edras. Una organización como la que describes no va a buscar a esta chica en concreto solo para alimentarse.

–No deberías ponérmelo difícil, chico, no sabes a lo que te enfrentas. Te estás metiendo en terreno pantanoso.

–Mientras me quede un hálito de vida en el cuerpo me opondré a la Logia

y a su forma de vida ¡Si quieres a la chica tendrás que matarme!

–No mereces tanto esfuerzo, el trabajo sucio se lo dejo a otros. Ya nos veremos, renegado.

Dicho esto, el vampiro desapareció. Alex volvió a su estado natural, se dio la vuelta y echó a correr en la misma dirección que la chica. Cuando la localizó se materializó frente a ella, haciendo que chocara contra su pecho. La joven empezó a darle patadas y puñetazos en un acto reflejo debido al pánico que sentía, así que la sujetó con fuerza e intentó calmarla.

–¡Shh! Tranquila... ya pasó... estás a salvo.

–¡Suéltame! ¡Déjame ir, maldito! –dijo Elena mientras forcejeaba por soltarse.

–Relájate... no voy a hacerte daño. Soy yo, Alex –dijo mientras la acunaba entre sus brazos.

–¡Eres como él!

–¡No! ¡Escúchame, Elena! No soy como ellos. Yo no me alimento de personas, bebo sangre embolsada. Jamás te haría daño, debes creerme, por favor.

Elena dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo. La voz profunda de Alex tuvo en ella un efecto calmante. Le miró a la cara, y por un momento quedó laxa entre sus brazos. Alex se sentó en la balaustrada que delimitaba la playa con ella sentada en sus rodillas.

Elena comenzó a llorar desesperada. Había pasado tanto miedo... ¿Qué demonios había sido eso? Dios... debido al pánico había aporreado a su salvador. Se sintió avergonzada y enterró la cara en la camisa de Alex.

–Perdóname –le dijo muerta de vergüenza.

–No te preocupes, es normal dadas las circunstancias –dijo el joven sonriendo.

–¿Qué demonios era eso?

–Un vampiro. Si llego a tardar un segundo más en salir a buscarte estarías muerta.

–¿A buscarme? –preguntó Elena extrañada.

–Me di cuenta de que salías a buscar a tu amiga, pero ella estaba en la otra barra ligando con el camarero.

–Vaya... esta niña me va a volver loca –se apoyó de nuevo en el pecho de Alex–. Me duele la cabeza.

–Demasiada adrenalina, por eso te duele. Deberías irte a descansar –dijo él sin dejar de acariciarle el pelo.

–¿Crees que puedo descansar sabiendo que hay un vampiro suelto que ha estado a punto de morderme? Tengo miedo.

–Ya no corres ningún peligro –dijo Alex mirándola a los ojos–. Se ha ido.

–¿Y cómo sabes que se ha ido?

–Solo lo sé. Vamos –dijo Alex levantándose–, te acompaño a tu casa si

quieres.

–No... mis amigos aún están en el pub, mejor voy para allá.

–De acuerdo, yo también tengo que ir para allá, que he dejado a Luismi sin decirle nada.

–Gracias.

–No hay de qué.

Caminaron en silencio en dirección al pub. Elena no dejaba de mirar a Alex de reojo. Una vez pasado el terror, se acordó de que había visto al hombre que caminaba a su lado cambiar, se había convertido en algo como lo que quería atacarle, pero le había salvado la vida. Él sonreía, porque creía que se trataba de la atracción de su sangre, y estaba acostumbrado a esa reacción.

Cuando llegaron a la puerta del pub, Alex agarró a Elena de la muñeca de manera suave, pero firme.

–Prométeme que no volverás a andar sola por la oscuridad de madrugada. Si bien a mí no me da morbo morderte el cuello, hay muchos otros individuos a los que sí, como has podido comprobar, y yo no estaré siempre cerca.

–De acuerdo, te lo prometo... y gracias por todo –se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

–No ha sido nada –dijo Alex avergonzado.

–Bueno, Alex, hasta la próxima.



–Adiós.

Elena se abrió paso entre la gente y se unió a su grupo de amigos. Aún no se sentía muy segura y les propuso volver a casa, a lo que todos accedieron al ver la cara de cansancio que traía.

Alex volvió a su sitio en la barra. Luismi había estado tan ocupado intentando ligarse a una pelirroja que no se había dado cuenta de su ausencia.

Se pidió un refresco y siguió observando a Elena, que convenció a sus amigos para irse a casa. Mucho mejor así, necesitaría descansar después de tantas emociones. Aunque no se fue sola, decidió seguirla en la distancia, si Edras volvía a aparecer un par de humanos no serían suficientes para evitar que se la llevara.

Mucho más tarde, Alex daba vueltas en la cama. Estaba nervioso y preocupado. Lo que había descubierto esa noche le había dejado inquieto. Había una organización de vampiros, que no solo se alimentaban de personas, sino que necesitaban a aquella chica para algo. Elena era a todas luces una mujer cualquiera sin nada de importante, así que ¿por qué ella? Investigaría a fondo hasta encontrar respuestas. No pensaba dejar que esa chica cayese en manos de los vampiros.

Como no podía dormir salió a dar una vuelta. Caminó sin rumbo fijo hasta que casi sin darse cuenta acabó plantado bajo la ventana de Elena. Se encendió un cigarro dispuesto a vigilar por si la Logia decidía aparecer de nuevo.

Elena acababa de despertarse sobresaltada, había tenido una horrible pesadilla. De no ser porque Ana la había despertado aún estaría viendo el rostro burlón del vampiro. Se levantó de la cama y fue a echarse un poco de agua en la cara.

Estaba aterrada. Por mucho que Alex le dijese que no tenía nada que temer, no podía dejar de mirar hacia todos lados. Todos los lugares oscuros la aterraban, no se había atrevido a ir al baño sola por miedo, y Ana no hacía más que preguntarle qué le ocurría. No podía decirle nada, la tomaría por loca.

Se asomó al balcón para que le diese el aire. Miró a la calle en todas direcciones, pero no había ni un alma. De pronto, una sombra se movió en la esquina. Se echó hacia atrás instintivamente, encogiéndose en el suelo apoyada en una esquina. Empezó a temblar convulsivamente. Si había tenido suerte no la habría visto. La sombra se llevó a los labios un cigarrillo, iluminando por un par de segundos sus facciones, en ese momento le reconoció y suspiró aliviada.

El alivio dio paso a la indignación y al enojo. ¿Cómo se atrevía Alex a espiarla en mitad de la noche como si fuera un vulgar ladrón? Se puso unas chanclas y bajó las escaleras de dos en dos.

Alex llevaba un rato en la puerta de Elena porque no quería arriesgarse a que la Logia la pillase sola y desprevenida. Se abrió la puerta del edificio y la vio salir en camisón, y no precisamente un camisón de algodón. Un pequeño trozo de seda rosa se pegaba a su figura como si fuese un guante. Su libido empezó a

dispararse como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

–¿Se puede saber qué haces ahí como si fueses un ladrón? Me has dado un susto de muerte –espetó ella.

–Quería asegurarme de que el vampiro no volvía a terminar lo que empezó, eso es todo.

–Podrías haberme avisado. Casi me muero del susto al verte parado entre las sombras.

–Sííí... debería haberte llamado por teléfono, pero se me olvidó ¿Cómo quieres que te avise si no tengo tu número?

–Pues... ¡Pegando al portero!

–Claro... voy pegando de piso en piso preguntando: “Hola, ¿está ahí Elena?” O mejor... te aviso por telepatía... ¡Como soy vampiro puedo hacer milagros!

–¿Y cómo has sabido dónde encontrarme?

–Te recuerdo que me lanzaste un reto –dijo Alex intentando bromear.

–En serio...

–Te sentí. No podía dormir y salí a dar una vuelta, y al pasar por aquí sentí que estabas asustada.

–¿Tienes telepatía? –preguntó Elena asombrada.

–No exactamente... puedo sentir tus sentimientos, y solo si son muy fuertes.

–Vaya, tendré que tener cuidado de no enamorarme de ti –dijo ella con

sarcasmo.

–Solo son los estados de ánimo –dijo él tras una carcajada–: miedo, alegría, desconfianza... Puedes enamorarte de mí, tranquila.

–Ni en tus sueños –dijo ella también sonriendo–. Siento haberte hablado así. Estoy muy nerviosa después de todo lo que ha pasado esta noche.

–Simplemente quería echar una ojeada. Perdona si te he asustado.

–¡Vaya! ¡Si hasta puedes ser amable!

–Puedo ser mucho más amable que esto, ángel –dijo Alex acorralándola contra la pared.

–Apártate si no quieres que te haga daño –contestó Elena envalentonada.

–No vas a hacerme nada –dijo Alex acercándose a escasos centímetros de su boca–. Voy a besarte y no vas a impedírmelo.

–No estés tan seguro.

–¿Qué te apuestas? –dijo justo antes de unir sus labios a los de la mujer.

La besó suavemente, con parsimonia, recreándose en cada recoveco de su boca. La mujer sabía a hierbabuena. Hacía tanto tiempo que no besaba a una mujer que perdió el control, le cogió la cabeza con ambas manos y la pegó a su cuerpo. La respuesta de Elena fue acercarse aún más, como si intentase fundirse con él.

Sus bocas se probaron, se saquearon, la lengua de Alex exploró cada recoveco, cada rincón, absorbiendo toda la esencia de la mujer. Su miembro se hinchó al límite, y sus manos vagaron por todo el cuerpo de ella, acariciando su

piel de satén.

Un pequeño temblor en el cuerpo de la joven le hizo reaccionar y apartarse. Apoyó su frente en la de Elena.

–Cariño, si no quieres que cosas como esta vuelvan a ocurrir, no te vuelvas a acercar jamás a mí con un camisón como ese. No respondo de lo que pueda pasar.

–Ajá –Alex sonrió ante la respuesta automática de la joven.

–Deberías subir a descansar. Yo me quedaré por aquí. Buenas noches, preciosa.

–Buenas noches.

Elena pensó en las palabras del vampiro mientras caminaba hacia la puerta de entrada y se paró en seco. Corrió los metros andados y se puso delante de él con los brazos en jarras.

–¿Qué pasa? –dijo Alex sorprendido.

–No te he dado permiso para que me digas cariño. No soy tu ángel ni tu cariño, y me has besado solo y exclusivamente porque yo he querido.

–¿Y para eso te expones a que te vuelva a besar? –dijo Alex tirando de ella mientras se reía– Yo creo que te has quedado con ganas de más, CARIÑO.

–No te atrevas a volver a besarme, vampiro.

–ÁNGEL, no te resistas... si lo estás deseando.

–He dicho que...

Alex volvió a aprisionar los labios de Elena con los suyos mientras la apoyaba en la pared. Mientras su boca saboreaba la de la muchacha, sus manos subían lentamente por los muslos de la joven, levantando en su camino el camisón y llegando hasta el borde de unas braguitas de encaje.

Elena gimió cuando sintió el calor de las manos de Alex en sus glúteos. Amasó su carne embravecida mientras ella recorría el pecho del hombre con desesperación. Alex se apartó de ella despacio y apoyó su cabeza en la de ella.

–Creo que será mejor que te vayas.

–¿Por qué?

–Porque podríamos hacer algo de lo que nos arrepintiéramos después.

–Entiendo. Buenas noches –dijo ella poniéndose bien el camisón y dándose la vuelta. Alex la cogió de la barbilla y la obligó a mirarle.

–Créeme, es lo mejor para los dos. Que descanses, cariño.

Elena asintió con la cabeza y se dio la vuelta. Subió al apartamento en trance. Los besos habían sido alucinantes, despertaron todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo. Jamás ningún chico la había besado así, aunque claro, Alex no era un chico corriente.

Sintió un pellizco en la muñeca, y cuando se miró descubrió unas esclavas de plata de hombre ¿De dónde habían salido?

Se asomó al balcón y movió la mano en dirección a Alex. Él, tras una

carcajada, le dijo a voces:

–Tranquila, preciosa, es solo un pequeño regalo. Lo único que te pido es que lo lleves siempre –. Ella se echó a reír.

–No descansas nunca, ¿verdad?

–Es uno de mis defectos –dijo Alex con humor–. Hasta mañana, ángel.

–Hasta mañana, tormento –dijo ella sonriendo.

## CAPÍTULO 3

La Logia estaba reunida. Sus seis miembros estaban colocados alrededor de una mesa de mármol que tenía grabada una Estrella de David en el centro, cada uno de ellos en una de las puntas de la misma.

Todos sus componentes vestían absolutamente de blanco, toda una ironía, pues sus fines no podían ser más oscuros. Josh era el más anciano y jefe de la Logia. Era bajito, apenas llegaba al metro setenta, y rechoncho, su pelo era completamente blanco, y sus ojos verdes estaban ocultos tras unas gafas de pasta blanca.

A Josh le seguía en la jerarquía Morgana, la única mujer del club. Era alta y delgada. Poseía una melena azabache que le llegaba por la cintura, y unos ojos de azul intenso. Era realmente muy atractiva, y sus encantos le habían servido en más de una ocasión para alimentarse.

Los más jóvenes eran Edras, Rodrigo, Sebastián y Ángel, respectivamente. Edras tenía el pelo rubio cortado a la moda, medía alrededor del metro ochenta y tenía los músculos bien definidos. Sus ojos eran color caramelo, y tenía una sonrisa seductora y mortal.

Rodrigo era un poco más bajo que Edras, pero no demasiado. Adornaba su cara con una barba muy bien cuidada, sus ojos eran verdes, y unas sencillas gafas con montura al aire le daban un aspecto intelectual e interesante.



Sebastián era igual de alto que Edras, pero no podía ser más distinto a él. Llevaba el pelo oscuro cortado de punta, una barba de varios días adornándole la cara, y sus ojos azules destacaban en su rostro moreno. No era muy adicto al gimnasio, pero sus músculos apretaban la tela de la camisa blanca que llevaba puesta.

El benjamín del grupo era Ángel. Apenas hacía un año que formaba parte de la Logia, pero se había ganado el favor de Morgana. Era bastante alto y tenía un cuerpo digno de un adicto al gimnasio. Sus facciones eran rudas, pero atractivas en conjunto. Desde que entró a formar parte de la Logia había sido el amante de Morgana, quien le favorecía de manera descarada delante de los demás miembros de la congregación.

Josh comenzó la reunión lanzando en la mesa unas fotos de Elena y Alex besándose en las sombras del callejón.

–Ha llegado a mis oídos que no pudiste terminar tu trabajo, Edras.

–Mi señor, Alex llegó en el momento en que iba a convertirla, no pude hacer nada.

–¿No pudiste hacer nada? ¡Deberías haberle matado! ¡Me avergüenza tener a mi servicio a gente como tú!

–Mi señor, no volverá a ocurrir –susurró el aludido agachando la cabeza.

–Más te vale, porque la próxima vez no seré tan benévolo.

–Bueno –interrumpió Morgana–, dejemos el tema. Hay que conseguir que

Alex se despegue de ella lo antes posible. Como podéis ver en las fotos, ya tienen algo más que una simple amistad.

–¿Pero por qué tenéis tanto interés en esa mujer, mi señor? –preguntó Ángelo intrigado.

–Eso a ti no te incumbe. ¡Obedece y calla!

–Sí, señor, lo siento.

–¡Ahora a trabajar! No hay tiempo que perder. Edras, ocúpate de entretener a Alex mientras Ángelo, Rodrigo y Sebastián se ocupan de la chica. Espero que no me falléis, no me haría gracia tener que reclutar a otro miembro.

Morgana se llevó a Ángelo a su habitación antes de que saliesen a hacer el trabajo. Lo desnudó despacio, chupando y lamiendo cada centímetro de piel que dejaba al descubierto.

–Mi señora –dijo entre jadeos de placer–, no entiendo por qué tenemos tanto interés en esa mujer. Podemos conseguir a otra.

–No puede ser otra –contestó Morgana justo antes de introducirse su miembro en la boca.

–¿Por qué... no... puede ser... otra? –jadeó Ángelo casi sin respiración.

–Porque la necesitamos a ella para resucitar a nuestro señor –se colocó sobre él e hizo que la penetrara con fuerza.

–¿Nuestro señor? –agarró a Morgana de la cintura y guió sus movimientos.

–Gabriel... el vampiro más antiguo... el creador de la Logia... Alex destrozó su corazón... y el de esa mujer es lo suficientemente fuerte para aguantar la sangre pura de Gabriel.

–Entiendo... –tumbó a Morgana en la cama y se colocó sobre ella–. Querida mía... en la Logia mandas sobre mí, pero en este terreno el que manda soy yo... y ya me estoy cansando de estupideces.

Le hizo el amor de manera salvaje, como a ella le gustaba. Cuando notó cerca el orgasmo de su jefa, la mordió en el cuello, chupando su sangre mientras ella se corría. Tras un par de embestidas más, llegó su turno.

Morgana se levantó de la cama en cuanto terminaron y empezó a vestirse dándole la espalda, seguida de Ángelo.

–Debes darte prisa, los demás esperan.

–Lo sé –dijo él de malas maneras.

–No te enfades, pequeño mío –dijo Morgana acariciándole la cara–. Cuando nuestro señor despierte todo será mucho mejor. Estarás a su servicio y podré hacer contigo lo que quiera.

–Más vale que sea así –dijo él agarrándola con fuerza–, estoy harto de Josh y sus tonterías.

Alex descansaba en su habitación. Había besado a Elena con la intención de que se callara y obedeciese, pero había sido el detonante de su lujuria, y el segundo beso casi acaba con su autocontrol. Sus besos le hacían desear mucho

más, y la piel aterciopelada que había acariciado bajo el camisón de seda le hacía no poder soportar no estar dentro de ella en ese mismo momento.

Se moría de ganas de verla de nuevo, de abrazarla y hacerle el amor hasta el anochecer, pero eso estaba descartado. Su hermana se acercó por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

–Alex ¿qué te pasa? Estás demasiado pensativo.

–Nada, Sara, es solo que estoy cansado.

–No has comido nada, es normal que te sientas así. ¿Te traigo una bolsa?

–No, aún aguanto un par de horas más. Es solo que anoche descubrí cosas muy interesantes.

–Cuéntamelo.

–Existe una organización de vampiros, la Logia. Por lo visto, el vampiro que me convirtió era su jefe. Anoche intentaron atacar a una mujer, y la verdad es que no tengo ni idea de lo que pueden querer de ella.

–¿Pero ella está a salvo?

–Sí, pero sigo intranquilo. Pueden volver a atacarla y yo no estoy cerca para salvarla, y luego está el otro problema

–¿Qué problema?

–Necesito verla de nuevo, no entiendo qué me pasa. Hace tres años que no me acerco a ninguna mujer y he estado perfectamente hasta ahora, pero hay algo que me empuja a acercarme a ella, y tengo miedo de hacerle daño.

–Y eso te aterra, ¿no es cierto?

–¡Sí! No quiero ninguna mujer en mi vida, no quiero darme cuenta de que la he matado una noche sin enterarme. Sabes mejor que nadie lo mala que es la sed, la vives conmigo a diario.

–Exacto... vivo contigo y nunca me has hecho daño, ni tampoco a los niños. No entiendo por qué tienes tanto miedo.

–Puedo morderla mientras hacemos el amor, ¿es que no te das cuenta?

–Alex, tú controlas la sed, no al revés. Eres tú quien decide cuándo sucumbir a ella y convertirte en un monstruo, y que yo sepa eres un buen hombre.

–No sé, Sara. Tengo que pensar mucho en todo esto.

–Un consejo, hermano, si quieres verla nada más acércate. No tiene nada de malo asegurarse de que se encuentra bien.

–Tienes razón –dijo Alex levantándose–, me acercaré más tarde a ver cómo está y seguro que se me pasa la tontería.

–No es ninguna tontería querer compartir tu vida con alguien, Alex.

Llevas tres años completamente solo. Creo que ya es hora de que pienses un poco más en ti mismo –dijo Sara acariciándole el pelo.

–Eso es algo que no puedo permitirme –contestó Alex enterrando la cara entre las manos–. Tomé una decisión hace ya tiempo.

–Alex... cuando ocurrió aún eras nuevo en esto y no controlabas tus instintos. Ahora no es así, ¿no es cierto?

–Sí, pero...

–Debes confiar un poco más en ti mismo, no eres el monstruo que solo tú crees que eres. Eres un hombre, solo eso, y un hombre muy bueno –se dio la vuelta para marcharse–. Piensa en lo que te he dicho. Tienes derecho a ser feliz.

Elena estaba sentada en la terraza de la casa de Raúl, absorta en sus pensamientos. No podía dejar de pensar en los besos que le había dado Alex la noche anterior. ¿Pero qué le pasaba? No era el primer hombre que la besaba, y aun así...

Cris se sentó a su lado y se quedó mirándola un buen rato.

–Un euro por tus pensamientos, amiga.

–¿Qué?

–Estás en el limbo. ¿Qué te pasa?

–Nada, solo pensaba.

–¿Ya estás en funcionamiento para la nueva novela?

–No, no... no tiene nada que ver con eso.

–¿Entonces?

–¿Recuerdas al tipo de la discoteca?

–Había muchos tíos en la disco, así que... –dijo Cris resoplando.

–El que se metió en la barra porque la camarera no me atendía.

–¿El buenorro que nos invitó a chupitos en el *chill out*?

–El mismo –dijo Elena–. Pues anoche lo vi a solas.

–¿A solas?

–Sí –dijo dándole vueltas inconscientemente a la pulsera–, y hablé con él.

–¿Y qué? Cuenta, cuenta.

–Es que anoche... olvídalo, es una tontería.

–Prueba a ver.

–Anoche tuve una pesadilla y me desperté muy alterada –no podía decirle la verdad a su amiga, la tomaría por loca.

–¿Qué soñaste?

–Perdía a Sandra de vista por un momento y salía a buscarla a la playa. Entonces aparecía un tipo de blanco diciendo unas cosas muy raras y me asustaba, así que echaba a correr hacia el rompeolas, pero él me acorraló y sacó sus colmillos.

–Tía, qué cosas más raritas sueñas.

–El caso es que no podía volver a dormirme. Me asomé a la ventana y vi una sombra, era Alex y bajé a ver qué demonios hacía entre las sombras como los ladrones. Y no tengo ni idea de cómo, me besó.

–¡Venga ya! ¿Así, por las buenas?

–Bueno... por las buenas no. La verdad es que estábamos discutiendo. O eso creo, después de besarme olvidé lo que estábamos hablando.

–¿En serio? Nunca te había pasado algo así.

–Exacto, y ahora no paro de darle vueltas a sus besos.

–Eso es porque llevas sola mucho tiempo. Ya eran horas de que te fijaras en un chico.

–¡Yo no me he fijado en nadie! Es solo que no me puedo quitar de la cabeza todo lo ocurrido anoche –dijo levantándose–. Creo que me voy a casa a descansar un rato. Quizás cuando me levante me encuentre mejor.

–¿Quieres que te acompañe?

–No, tranquila. Estoy bien.

Elena se dirigió a su casa sin casi darse cuenta de la gente que había a su alrededor. De repente, tres hombres le cortaron el paso, levantó la cabeza, y al verlos inmediatamente le recordaron al tipo de la noche anterior. Y gritó.

Alex estaba ya cerca de la casa de la joven, cuando sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Elena estaba en peligro. Salió a correr, pero Edras detuvo su marcha.

–¡Vaya, vaya... si es Alex!

–Apártate de mi camino, Edras.

–¿Adónde vas con tanta prisa? ¿Ni siquiera te paras a charlar con los de tu misma raza?

–¡He dicho que te apartes!

–No pienso dejar que te acerques, Alex. Antes tendrás que matarme.

–Será un auténtico placer, escoria.

Alex sacó sus colmillos y arremetió contra Edras. El vampiro se movió tan de



prisa que apenas pudo ver cómo se ponía a sus espaldas y le golpeaba fuertemente entre los omóplatos, haciéndole caer al suelo a varios metros de él.

Alex se levantó despacio y se giró a cámara lenta. Sus ojos volvían a ser amarillos, y eso a Edras no le hacía tanta gracia. Sabía que se le ponían de ese color solo cuando estaba realmente enfadado y controlaba toda la magnitud de su poder, y al haber sido convertido directamente por la sangre de un vampiro puro era inigualable.

–¡Vamos, Alex! Era una broma... no irás a matarme, ¿verdad?

–Aléjate de ella. Y de mí –la voz de Alex se había tornado más profunda, más fantasmagórica.

–Solo quería divertirme un poco. Al fin y al cabo somos familia.

–¡Yo no soy tu familia, maldito bastardo!

–Eres un vampiro, Alex. Igual que yo y todos los miembros de la Logia.

–Tengo un mensaje que quiero que le des a la Logia –dijo mientras hacía círculos alrededor de Edras–: díles que dejen a Elena tranquila si no quieren que me enfade mucho y vaya a por ellos.

–De acuerdo... se lo diré.

–¿Tienes miedo, Edras?

–No... pero tengo que irme.

Alex se acercó a su oído.

–No hagas que me arrepienta de dejarte ir.

Salió a correr en dirección a la casa de Elena, pero Edras, que adivinó sus intenciones, se volvió, cogió un coche de los que estaban aparcados cerca y lo lanzó hacia Alex con la intención de detenerlo. Sabía que el coche solo le haría cosquillas, pero al menos perdería el tiempo suficiente como para que sus compañeros se llevasen a la chica.

Alex desapareció de su vista y apareció a sus espaldas. De un puñetazo lo incrustó contra la pared del edificio que había enfrente y siguió su marcha hasta la joven. Allí estaba, rodeada por tres tipos que seguramente serían miembros de la Logia. Malditos fueran todos.

Sintió una leve brisa a su derecha. Edras. Se volvió tan de improviso que al vampiro no le dio tiempo a reaccionar, y lo lanzó contra uno de los vampiros que rodeaban a Elena, haciendo que este se rompiera el cuello.

Se acercó a los demás vampiros con los ojos inyectados en sangre.

–¡Soltadla!

–Ni hablar, novato. La mujer es nuestra –contestó Sebastián.

–¿Qué te apuestas? –Alex hizo el mismo truco que con Edras, se teletransportó detrás del vampiro y le rompió el cuello con sus manos en un solo movimiento– Vamos... ¿Quién quiere ser el tercero?

–Ataquemos a la vez, Edras –dijo entonces Ángelo.

–En grupo sois muy valientes, pero ya nos veremos las caras.

Cogió a Elena en brazos y desapareció de la vista de los incrédulos vampiros. La llevó a su casa donde estaría a salvo por el momento, puesto que la Logia no tenía ni idea de dónde vivía él.

La soltó lentamente en el suelo, porque no paraba de temblar y tenía miedo de que se desplomase.

–¿Te encuentras bien?

–Creo... que sí... solo tengo unos cuantos rasguños.

–Espera aquí, no te muevas.

–No puedo moverme.

La metió en su habitación.

–Siéntate en la cama, no tardaré.

Varios minutos después Alex volvió acompañado de una mujer.

–Hola, soy Sara, la hermana de Alex. Voy a curarte esas heridas, ¿de acuerdo? Puede que te duela un poco, pero hay que parar la infección.

–De acuerdo.

–Elena –dijo Alex–, he estado pensando y es mejor que desaparezcas por un tiempo. Esos vampiros forman parte de una organización, y están demasiado empeñados en que formes parte de sus filas.

–Pero... pero... ¿por qué yo?

–Eso es algo que aún tengo que averiguar.

–¿Y cómo demonios voy a esconderme?

–No te preocupes por eso. Yo iré contigo.

–¿Conmigo? ¿Y adónde iremos?

–A donde sea: París, Italia, Grecia... a un lugar donde no puedan encontrarte.

–Alex... –dijo en ese momento su hermana– mira aquí.

Se acercó a mirar el brazo de Elena. Había un desgarrón en su piel bastante feo, pero lo realmente preocupante era el color violáceo que tenía la herida alrededor.

–¿Qué ocurre? ¿Qué me pasa?

–A ver, tesoro... tienes una herida muy fea en el brazo, eso es todo –dijo Sara intentando tranquilizarla.

–Debemos ir al hospital a que la vea un médico –dijo Alex– y después desapareceremos una temporada.

–Yo me quedaré con el niño –alegó Sara mirando a su hermano–, no te preocupes por nada.

–Voy a ir a casa de Luismi a por unas cuantas cosas que nos harán falta. Descansa mientras vuelvo, no tardaré.

Alex corrió tanto como pudo para llegar a casa de Luismi. Estaba tan preocupado por la muchacha que no había conseguido teletransportarse. Le abrió la puerta un Luismi soñoliento.

–¡Eh, tío! ¿Qué ocurre?

–Tenemos problemas, necesito que me ayudes.

–¡Claro, pasa! Cuéntame.

–¿Recuerdas que te conté que salvé a Elena de las garras de Edras?

–Sí, lo recuerdo ¿Ha vuelto a atacarla?

–Esta vez han sido cuatro y casi consiguen llevársela.

–Mierda. ¿Qué vas a hacer?

–Desaparecer con ella, por eso necesito tu ayuda. Necesito identificaciones nuevas para los dos y rápido, no sé cuánto tiempo tardarán en volver a por ella.

–Aquí tienes –dijo pasado un rato, separándose del ordenador y entregándole un par de carnets y dos pasaportes–. A partir de ahora sois marido y mujer y os vais de luna de miel a Escocia.

–¿No podías haber puesto que somos hermanos o algo así?

–¿Y dónde estaría entonces la gracia?

–Si no fuese porque eres un genio, te mordería.

–Ya será menos. Date prisa, y ten cuidado.

–Lo tendré.

Alex llegó a su casa y encontró a Elena dormida. El cansancio y el miedo habían hecho mella en ella, se la veía demacrada.

Se acercó al salón, donde se encontraba su hermana.

–¿Qué tal está?

–Bueno... cuando te has ido ha abierto las compuertas, así que ahora está un poco más relajada.

–¿Cuándo se ha dormido?

–Hará cosa de media hora. Ha tenido una pesadilla horrible, y ese corte le está doliendo horrores. No soportaba verla así, pobre muchacha.

–Antes de irnos debo llevarla al hospital para que Auri le vea ese brazo.

–Ten mucho cuidado, no quiero quedarme sin hermano antes de tiempo.

–Tranquila, no hay Logia que pueda conmigo. Volveré entero, te lo prometo.

Elena se despertó lentamente. Los dolores en el brazo la habían dejado sin fuerzas. Habían empezado como una fuerte punzada que se había extendido por todo el brazo haciéndola retorcerse de dolor.

Se levantó con cuidado, pero le dolían todos los huesos del cuerpo. Alex entró en ese momento en la habitación y se acercó a ayudarla a levantarse.

–Tranquila... sé que duele mucho, pero pronto pasará, en un par de horas te sentirás como siempre. El exceso de adrenalina te ha dejado exhausta.

–No puedo moverme.

–Lo sé, pronto te sentirás mejor. Ya he conseguido todo lo que necesitamos para irnos de aquí sin que la Logia nos encuentre. Ahora estamos... casados.

–¿Cómo dices?

–Bueno, aparentemente. Un amigo nos ha dado una identidad falsa y ha creído conveniente que seamos una pareja de recién casados que van de luna de miel a Escocia.

–¡Perfecto! No solo hay una panda de vampiros que me quieren a la barbacoa, sino que estoy casada sin mi consentimiento... ¿Se puede ser más desgraciada?

–Oye, encanto, a mí me gusta la situación tan poco como a ti, pero es lo que hay. A partir de ahora, en público tendrás que ser muy melosa conmigo o nos descubrirán.

–Lo intentaré, aunque no será nada fácil.

–Gracias, yo también te quiero.

–Listillo...

–Una última cosa... debemos cambiar tu aspecto. Mi hermana se ocupará de ello. Yo iré a comprar algunas cosas para el viaje y cuando terminéis aquí, nos vamos al hospital.

–De acuerdo.

Sara se ocupó del cambio de look de Elena. La muchacha parecía preocupada y apenas hablaba, a pesar de que Sara no dejaba de darle conversación.

–No te preocupes, cielo, mi hermano se ocupará de todo.

–Lo sé, pero cabe la posibilidad de que me atrapen y eso me aterra.

–Es cierto, pero tienes que ser positiva. Deberías vivir estos días como

unas pequeñas vacaciones, en vez de estar preocupada por lo que pasará en el futuro.

–Creo que tienes razón –dijo Elena con una sonrisa.

–Tienes que llamar a tus amigos, si te fuiste sin decir nada estarán muy preocupados.

–Es verdad. Conociendo a Raúl tiene que estar de los nervios.

–¿Es tu novio?

–¡No, por Dios! Es solo un amigo. Hace mucho tiempo que dejé de pensar en novios.

–¿Por qué?

–Malas experiencias con las que no pienso aburrirte. Creo que estoy predestinada a estar sola.

–Eso es una soberana tontería, Elena. Algún día llegará ese hombre que te haga ser su princesa.

–Eso dice todo el mundo, pero yo no lo veo, la verdad.

–Siento mucho que la vida te haya golpeado tan fuerte tan pronto, cariño, pero deberías tener un poco más de esperanza.

–Lo sé, pero se me hace imposible.

–Te dejo tranquila para que hables con ellos. Voy a prepararte algo de



comer, debes estar hambrienta.

–Gracias, Sara, pero no tengo hambre.

–Ya lo sé, pero eso no quita que tengas que comer para sobrevivir a todo esto.

La muchacha cogió su teléfono móvil y llamó a Cris.

–¿Elena? ¿Dónde demonios estás metida? Me tenías muy preocupada, tía.

–Lo siento, lo siento... verás... ¿recuerdas a Alex?

–¿Cómo olvidarlo? Últimamente no dejas de nombrarlo –respondió su amiga con sarcasmo.

–Pues verás... sé que puede sonar un poco a locura, pero hemos pasado la noche juntos y voy a pasar unos días con él.

–¡Tú estás loca! ¿Es que no escarmentaste con tu ex?

–¡Claro que escarmenté! Esto es distinto. No puedo explicártelo todo por teléfono, ¿vale? Pero te prometo que lo entenderás todo cuando nos veamos.

–Más te vale que nos veamos de nuevo, ¿me oyes? Porque como te pase algo te enteras.

–Solo voy a estar fuera unas semanas, no te preocupes.

–Llámame en cuanto vuelvas, ¿de acuerdo? Me vas a tener muy

preocupada hasta entonces.

–Puedes estar tranquila, corro más peligro lejos de él.

–No entiendo nada, Elena.

–Ya te lo explicaré cuando vuelva. Cuídate, ¿de acuerdo?

–Mejor preocúpate de cuidarte tú.

Colgó el teléfono justo cuando Sara volvía con un tazón de caldo y una tortilla.

–¿Todo bien?

–Bueno, no creo que se haya quedado muy tranquila, pero al menos no sabe la verdad.

–Deberías habérselo contado todo.

–Me tomaría por loca o creería que le tomo el pelo, no hubiese servido para nada.

–Bueno, aquí tienes. Tómate aunque sea el caldo, te sentirás mejor.

–Gracias por todo, de verdad.

–No hay de qué.

Cuando Alex llegó a su casa, encontró a Elena totalmente cambiada. Su larga cabellera castaña se había convertido en una melenita rubia, y sus ojos marrones habían sido ocultados tras un par de lentillas de color verde.

–¿Qué te parece? –preguntó su hermana– ¿Crees que la reconocerán?

–Estoy seguro de que no... pareces otra. ¿Estás lista?

–Sí, podemos irnos cuando quieras –dijo Elena levantándose del sofá.

–Deberías llamar a tus amigos para que sepan lo que ocurre –continuó

Alex– Estarán preocupados.

–Ya lo he hecho –contestó Elena–. Les he dicho que he conocido a alguien y que me voy de vacaciones, no quería preocuparles más de lo necesario.

–Y luego te quejas de que Luismi te haya casado conmigo... –dijo Alex intentando bromear.

–¿Qué querías que les dijese? ¿Que me voy porque me quieren merendar unos chupasangres? Me tomarían por loca. Ya que Luismi nos ha casado, mejor que se crean que tengo una aventura contigo.

–¿Me pones los cuernos conmigo mismo? –bromeó Alex con una carcajada.

–A veces eres insoportable –contestó Elena cruzándose de brazos, pero con una sonrisa asomando a sus labios.

–No te enfades –dijo Alex intentando abrazarla sin éxito–, si solo era una broma.

–Pelota.

–Bueno, vámonos –dijo Alex dirigiéndose a la puerta.

–Tened mucho cuidado –les advirtió su hermana abrazándoles fuerte a los dos.

Cuando llegaron al hospital, Alex preguntó por Auri. Apenas habían pasado un par de minutos cuando su amiga salió a recibirle. Sabía que algo malo ocurría, pues Alex no se acercaba por allí a menos que estuviese demasiado herido y necesitase una transfusión para poder regenerarse.

Auri era una mujer bajita y delgada, de pelo rubio y ojos verdes, pero lo más llamativo de ella era su sonrisa: cuando Auri sonreía iluminaba toda la habitación. Su amiga era capaz de levantarle el ánimo en cuestión de minutos, por eso la quería tanto.

Nada más verle le aprisionó en un gran abrazo. Alex la había ayudado en el pasado, cuando se separó de su exmarido, y le quería muchísimo. Era su mejor amigo y hablaban por teléfono a diario, aunque cada uno siguiese adelante con su vida.

Miró a la mujer que le acompañaba con curiosidad, porque desde que se convirtió en vampiro la única compañía que él había aceptado era la de su hermana y la de ella misma.

–¡Alex! Hace mucho que no te veía por aquí. Vamos a mi despacho, allí podremos hablar sin que nadie nos moleste.

–Perfecto.

Recorrieron varios pasillos desiertos hasta que entraron en una habitación alejada del resto del hospital.

El despacho de Auri estaba formado por un escritorio en el que descansaba un buen ordenador, una camilla cubierta por una sábana verde de hospital y una vitrina repleta de medicinas.

–Bueno, creo que aquí nadie nos molestará –dijo Auri cerrando la puerta–. ¿Qué ocurre? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien. Déjame presentarte a Elena... una amiga.

–Encantada –dijo la aludida con una cálida sonrisa.

–Lo mismo digo ¿Y en qué puedo ayudaros?

–Alguien le hizo un corte en el brazo y tiene un color un poco extraño.

–Déjame ver –Auri cogió el brazo de Elena con cuidado y al ver el corte frunció el ceño.

–Alex, sinceramente espero equivocarme, pero creo que el color violáceo de la herida se debe a algún veneno.

–¿Veneno? –a Elena le fallaron las rodillas y Alex tuvo que sostenerla para que no se cayese al suelo.

–Deberías sentarte –le dijo Auri–, voy a hacerte algunas pruebas para determinar de qué veneno se trata. Deberías denunciar a quien te hizo esto, tesoro –comentó con una mirada llena de comprensión.

–Auri, no es lo que crees, pero es demasiado largo para explicarlo ahora.

–Alex, estoy en mi hora del almuerzo, así que desembucha.

–Hay más como yo.

–¿Cómo? –preguntó su amiga, aturdida.

–Existe una organización de vampiros que va detrás de ella. No tengo ni idea de quiénes son, qué quieren de ella o cómo es que no me he encontrado con ellos antes, solo sé que el vampiro que me convirtió era su jefe.

–¡Vaya! –dijo Auri asombrada.

–Debo averiguarlo, pero primero tengo que ponerla a ella a salvo.

–¿Y con qué te han hecho ese corte? –le preguntó a Elena.

–Uno de ellos llevaba escondido un puñal, y cuando le pegué un rodillazo para escaparme me cortó.

–¿Quién fue, Elena? –dijo Alex con demasiada calma.

–Ya no importa, está muerto.

Cuando la enfermera volvió con el resultado de los análisis, Auri se dejó caer en el asiento con cara de desesperación. Miró a su amigo y a la joven que le acompañaba.

–Tengo malas noticias, chicos.

–¿Qué ocurre? –dijo Alex parando su paseo por la habitación.

–Deberíais sentaros –miró a su amigo—. Los dos.

–Aurora, habla de una vez– dijo este.

–Tengo los resultados de los análisis y no os van a gustar. El veneno es la Batracotoxina, una neurotoxina segregada por la *Phyllobates terribilis*,

más comúnmente llamada rana dorada de Colombia. La Batracotoxina impide la transmisión del impulso nervioso hacia los músculos. El envenenamiento por esta toxina produce una hiperexcitabilidad de los tejidos nervioso, muscular y cardíaco, seguido de convulsiones, parálisis y muerte.

–Pero habrá una cura, ¿no? –preguntó Elena con un hilo de voz.

–Desgraciadamente no.

–¡Maldita sea! –gritó Alex.

–Tranquilízate, Alex, me conoces lo suficiente como para saber que voy a intentarlo todo. La Veratrina, la Aconitina y las Grayanotoxinas son tóxicos liposolubles similares a la Batracotoxina. Debido a estas similitudes, el tratamiento de una intoxicación con Batracotoxina podría basarse en el tratamiento de una intoxicación por estas sustancias, aunque también podría hacerse en función del tratamiento de una intoxicación con Digoxina, debido a los similares efectos cardiotóxicos que producen.

–¿Funcionará?

–No tengo la más mínima idea, Alex. Aún está viva porque la cantidad de veneno que le han transmitido es ínfima, pero eso no quiere decir que no sea mortal, sino que es mucho más lento. Pero si el tratamiento no funciona, morirá igualmente en un periodo de tiempo no muy largo, y sumida en graves dolores. Sé que es demasiado duro oírlo, Elena, pero debes estar preparada.

–Hazlo –dijo ella decidida–, si he de morir, que sea después de haberlo intentado todo.

–Voy a preparar el antídoto –informó levantándose–. Deberías quedarte un par de días para ver cómo reaccionas, Elena.

–No puede ser, Auri –dijo Alex–, tenemos que irnos del país para que esté a salvo de los vampiros.

Media hora después, Auri volvió con una jeringuilla en una mano y un pequeño maletín metálico en la otra. Tras echarle una pomada y vendar la herida del brazo, le pinchó el antídoto experimental y le entregó a Alex el maletín.

–Yo no puedo hacer nada más por ella. Si el antídoto no funciona no habrá nada que la salve. No sé cómo actuará, así que deberás volver en unos días para que le haga un análisis y vea si ha eliminado el veneno. Aquí tienes varias inyecciones de morfina por si tiene dolores y también varias bolsas de sangre para ti.

–Gracias, guapa. Por todo.

–Vuelve de una sola pieza, ¿me oyes? No me sobran los amigos.

–Tranquila, no me pasará nada.

Tras despedirse de su amiga, se montaron en un coche alquilado y se dirigieron a la autopista. Elena se recostó en el asiento del copiloto, estaba agotada mentalmente. Cuando su vida empezaba a mejorar, un grupo de vampiros se había propuesto que se convirtiera en un infierno.



Se volvió hacia Alex, que estaba muy pendiente de la carretera. En ese momento vio el tatuaje que adornaba su brazo izquierdo: un tribal en el que se podían leer unas letras chinas. Lo recorrió casi inconscientemente con un dedo, trazando su silueta.

–¿Y ese tatuaje? –preguntó para romper el silencio incómodo.

–Me lo hice cuando nació mi hijo. Lleva sus iniciales.

–Vaya, debes quererle mucho.

–Es mi vida, lo único que me hace levantarme cada mañana. Si no fuera por él...

–¿Tan malo es ser un vampiro?

–Los vampiros son asesinos, Elena. Tienen que vivir a escondidas, alimentándose de personas inocentes. Definitivamente es terrible ser un vampiro.

–Pero tú no muerdes a la gente, tú has decidido no ser como ellos.

–Tienes razón, pero hay veces que apenas soy capaz de controlar la sed. A veces tengo miedo de hacerle daño a alguien sin darme cuenta.

–¿Alguna vez has mordido a alguien?

–Solo una vez, y cuando reaccioné a lo que estaba haciendo ya era demasiado tarde. Murió entre mis brazos.

–Vaya, lo siento mucho. Debió de ser terrible.

–Aún lo es. Tengo pesadillas con lo que ocurrió.

–¿Por qué lo hiciste?

–Fue a los tres meses de que me convirtieran en vampiro. Aún no controlaba la sed, y como un estúpido me negaba a beberme la sangre que Luismi me traía del banco de transfusión. Ese día me dio un bajón. Estaba hecho mierda y me dio por beber.

–Entiendo.

–Volvía a mi casa cuando le di un golpe a otro coche y el dueño se bajó de él hecho un basilisco. La sed se mezcló con la embriaguez y mi propio ego, y le mordí. Llegué a casa de Luismi cubierto de sangre, desesperado y aterrado por lo que acababa de hacer. Él se encargó de todo: simuló un accidente e incendió el coche del muerto con el cuerpo dentro, y como tiene amigos en todos lados pudo tapar el asesinato. Fin de la historia.

–Pero ya no eres así. Lo superaste, y eso es lo único que importa.

–Lo superé, es cierto. Acepté mi nueva condición y comencé a aprender a vivir con ello, pero hay veces en las que flaqueo, Elena, y cuando eso pasa me encierro en un sótano especial que construimos en mi casa. A veces dura un par de horas, pero hay otras veces que la sed me dura semanas. Luismi me proporciona sangre por una abertura de la puerta hasta que ve que he cambiado de aspecto de nuevo y salimos adelante poco a poco.

–Debe ser difícil, sobre todo con un hijo pequeño.

–Bueno, papá se va de viaje de negocios cuando esto pasa. Es un niño muy comprensivo y lo lleva bastante mejor que yo. Ahora descansa un

poco, nos queda un buen trecho hasta llegar a Madrid.

Elena no se hizo de rogar y se quedó dormida al momento. Alex empezó a acelerar. Le gustaba sentir la adrenalina por sus venas cuando ponía su coche a doscientos kilómetros por hora. Pero esta vez no era solo eso, tenían que poner tierra de por medio entre Elena y la Logia.

Miró de reojo a la mujer dormida a su lado. No sabía qué era, pero tenía algo que le atraía como la miel a las abejas. Se moría de ganas de besarla de nuevo y eso no era bueno. Luismi se había pasado al hacer que tuviese que fingir estar casado con ella, porque corría peligro de cometer una locura.

## CAPÍTULO 4

Llegaron a Madrid al anochecer y lo primero que hizo Alex fue buscar un hotel donde pasar la noche. Estuvo dando vueltas por la ciudad hasta que encontró uno que a él le pareció medianamente aceptable. Cuando llegó a la puerta, despertó suavemente a Elena.

–Eh, nena, despierta.

–¿Qué pasa? ¿Ya hemos llegado?

–Sí, y es hora de empezar la función. Prepárate para ser mi abnegada y enamorada esposa.

–Qué gracioso –dijo dibujando en sus labios una sonrisa embelesada.

–Lo haces muy bien, encanto, sigue así.

Salieron del coche y Alex le pasó el brazo por los hombros. No sabía lo que tenía ese hombre, pero cada vez que la rozaba su corazón se le disparaba. En ese momento Alex se acercó a escasos centímetros de su oído.

–Tranquila, no voy a violarte en una esquina oscura, aunque me muera de ganas de hacerlo.

–No sé de qué me estás hablando –dijo Elena intentando disimular.

–No puedes engañarme, pequeña. Puedo oír cómo se aceleran los latidos de tu corazón... te estás excitando.

–¡Eso no es cierto! Eres un creído, ¿lo sabías? Estoy nerviosa por si nos

encuentran los demás vampiros, por eso mi corazón late más de prisa.

–Convéncete a ti misma si quieres, pero los dos sabemos que mientes.

Tras decir esto, agarró el lóbulo de su oreja entre los labios y succionó suavemente, consiguiendo que a Elena se le escapara un gemido de placer.

–¿Se puede saber qué demonios haces?

–Interpreto mi papel, amor mío, eso es todo.

–No creo que sean necesarias tantas muestras de cariño en público.

–Al contrario, mi cielo, estamos recién casados... es normal que no pueda quitarte las manos de encima –señaló Alex justo antes de pasarle suavemente la mano por el culo, haciendo que Elena diese un respingo.

Se estaba divirtiendo de lo lindo. Estaba poniéndola nerviosa y eso le gustaba, aunque tenía que reconocer que a él también le estaba afectando ese juego. Si Elena hubiese mirado un poco más abajo, se habría dado cuenta de que el juego era muy peligroso en ambos sentidos.

Elena estaba excitada, era cierto, y tras escuchar a Alex decir que se moría de ganas de violarla en una esquina oscura más aún. Podía asegurar que en caso de que lo hiciese, no sería violación en absoluto, pues ella le facilitaría el trabajo todo lo posible. Si Alex se moría de ganas de estar con ella, no era nada comparado con las ganas que ella sentía de que él le hiciera el amor.

El hotel era pequeño, como él pretendía, las paredes estaban pintadas en color crema, y a la izquierda se encontraba la recepción. En el centro de la sala había

una pequeña fuente en la que nadaban varios peces de colores, había asientos cómodos alrededor de dicha fuente, y justo al lado de la recepción se encontraban unas escaleras de mármol con la barandilla dorada que llevaban a las habitaciones. Se acercaron a la recepción del hotel cogidos de la mano.

–Buenas noches, quisiéramos una habitación para pasar la noche.

–Déjenme sus documentos de identidad, por favor.

Mientras la recepcionista les registraba en el hotel, Alex se dedicó a abrazarla y hacerle un millón de carantoñas. A Elena le quedaba muy poco autocontrol. Como siguiera así acabaría tumbándolo de un empujón en la cama en cuanto llegaran a la habitación.

–Cariño, estate quieto, que estamos en público –le dijo, intentando apartarle sin éxito.

–Amor mío, seguro que esta amable señorita me entiende. Estamos recién casados, ¿sabe? Apenas hace unas horas que es mi mujer.

–Vaya... enhorabuena a los dos –dijo sonriendo–. Si quieren puedo asignarles la suite nupcial. En este momento la tenemos libre.

–No creo que... –empezó a decir Elena.

–¿En serio está libre? –la interrumpió Alex poniendo demasiado interés–  
Pues le agradecería enormemente que nos la asignase. Decidimos hacer una luna de miel a la aventura y no hemos pensado en pasar la noche en ninguna suite.

–Estupendo, pues ya está todo listo. El botones les acompañará a su habitación. Que disfruten de su estancia en nuestro hotel –dijo la joven con una sonrisa al entregarle las tarjetas.

–Gracias –dijo Elena con cara de pocos amigos.

–Muchas gracias por todo –dijo Alex con un guiño.

El viaje en ascensor fue para ella toda una tortura. Alex aprisionó su boca en cuanto ella se apoyó en la pared del fondo del mismo, y su beso hizo papilla con sus neuronas. Sin quererlo, un gemido escapó de su garganta cuando las manos de él le acariciaron los costados suavemente, subiendo casi imperceptiblemente hasta rozar sus senos. Elena tuvo que sujetarse a los hombros del vampiro para no caer al suelo, pues sus piernas acababan de convertirse en gelatina.

Cuando por fin llegaron al último piso, donde estaba la suite, Alex la soltó despacio, terminando su contacto con un pequeño beso en la punta de su nariz.

Nada más entrar a la suite y despedir al botones, Elena se volvió hacia Alex con cara de pocos amigos.

–¿Por qué demonios has hecho eso?

–¿El qué? –preguntó él haciéndose el inocente.

–Besarme ¿Por qué me has besado?

–Porque eres mi mujer. Por eso –contestó él con una sonrisa traviesa en la cara.

–¿Se puede saber qué pasa contigo? No creo que sea necesario tanto

sobeteo para simular un matrimonio.

–Si no llevamos casados ni un día es normal que esté todo el día encima de ti. Te recuerdo que tú no has estado casada nunca. En cambio, yo sí.

–Bueno... pero... no te pases tanto, no seas tan pegajoso.

–Sí, su alteza ¿Algún requerimiento más?

–Si supuestamente estás casado conmigo no creo que sea conveniente que intentes ligar con la recepcionista. Córdete un poquito.

–¿Perdona?

–Te he visto guiñarle el ojo a la recepcionista.

–¿Estás celosa? –dijo él riendo.

–¡Por supuesto que no! Es solo que no me haría ninguna gracia quedar como cornuda, eso es todo.

–¡Estás celosa! –se acercó y la aprisionó contra la pared.

–He dicho que...

–Cállate de una vez y bésame.

No le dio tiempo a discutir. La besó con insistencia, invadiendo la boca de la joven con su lengua. Recorrió cada recoveco, haciéndola enloquecer de deseo, la cogió en brazos y la tumbó en la cama. ¡Al diablo con todo! Iba a hacerle el amor aunque fuera lo último que hiciera. Necesitaba enterrarse en ella incluso más que beber sangre a diario. De un tirón se deshizo de la camiseta de la joven, acariciando suavemente sus pechos con la yema de los dedos.

–Dios mío... eres preciosa –dijo justo antes de introducirse uno de sus



pezones en la boca.

Elena se retorció entre sus brazos jadeando. Estaba tan excitada como él. Cada caricia de Alex la llevaba un poco más cerca de la locura. Lo agarró de la nuca mientras devoraba su boca con ansia y levantaba las caderas en un acto reflejo para estar más cerca de su cuerpo.

Pero de repente todo cambió. Empezó a atravesarla un dolor agudo, sus gemidos se convirtieron en gritos de angustia y sus ojos se anegaron de lágrimas. El cambio en la joven hizo que Alex se levantase de un salto.

–¡Elena! ¿Qué... qué ocurre? ¿Te he hecho daño?

–Me... duele –dijo ella con el sufrimiento pintado en la cara.

–Voy por una inyección –dijo Alex intentando levantarse, pero Elena le retuvo agarrándole de la muñeca.

–¡No! – dijo Elena retorciéndose de dolor mientras lo aguantaba a duras penas del brazo.

–Pero, cariño, te sentirás mejor –dijo Alex, acariciándole la cara.

–Puedo... soportarlo.

Alex se sentía impotente. No sabía que verla así iba a afectarle tanto. La cogió entre sus brazos y la acunó mientras el dolor pasaba. Elena se agarraba a su camiseta con desesperación mientras lloraba y se retorció entre sus brazos. Pasados diez minutos Elena dejó de llorar y de gritar, quedando laxa entre sus brazos como si fuera una muñeca de trapo.

Alex se levantó despacio y la desnudó, le pasó suavemente una toalla mojada por todo el cuerpo con el fin de limpiarle el sudor y la metió en la cama. Tras ponerse un pantalón de pijama se metió bajo las sábanas y volvió a abrazarla, mientras le acariciaba suavemente el cabello.

–¿Qué tal te encuentras?

–Tengo ganas de vomitar.

–¿Quieres que te lleve al baño?

–No, no... solo necesito un poco de agua

Alex se levantó y le apoyó un vaso de agua en los labios.

–¿Estás mejor?

–Sí... pero estoy demasiado cansada.

–Duérmete.

–No funciona, Alex.

–Aún es demasiado pronto, Elena. Deja que el antídoto haga efecto.

–¿Y si no lo hace?

–Te salvaré, ¿me oyes? –dijo Alex con desesperación mientras la miraba a los ojos– Mañana cogeremos el primer vuelo para Escocia y disfrutaremos del viaje. Te olvidarás del veneno, de la Logia y de todo y volveremos cuando consiga averiguar qué quieren de ti para ponerte a salvo.

–¿Y si no es así?

–Será así, te lo prometo.

–No quiero morir, Alex, aún me quedan muchas cosas por vivir.

–No vas a morir, no lo permitiré.

–Estoy... cansada.

–Duérmete, yo te cuidaré.

Ya hacía varias horas que Elena descansaba tranquila. Habían estado a punto de tener sexo, y eso le daba mucho que pensar. Habían sido muchas las mujeres que se le habían ofrecido desde su transformación, pero ninguna había despertado en él las ganas de protegerla y hacerle el amor que sentía con Elena, y eso era extraño.

La muchacha se removió incómoda entre las sábanas, pero con una sola caricia en su hombro se relajó. Alex sonrió. En ese momento Elena parecía una gatita acurrucada entre las sábanas, y no pudo refrenar el impulso de besarla suavemente en la frente. Más que lujuria, Elena le despertaba una gran ternura, y eso nunca le había ocurrido, ni siquiera con la madre de su hijo.

Se levantó de la cama y se asomó al balcón para fumarse un cigarro. Un escalofrío familiar le recorrió la columna. Empezó a buscar en la noche. Algo entre las sombras le llamó la atención: la gabardina blanca en pleno verano era inconfundible.

–¡Mierda! –exclamó mientras entraba a toda prisa a la habitación–

Elena... vamos, despierta, tenemos que irnos.

–¿Qué ocurre? –contestó ella adormilada.

–Edras está aquí. Nos ha seguido.

No tuvo que decírselo dos veces, la mujer se levantó de un salto y se vistió a toda prisa. Gracias al cielo que se había recuperado por completo y pudo hacerlo en tiempo récord.

Bajaron las escaleras a toda prisa, pagaron la factura del hotel a una recepcionista atónita y salieron a la calle, escondiéndose entre las sombras.

–¿A dónde vamos? –preguntó Elena en un susurro.

–Al aeropuerto. Allí hay mucha gente a cualquier hora, así que nos será muy fácil despistarle –contestó Alex mientras ponía el coche en marcha.

Cuando llegaron al aeropuerto descubrieron que la suerte estaba de su lado. Se había retrasado un vuelo a Nueva York y los pasillos estaban repletos de gente con equipaje. Entraron en una tienda y se compraron ropa nueva, unas gafas oscuras y gorras tras las que ocultar sus rasgos.

Sortearon a las personas durante un buen rato, parándose a hacerse carantoñas cada vez que el vampiro se acercaba demasiado, hasta que por fin perdieron de vista a Edras. A Alex se le ocurrió entonces una idea que quizás pudiese funcionar, así que se acercó a una de las ventanillas.

–Buenas noches. Por favor, ¿a qué hora sale el próximo vuelo a Londres?

–Dentro de una hora, caballero.

–¿Y a Edimburgo?

–El próximo vuelo a Edimburgo sale a mediodía, pero viene con retraso,

así que puede salir incluso a las seis de la tarde.

–Deme dos billetes para Londres entonces.

–Pero Alex... –dijo Elena sin entender nada.

–Tesoro, iremos a Edimburgo desde Londres. Será un viaje más interesante y más corto. Confía en mí.

–Está bien, mi amor, como tú quieras –contestó ella con una sonrisa al entender sus intenciones.

Se dirigieron rápidamente a la puerta de embarque. Vieron al vampiro cerca de ellos, así que Alex la rodeó con sus brazos y empezó a besarla.

–¿Dónde... está? –preguntó la muchacha, asustada, entre besos de Alex.

–Justo detrás de ti... Está mirando hacia la puerta, supongo que con la intención de pararnos si nos ve. No te muevas.

–No puedo moverme, no me dejas hacerlo.

–Buena chica.

Alex le cogió la cara con ambas manos y la besó intensamente. Elena perdió la noción del tiempo y del lugar en el que se encontraban, le pasó los brazos por el cuello y apretó su cuerpo contra el del vampiro. A Alex se le escapó un gemido. Cada vez que la besaba sus hormonas se disparaban y su libido ganaba la batalla.

Se regodeó en el beso. Le encantaba el sabor de los labios de Elena y aprovechaba todas las oportunidades para volver a probarlos. La besó

suavemente por toda la comisura de la boca, haciendo que ella suspirase.

–¿Sigue ahí? –preguntó Elena, saliendo por un segundo de su ensueño.

–Hace rato que se ha ido –contestó Alex un segundo antes de volver a aprisionar los labios de la joven con los suyos.

El aviso de su vuelo les hizo reaccionar. Alex miró a Elena a los ojos sonriendo, la cogió de la mano y, tras volver a besarla fugazmente, se adentraron en el avión. Pero no dejaba de mirar hacia todos lados, hasta que no estuviesen en el aire y revisara todo el avión no estaría tranquilo.

Despegaron un par de minutos después. Cuando estuvieron estables en el aire Alex se desabrochó el cinturón y se volvió a Elena.

–Elena... –empezó a decir Alex.

–¿Qué pasa?

–Si vuelven los dolores deberías dejarme inyectarte la morfina.

–No quiero medicinas, no quiero vivir el poco tiempo que me quede como un zombi.

–Elena, es solo sentido común, tesoro. Estamos en un avión lleno de gente y no sabemos si Edras está en él. Si comienzas a gritar por los dolores como has hecho antes, llamaremos la atención y estaremos a merced de él. Por una vez confía en mí.

–Siempre confío en ti.

–Pues avísame cuando empiece.

–De acuerdo, lo haré.

Alex la besó suavemente en los labios.

–Buena chica. Voy a echar un vistazo por el avión, si Edras está aquí quiero pillarle por sorpresa. No te muevas de aquí.

–Tranquilo, no lo haré.

Elena se recostó en el sillón mientras miraba por la ventanilla. Se estaba alejando de todo lo que le importaba sin saber las consecuencias. Por culpa de un individuo repugnante, toda su vida se estaba yendo al traste. ¿Pero por qué ella? Alex le había dicho que la querían a ella por algún motivo, pero era una mujer normal... una pobre escritora novel que no sabía ni siquiera cómo se estaba vendiendo su novela.

Una lágrima empezó a resbalar por su mejilla. Estaba asustada, muy asustada. Aún le quedaban muchas cosas por vivir y no quería morir tan pronto. Quería tener éxito en su trabajo, quería formar una familia. Por Dios, aún no había tenido oportunidad de experimentar lo que se sentía siendo madre.

Apenas se percató de que Alex volvía a sentarse a su lado, ni tampoco de cómo le limpió la lágrima solitaria que viajaba por sus labios con un beso.

Alex acababa de terminar su inspección por el avión, y no había ni rastro de la Logia. Mejor así. Había pensado que era mejor viajar hasta Londres y después viajar a Escocia porque se ahorrarían diez horas de espera en el aeropuerto, y con la Logia pisándoles los talones era lo mejor.

No pensaba permitir que Elena muriese, había un millón de cosas que quería vivir junto a ella. Ya no tenía ninguna duda: quería explorar el sentimiento que se había implantado en su alma, aunque tuviese que cargar por el resto de la eternidad con las consecuencias.

Volvió a su asiento y encontró a la muchacha llorando. La entendía, debía de estar aterrada por todo lo que le estaba ocurriendo. Se sentó junto a ella, limpió una lágrima solitaria con sus labios y la abrazó con fuerza. No hacían falta palabras... un simple gesto de aliento era suficiente.

Elena se volvió hacia él, enterró la cara en su camiseta y lloró hasta que se quedó sin fuerzas. El llanto dio paso al sueño y se quedó profundamente dormida.



## CAPÍTULO 5

Edras estaba parado en la ventana que daba a las pistas de aterrizaje. Les había visto subir al avión cuando ya era demasiado tarde para seguirles. Intentó subir al mismo avión, pero no quedaban billetes.

Pero aún así sabía hacia dónde se dirigían. Iban a Londres. Alex era un hombre demasiado listo para su bien. Quería conseguir alejarla de ellos, y maldito fuera, lo estaba consiguiendo. Llamó a Josh desde una cabina cercana, aun sabiendo que su jefe le armaría la bronca.

–Josh, los he encontrado.

–¿Dónde están?

–Están subidos en un avión con destino a Londres.

–Espero que me estés llamando desde ese mismo avión...

–No he podido subir, no quedaban billetes, pero les seguiré en el siguiente avión.

–¿Me estás intentando decir que les has vuelto a perder por una insignificancia como esa?

–Sé hacia dónde se dirigen, no tardaré mucho en encontrarles.

–Debes hacerte con la chica. Sin ella Gabriel no podrá volver.

–Esta vez lo conseguiré, no te preocupes tanto.

–¡Más te vale! De lo contrario ya sabes cuál será tu destino.

–No me amenes, Josh.

–Espero que no vuelvas a decepcionarme, Edras, eres mi mejor soldado.

–No te preocupes, la atraparé.

El vampiro colgó el teléfono y sonrió. Quizás ahora Josh tenía el poder, pero en cuanto su señor despertase haría que desapareciese de la faz de la tierra y él se quedaría con su puesto.

–Tranquilo, Josh, ya te queda poco tiempo. Antes de lo que te imaginas estarás muerto y yo seré el nuevo jefe de la Logia.

Alex y Elena aterrizaron en Londres a las 4 de la mañana. La muchacha había conseguido dormir casi todo el trayecto después de desahogarse y él había disfrutado enormemente observándola.

Cuando salieron del aeropuerto Alex la cogió de la mano, pero ella se soltó.

–¿Qué pasa? –preguntó extrañado.

–Ahora que estamos lejos de España no tienes por qué hacerte pasar por mi marido.

–¿Pero qué demonios estás diciendo? Elena, me importa una mierda que hayamos salido de España, si te doy la mano es porque me da la gana, porque me gustas y quiero sentirte cerca, así que deja de decir sandeces y dame la mano de una puñetera vez.

–No quiero que pierdas la oportunidad de estar con alguna mujer por aparentar que eres mi marido.

–Elena, ¿qué tonterías son esas? Ven aquí –la mujer no obedeció–  
¡Vamos, ven aquí!

Elena se acercó lentamente sin levantar la cabeza. Alex le levantó suavemente el mentón con las yemas de los dedos y la besó. El beso fue apenas un roce de labios, que dejó a la mujer con ganas de más, mucho más.

–Escúchame bien, gatita revoltosa. Me da igual lo que haya ahí fuera. Me da igual que todo esto empezase como un engaño, pero te aseguro que lo que pasó en el hotel de Madrid no fue ningún simulacro. Te deseo, y quiero ver adónde nos lleva todo esto. Me interesa mucho la preciosa mujer que está ahora mismo junto a mí, ¿me oyes?

–No sabía que la Batracotoxina hiciese milagros –dijo, intentando bromear.

–¿Por qué dices eso?

–Porque no era preciosa antes de que me envenenaran y ahora sí lo soy.

–Si no fuera porque me importas demasiado te mordería –dijo Alex abrazándola con cariño– Vamos a buscar algún sitio donde alquilar un coche para poder movernos por la ciudad.

Elena le siguió sin decir ni una palabra. Alex había dicho que le importaba demasiado. ¿Sería verdad? ¿O quizás lo decía solo porque le había cogido cariño? No podía ser cierto que un hombre como él se enamorase de una mujer como ella.

Alquilaron un coche y tras el desayuno fueron a hacer un poco de turismo. No podían estar demasiado tiempo sin moverse, pues seguramente Edras los habría visto subir al avión.

Comenzaron haciendo un recorrido por la ciudad en el bus turístico y comieron a la ribera del Támesis, en el *All Bar One*, un bar con fantásticas vistas y un ambiente relajado y personal amable. Se sentaron en la terraza y pidieron una variedad de platos típicos londinenses, como la famosa ternera Wellington o tarta de nueces y queso azul inglés.

Por la tarde visitaron la Torre de Londres. Vieron las joyas de la Corona, compuestas por coronas, espadas y cetros de incalculable valor, tanto material como histórico y religioso. Continuaron su visita en la Torre Blanca, el edificio central y el más antiguo de la Torre de Londres.

El Palacio Medieval, donde aún se conservan algunos restos del mobiliario que muestran el lujo y la opulencia que en su día reinó en la Torre, fue la parte que más gustó a Elena, que era una apasionada de dicha época.

Terminaron su visita en la Capilla Real de San Pedro y Vincula, lugar en el que se conservan los restos de los prisioneros más famosos que fueron ejecutados en la Torre.

Terminada la visita, Alex puso rumbo a Edimburgo. Había decidido no dormir en Londres por dos razones: la primera, porque Edras contaría con que lo hicieran y quería tener ventaja sobre él; la segunda, porque quería evitar estar en

la misma habitación que Elena demasiado tiempo. Había tenido tiempo de pensar y le había entrado el pánico de nuevo.

Elena estaba muy callada y no paraba de mirar a Alex de reojo. El hombre sonrió.

–¿Qué pasa? ¿Tan guapo soy que no puedes quitarme el ojo de encima?

–Desde que salimos no has tomado tu bebida energética. ¿Estás bien?

–¿Bebida energética? –rió a carcajadas– Definitivamente eres increíble.

En la maleta tengo unas cuantas bolsas, no te preocupes por eso, pero solo tengo que tomarme una al día, y como comprenderás no me hace mucha gracia que me veas tomarla.

–¿Por qué?

–¿Cómo que por qué? No quiero que veas el monstruo que hay dentro de mí.

–¡Tú no eres ningún monstruo! –dijo ella ofendida.

Alex paró el vehículo en el arcén y la miró fijamente.

–¿En serio? Me alimento de sangre humana, no me he acostado con una mujer en tres años por miedo a que en pleno orgasmo se me vaya el pistón y me la cargue de un mordisco, vivo a caballo entre la vida y la muerte, porque la muerte de otros es la continuación de mi vida. Así que perdóname que difiera, pero soy un monstruo.

–¿Sabes lo que yo veo? Veo un hombre bueno que prefiere beber sangre

en bolsa a hacerle daño a alguien, un hombre que está arriesgándolo todo por salvar a una mujer a la que apenas conoce, un hombre que reprime sus instintos por miedo a hacerles daño a las personas que quiere. Tú no eres ningún monstruo, Edras sí lo es. La Logia está formada por monstruos, pero tú...

–Eres la única que ve lo bueno que hay en mí –dijo abrazándola.

–Eso no es cierto. Tu hermana conoce tu secreto y aun así te adora. Y tus amigos. Te quiere mucha más gente de la que crees.

–Eres increíble. Ojalá... vamos, es mejor que no perdamos tiempo, no nos queda mucho.

–¿Qué ibas a decir?

–Olvídalo, es una tontería.

–Vamos, dilo, no me dejes con la intriga.

–Iba a decir que ojalá te hubiese conocido en otras circunstancias.

Lo que Alex quería era haberla conocido siendo un humano. Las cosas hubiesen sido diferentes, se habría desvivido por conquistarla, y en ese momento estarían metidos en la cama en vez de rumbo a lo desconocido. Estarían disfrutando de conocerse mutuamente y, quién sabe, a lo mejor hasta llegaría el día en el que se casase con ella. Pero ahora no había nada que hacer, la realidad era que estaba tan lejos de ella como la Tierra del Sol, y no había nada que pudiese hacer para remediarlo.

Llegaron a Edimburgo de madrugada, se acercaron a un hotel y pidieron una

habitación. Mientras Alex fue a buscar algo para comer, Elena se dio un baño relajante. El agua caliente y la espuma le cosquilleaban todos sus músculos entumecidos por el largo viaje. Apenas habían parado desde que salieron de Londres, excepto para echar gasolina y comer.

Seguía pensando que el antídoto no funcionaba. Le dolía todo el cuerpo y tenía ganas de vomitar. Estaba completamente segura de algo: si iba a morir, le pediría a Alex que la convirtiese en vampiro. No estaba preparada para morir tan pronto.

Respiró hondo y pensó en él. Era un hombre increíble. Desde que le conocía no había visto nada más que cosas buenas en su forma de ser: era un hombre noble, atento, amigo de sus amigos, leal... por supuesto que sabía que algún defecto tenía, pero a ella no le molestaban en absoluto.

La verdad es que era curiosa la forma de comportarse del destino. Cuando le conoció no quería ni oír hablar de enamorarse, y ahora no podía quitarse de la mente a su demonio personal.

¿Qué tendría ese hombre para volverla loca? Una mirada bastaba para que ella se derritiera como cera entre sus brazos. No quería ni pensar en lo que pasaría si alguna vez acababan haciendo el amor.

Se envolvió en una toalla y salió del cuarto de baño. Nada más pisar la moqueta de la habitación supo que algo no iba bien. La ventana estaba cerrada cuando Alex se fue, estaba completamente segura, y ahora la brisa movía las

cortinas. Sintió un escalofrío en la nuca cuando vio salir de entre ellas a un hombre. Era un poco más alto que ella, tenía el pelo castaño y los ojos más azules que había visto en su vida, pero el uniforme blanco le delataba: la Logia les había encontrado.

–¿Quién... quién eres tú?

–Permíteme que me presente: soy Ángelo y he venido a buscarte.

–¿A buscarme? No te conozco de nada –mientras hablaba buscaba a tientas algo con lo que defenderse.

–Quién soy yo carece de relevancia, lo importante es quién eres tú... y te aseguro que ocupas la mayor parte de mis pensamientos.

–No te acerques a mí.

–Querida... sé que no me conoces y que por eso estás un poco cohibida, pero pronto no podrás dejar de pensar en mí. En cuanto te haga el amor una vez serás mía.

–¿Seguro? Yo creo que no –cogió la lámpara de la mesita de noche y la empuñó a modo de espada.

–Eso no te va a servir de nada, corazón. Tu amigo debería haberte dicho que solo hay dos formas de matarnos, y golpearnos con una simple lámpara no es una de ellas.

–Es cierto –dijo Alex desde atrás, aprisionándole la garganta con sus manos–, pero atravesarte el corazón sí lo es.

Dicho esto le atravesó el pecho con una estaca de acero, y el vampiro se



desintegró en cuestión de segundos.

Alex se acercó a Elena y la abrazó con fuerza.

–¿Te encuentras bien? ¿Te ha hecho algo?

–No, no le ha dado tiempo a acercarse. Gracias a Dios que has llegado justo a tiempo.

–He sentido tu miedo, así que he subido escalando por la ventana.

–Escalando por la... ¡pero si estamos en un cuarto piso!

–Bueno –dijo sonriendo–, hay muchas cosas que no sabes de mí todavía. Una de ellas es que puedo subir por las paredes sin esfuerzo.

–Pues gracias a Dios que puedes hacerlo, de lo contrario... –un escalofrío recorrió a la joven.

–Lo importante es que no ha pasado nada –la separó de él y la miró de arriba abajo–. Será mejor que te vistas. No podré resistirme por mucho tiempo a tus encantos –bromeó Alex para intentar quitarle hierro al asunto.

–Estoy horrible –dijo ella mirándose de arriba abajo–. No soy nada atractiva, así que no seas tan cortés.

–¿Cortés? ¿Crees que lo digo por cortesía? –la acercó a él para que pudiese notar el enorme bulto de su erección– ¿Crees que esto forma parte de la cortesía? Desde que te conozco me tienes loco. No puedo dormir por las noches porque sueño con hacerte el amor de un millón de maneras distintas.

–Alex...

–¿Qué? Llevo tres años sin tocar a una mujer y sin que ello sea ningún problema, pero tú estás haciendo que me replantee seriamente mis decisiones del pasado, porque enterrarme en ti es lo más cerca del cielo que podré estar nunca, así que no me digas que lo hago por cortesía.

–Voy... voy a vestirme.

–Será lo mejor.

Cenaron en absoluto silencio y Elena se metió entre las sábanas, dándole la espalda. No sabía qué decir. Alex le gustaba y mucho, pero eran demasiadas las cosas que se interponían entre ellos en ese momento.

Vio como salía al balcón a fumarse un cigarrillo. ¿Realmente sería tan terrible hacer el amor con él? Quizás su vida estaba a punto de terminar. Quizás no tendría otra oportunidad de sentir lo que era estar con un hombre bueno que la deseara.

Se levantó despacio y se acercó a Alex, abrazándolo suavemente por la espalda y depositando un suave beso entre sus omoplatos.

–Deberías estar durmiendo –le dijo él sin mirarla–, mañana será un día muy largo.

–¿Por qué te divorciaste?

–Mi ex mujer cambió de la noche a la mañana. No tiene personalidad propia y hace todo lo que la hermana le dice, entre otras cosas dejarme

tirado como un perro la noche de Fin de Año, así que me cansé. La mandé a paseo y luché con uñas y dientes por la custodia de mi hijo, porque sabía que estaría mil veces mejor conmigo. Fin de la historia.

–Debes estar muy dolido.

–¿Bromeas? Alejarme de ella ha sido lo mejor que podía haber hecho.

Ahora estoy en mi mejor momento sentimentalmente, sin preocupaciones de ningún tipo, sin cargas ni calentamientos de cabeza. Ahora mismo, mi única preocupación es hacer la vida de mi hijo lo más maravillosa posible. Y salvarte. Lo demás no importa.

–Hazme el amor, Alex –dijo enterrando la cara en su espalda.

–No sabes lo que estás diciendo –contestó Alex tirando la colilla por el balcón.

–Quizás me queden un par de días de vida, así que no tengo mucho que perder. Sé perfectamente lo que digo.

–¿Y si te muerdo? ¿Y si no soy capaz de parar y acabo contigo? No me lo perdonaría nunca.

–No me morderás, por muy excitado que estés nunca me harás ningún daño.

–¿Cómo puedes estar tan segura si ni siquiera yo lo estoy?

–Porque confío en ti.

–Elena, jamás he hecho el amor con nadie siendo vampiro, así que no sé lo que puede ocurrir. No voy a arriesgarme a hacerte algún tipo de daño.

El asunto está zanjado.

–Eres un cabezota. Te estoy diciendo que me da lo mismo lo que pase, ¿no lo entiendes? Será mil veces mejor morir entre tus brazos que morir por el veneno.

–Elena, cariño...

–No me llames cariño, solo lo haces para convencerme de algo. Quiero hacer el amor contigo, considéralo mi último deseo antes de morir.

No le dio tiempo a responderle. Se puso de puntillas y le besó, apretando su cuerpo redondeado contra el de él. Al principio Alex se resistió, pero al sentir las manos de Elena subiendo lentamente su camiseta perdió la batalla. No podía seguir luchando contra lo que sentía por ella, su vida se estaba convirtiendo en un infierno e iba a acabar volviéndose loco.

Pasó sus brazos por debajo de las rodillas de la joven y la levantó en peso para llevarla a la cama. No separó su boca de la de ella ni un segundo. Necesitaba sentir el sabor de su lengua tanto como necesitaba la sangre para sobrevivir.

La tumbó despacio y se puso sobre ella. Desabrochó uno a uno los diminutos botones que cerraban su camisón por delante y se quedó mirándola embelesado. Besó suavemente su cuello, despertando escalofríos en la mujer, que gemía sin parar. Fue bajando poco a poco y lamió sus pezones a través del encaje del sujetador.

Ya no había marcha atrás: las manos de Elena tomaron el control. Le desvistió con prisas, sus manos parecían estar por todas partes. De un tirón Alex rompió las braguitas de la muchacha y se colocó sobre ella mirándola a los ojos.

–¿Estás completamente segura de que esto es lo que quieres?

–Nunca he estado más segura de algo que en este momento.

Mientras decía esto levantó las caderas, haciendo que Alex entrase en su interior. Un gruñido escapó de los labios del vampiro. Estar dentro de ella era el paraíso. Se ajustaba a él como un guante, y estaba tan caliente... empezó a moverse inconscientemente, cada vez más y más de prisa.

Elena vio cómo los ojos de Alex se volvían amarillos y cómo sus colmillos se alargaban. Cuando la miró a los ojos la muchacha estalló en mil pedazos. Alex enterró la cara en su cuello y entre jadeos de placer llegó a su propia culminación.

Mucho tiempo después, Alex se levantó despacio, se echó a un lado y la atrajo hacia sí para abrazarla. No dijeron nada, no hacía falta, había hecho el amor con ella, se había transformado, pero ni siquiera había tenido la tentación de morderla. Ahora se sentía realmente satisfecho.

Miró a la causante de su estado de ánimo, pero se había quedado dormida. Sonrió. Realmente era una pequeña gatita traviesa. Le había dejado alucinado, creía que sería remilgada, pero había estado totalmente desinhibida y eso le gustaba. Sabía que no se aburriría con ella.

Estaba pensando tonterías, él era un vampiro y su vida con una humana estaba descartada. Viviría el tiempo que tuviesen juntos disfrutando al máximo, pero una vez llegado el momento se separarían, ella encontraría a un hombre bueno que la hiciese feliz y él seguiría con su vida.

Se levantó de la cama y abrió una de sus maletas, cogió una de las bolsas de sangre y le hincó los colmillos. Mientras bebía se sentó en el sofá con las piernas cruzadas a leer el periódico que le habían dejado esa mañana en la habitación.

Elena se despertó lentamente y lo que vio la hizo sonreír: Alex estaba sentado en el sofá de la habitación en calzoncillos y con las piernas cruzadas leyendo el periódico. Lo que más gracia le causó fue verlo beberse la bolsa de sangre como si de un cartón de zumo se tratara.

—Nunca te había visto beber, y no es muy diferente de ver a un hombre bebiéndose el café de la mañana —dijo Elena desde la cama.

Alex se dio la vuelta inmediatamente, totalmente avergonzado.

—Lo siento, Elena, creía que estabas dormida. No deberías haberme visto así.

—Date la vuelta y déjate de tonterías, no tiene nada de malo. Además, si has sido capaz de hacerme el amor también eres capaz de dejarme verte comer.

—¡No es lo mismo, maldita sea!

—¿Por qué iba a tener yo algún problema con verte comer? Tú no has

decidido ser lo que eres, Alex, lo decidió la Logia. Eres una víctima más de esos salvajes.

–Gracias por creer eso, pero...

–No es que lo crea, es la realidad –se acercó a él y lo abrazó–. No me has mordido, a pesar de que no podías controlar tus instintos no me has mordido.

–Lo sé... hasta yo estoy sorprendido.

–Pues yo no lo estoy, sabía que no lo harías.

–Confías demasiado en mí, Elena. Ni yo mismo lo hago.

–Pero eso es porque te amo.

–¿Qué has dicho? –dijo él mirándola a los ojos, sorprendido.

–Yo no quería enamorarme de ti, ¿sabes? Y si te soy sincera, ni me había dado cuenta hasta que no te lo he dicho. Yo estaba muy a gusto con mi vida, estaba empezando a vivir, a despegar como escritora, y lo último que quería era un hombre en mi vida, pero no se puede luchar contra el destino. Mi destino era encontrarte, y no te pido que sientas lo mismo por mí, ni siquiera sé si los vampiros sois capaces de amar, pero puede que sean mis últimos días de vida y no quiero morirme arrepintiéndome de nada.

–Elena... –ella le tapó la boca con sus dedos.

–No digas nada, no quiero que te arrepientas de nada. Quiero disfrutar todo el tiempo que tenga contigo, porque si he de irme de este mundo,

quiero que sea satisfecha con mis propias decisiones. Tómatelo si quieres como si fuese mi última voluntad, pero lo único que quiero ahora mismo es estar contigo.

–Estoy hasta las narices de escucharte decir las palabras “mi última voluntad”. No pienso permitir que mueras, ¿me oyes? Y mucho menos ahora.

–No puedes hacer más de lo que haces, y si muriese, al menos lo haré consciente de que no me he rendido, de que he luchado hasta el final. Y también satisfecha, porque a pesar de lo mucho que me hirieron en el pasado he sido capaz de amarte.

La abrazó con fuerza y enterró la cara en su pecho. Que aquella mujer le quisiera siendo lo que era le había dejado sin palabras. Permanecieron largo rato así, simplemente abrazados. No hacían falta palabras, su gesto le decía todo lo que ella necesitaba saber, por el momento.

Un rato después, Elena se sentó en la terraza para dejarle algo de intimidad. Si a él le incomodaba que le viese beber sangre no le presionaría. Al poco rato Alex salió y se sentó junto a ella.

–Deberíamos dormir. Mañana será un día muy largo.

–No tengo sueño. Quiero vivir cada minuto que me queda de vida.

–¿Por qué hablas como si fueses a morir, maldita sea? ¿Crees que voy a permitirlo?



–Alex, sé realista, cabe la posibilidad de que el antídoto no haga efecto.

No las tenemos todas con nosotros.

–Confías en mí para acostarte conmigo pero no para salvarte la vida –dijo él ofuscado.

–Yo no he dicho eso, es solo que no quiero hacerme falsas esperanzas.

–Pues deja de pensar en ello, ¿de acuerdo? Disfruta del viaje y déjame a mí las preocupaciones.

–Eso no es justo.

–¿Qué no es justo? Yo te diré lo que no es justo. No es justo que la Logia vaya tras de ti, no es justo que lleve tres años siendo lo que soy, no es justo que la única mujer que me ama realmente por lo que soy esté en la cuerda floja entre la vida y la muerte. La vida no es justa, pero no por eso voy a darme por vencido. Te salvaré aunque sea lo último que haga.

Dicho esto entró en la habitación. Elena se levantó y entró tras de él. Se lo encontró sentado en la cama con la cabeza enterrada entre las manos. Se puso de rodillas sobre la cama y le abrazó.

–Lo siento –dijo Elena. Él se dio la vuelta y la sentó sobre sus rodillas para abrazarla.

–Yo también lo siento. Todo esto está pudiendo conmigo.

–¿Firmamos una tregua?

Él sonrió.

–Te prometo que si tú no te preocupas por lo que ocurrirá yo no me

pondré pesado.

–Me parece un trato justo.

–Vamos a disfrutar un poco de todo esto, ¿de acuerdo?

–Me parece perfecto.

Volvieron a hacer el amor, pero esta vez fue más despacio, con más mimo. Las caricias relajaban y excitaban al mismo tiempo. Más que sexo, fue una obra de arte. Cuando quedaron saciados uno en brazos del otro, el sueño tardó poco en vencerles.

Llegaron al lago Ness al atardecer. Pasearon a orillas del lago a la luz de la luna, cenaron en una terraza rodeada de flores y terminaron haciendo el amor tumbados bajo un árbol.

Realmente parecían una pareja de recién casados, y Elena se sentía flotar... parecía estar viviendo su pequeño cuento de hadas. Quizás Alex no la amase, quizás su naturaleza vampírica no le permitiese tener ese sentimiento, pero lo que estaba viviendo junto a él era lo más maravilloso que había vivido nunca. Podía morirse tranquila.

## CAPÍTULO 6

La Logia estaba reunida. Faltaban apenas unas horas para que su Señor despertase. Esa noche brillaba en el cielo la primera luna llena del mes de junio y todo estaba dispuesto.

La reunión se producía en una habitación circular, en el centro de la cual habían dibujado una estrella de David de seis puntas. En el centro de la estrella se encontraba un pedestal, sobre el que habían colocado un ataúd.

Josh estaba situado en la punta de la estrella que apuntaba al norte, Morgana en la del sur. Edras y Sebastián estaban situados a ambos lados de sus jefes. Dos de las puntas estaban desnudas, eran las de Ángelo y Rodrigo.

Entró en la habitación una chica de unos dieciocho años. Tenía el pelo negro como el carbón, le llegaba a media espalda, era delgada y alta, y sus ojos marrones desvelaban que la habían hipnotizado. Iba vestida con un sencillo vestido de gasa blanco que dejaba entrever todos sus encantos, desnudos bajo la tela.

–Bien, Sandra, vamos a empezar el ritual, ven aquí –dijo Josh.

–Todavía no entiendo por qué has elegido a una mujer, Josh –dijo Morgana, ofuscada.

–Tus celos te delatan, querida, pero tranquilízate, la joven es para mí, no para nuestro señor. Tu puesto a su lado sigue intacto.

–Espero que así sea, Josh, porque de lo contrario os mataré a los dos.

–Déjate de amenazas vacías, querida, no te pegan nada. Además, yo no tengo la culpa de que tu perrito faldero fuese un inepto y se dejase matar por un novato como Alex.

–Eres un....

–No te ofusques, Morgana. Tengo un nuevo pupilo con el que podrás llevar a cabo todas tus perversiones.

Sandra se acercó al vampiro y se arrodilló frente a él con la cabeza gacha. Llevaba el pelo recogido en una sencilla coleta, de tal forma que su cuello quedase al descubierto.

Josh se acercó y levantó suavemente a la joven con la punta de los dedos. Acercó su boca a la de ella y la besó. La muchacha quedó laxa entre sus brazos y el vampiro aprovechó para tumbarla en el suelo.

Le subió el vestido lentamente mientras ella se retorció entre jadeos. La penetró con violencia, dejando escapar al demonio que tenía preso en su interior. Justo cuando estuvo a punto de llegar al orgasmo la mordió, el placer se incrementó, y de sus labios surgió un sonido demoníaco, una especie de grito aterrador.

Sandra perdió el conocimiento y Josh la tumbó despacio sobre el suelo, se hizo un corte en la muñeca derecha e hizo que la joven bebiera de su sangre. A los dos minutos el cuerpo inerte tendido a sus pies empezó a convulsionarse y a

lanzar gritos de dolor.

Pasada la tormenta, Sandra se levantó. Sus ojos ya no eran marrones, sino amarillos, de sus labios sobresalían un par de colmillos afilados y su garganta gritaba sedienta de sangre.

Morgana le acercó en ese momento a un joven que no aparentaba tener más de veinte años y la nueva vampiresa se cebó con él. Bebió hasta que Josh la apartó suavemente.

–Suéltalo ya, querida. Ya se ha acabado –dijo Josh.

–Estaba sedienta –dijo Sandra sonriendo.

–Muy bien, preciosa –continuó Josh–, ahora podrás estar conmigo para siempre.

–Gracias, mi señor –dijo Sandra.

Josh hizo un corte en la muñeca de Edras, quien le dio de beber al muchacho tendido en el suelo. El proceso de transformación fue el mismo, y cuando despertó Morgana le acercó a su pecho para que la mordiera.

–Vamos, querido, bebe un poco –pasó la palma de la mano por el cuerpo del muchacho hasta llegar al lugar que a ella más le interesaba–. ¿Cómo te llamas?

–Daniel. Me llamo Daniel.

–Bien, Daniel, creo que tú y yo nos lo vamos a pasar realmente bien a partir de ahora –dijo justo antes de devorar su boca.

–Ahora quiero que hagáis algo por mí –dijo Josh en ese momento–

Tenemos que despertar a nuestro señor, pero para ello necesitamos la sangre de seis vampiros. ¿Me ayudaréis?

–Por supuesto, mi señor –contestó Sandra–. Haré todo lo que me pidas.

–Buena chica. Ven, colócate a mi lado. Daniel, ocupa tú el lugar de Ángelo.

Los seis vampiros se colocaron en sus posiciones. Josh tenía en la mano izquierda un puñal de plata. Mientras le practicaba a cada vampiro un corte en su muñeca derecha, entonó una especie de cántico:

## **DATNULOV UT RECAH ARAP AROHA ATREIPSED SORIPMAV SOL SODOT ED YER**

Uno por uno, los vampiros dejaron caer un reguero de sangre en la boca de su señor. La sala empezó a iluminarse, parecía como si miles de bombillas rojas adornaran la estancia. El cuerpo sin vida del rey vampiro abrió los ojos, que no eran amarillos, sino rojos como la sangre. Se levantó despacio y miró uno por uno a sus esbirros.

–¡Por fin! Esta vez habéis tardado demasiado en despertarme.

–Lo siento, mi señor –dijo Morgana con la cabeza gacha–, pero esta vez hemos tardado un poco más en reclutar a los jóvenes.

–¿Dónde está? Supongo que habréis traído a la portadora.

–Mi señor... ha sido imposible capturarla. Alex no se separa de ella ni un momento –contestó Josh.

–Vaya, vaya... así que mi viejo amigo se ha encaprichado de mi comida... Me alegrará verle de nuevo. Hace tres años dejé algo pendiente. Josh –llamó levantándose–, no has cumplido debidamente mi mandato, a pesar de que tuviste tres años para hacerlo.

–Yo... yo... lo siento, mi señor.

El señor de los vampiros levantó la mano derecha abierta, y tras un pequeño giro de muñeca la cerró en un puño. Josh empezó a ahogarse y retorcerse en el suelo, hasta que estalló en mil pedazos.

–Morgana, espero que no me falles tú también. Debí dejarte a ti al cargo en vez de al inepto de tu amigo.

–No le defraudaré, señor.

–Edras, mi querido muchacho, tengo un asunto para ti.

–Lo que usted ordene, señor.

–Bien... ocúpate de traerme a la chica. Tú, jovencito, ocúpate de traerme algo para comer. Morgana, prepara a la muchacha y tráela a mis aposentos.

–Pero, señor...

–¿Osas desobedecerme?

–No, señor, pero es que... acaba de ser convertida y no creo que esté

preparada aún.

–Con más razón, querida. ¿Quién mejor que su señor para instruirla en las artes de la seducción?

Alex y Elena llevaban todo el día disfrutando de sus vacaciones. Habían paseado, habían hecho el amor, pero sobre todo habían hablado. Llevaban más de dos horas viendo museos cuando llegaron a los jardines Princess Street, una inmensa zona verde situada en el centro de la ciudad.

Elena se tumbó rendida en el césped mirando a Alex con una sonrisa.

–Estoy exhausta. En mi vida había andado tanto, pero esto es tan... hermoso...

–Tú sí que eres hermosa –dijo él tumbándose a su lado y besándola en los labios–. Los dolores han desaparecido.

–Pues eso parece.

–¿Y vas a reconocer que yo tenía razón?

–Ni lo sueñes, vampiro.

Dicho esto, se levantó y echó a correr por el jardín perseguida por Alex, que como estaba disfrutando de verla tan contenta la dejaba ganar. Cuando por fin la atrapó y se dejó caer con ella en la pradera, la cabeza de Elena cayó en algo hueco. Se puso de rodillas y empezó a apartar las plantas. Encontró una abertura en diagonal con el tamaño suficiente como para que entrase una persona a duras penas.



–¡Alex, mira!

–Parece una cueva.

–¡Vayamos a explorarla!

–Ni hablar. No sabemos lo que nos encontraremos ahí abajo.

–Estoy con un vampiro... ¿qué me puede pasar?

–Elena...

–Por favor, Alex...

–Está bien, vamos.

Elena entró por la abertura casi sin esfuerzo, pero la musculatura de Alex le impedía moverse y terminó con las costillas raspadas.

–¡Alex, tus costillas!

–Tranquila, se curará muy rápido.

–¡Pero estás sangrando!

–Se regenera solo, Elena. Date la vuelta.

Cuando la mujer se dio la vuelta, quedó maravillada. La cueva estaba iluminada debido al reflejo de la luz del sol en los minerales que formaban las paredes. Miles de destellos blancos dejaban a la vista una estancia en forma de cúpula, en el centro de la cual había un lago de aguas cristalinas en el que se veían miles de minerales azulados formando el suelo.

Pasado el lago había una gran abertura de salida, tras la cual se encontraba un jardín natural de unos dos metros de diámetro, protegido del mundo por las

paredes de las montañas. Abundaban los árboles y los helechos.

–Tenemos que cruzar el lago nadando –dijo Alex quitándose la ropa.

–¿Cómo dices?

–Deberías desnudarte si no quieres volver mojada al hotel.

–No pienso meterme ahí –dijo Elena cruzándose de brazos.

–¿Por qué? –dijo Alex asombrado.

–Porque no sé lo que puede estar nadando en esas aguas.

Alex soltó una carcajada.

–Ángel, en esas aguas no hay nada. Además, el agua es lo suficientemente transparente para que lo veas.

–No vas a convencerme de meterme ahí, Alex.

–Elena, me muero de ganas de tumbarte entre los helechos y hacerte el amor hasta que me supliques que pare, así que si quieres que lo haga, sígueme.

Alex cruzó el lago a grandes brazadas, y Elena no se lo pensó dos veces y saltó tras él, nadando con todas sus fuerzas para salir lo antes posible del agua.

Cuando llegó a la orilla Alex la esperaba con los brazos abiertos. Se fundieron en un intenso abrazo y comenzaron a besarse despacio. Las manos de Alex lograban obrar magia cada vez que estaban sobre ella, pero esta vez el mágico paisaje que les rodeaba lo hacía todo mucho más especial.

–Ahora mismo eres solo mía, preciosa, total y absolutamente mía.

–Hazme el amor, Alex –dijo ella con un gemido cuando Alex la tumbó entre los helechos.

–Tus deseos son órdenes para mí.

Hicieron el amor sumidos en un letargo inducido por la calma del lugar, sus sentidos avivados, sus almas puestas en el acto. Cuando llegaron al orgasmo, Alex se tumbó de espaldas y acostó a Elena sobre su piel desnuda.

–Podría quedarme aquí eternamente –dijo Elena ronroneando como una gatita.

–Éste sitio es perfecto. Volveremos cuando todo esto acabe, te lo prometo, pero ahora –dijo levantándose de un salto– debemos salir de aquí.

Se vistieron entre arrumacos y risas, pero la risa se heló en los labios de Alex cuando se volvió hacia la entrada de la cueva y vio a Edras apoyado despreocupadamente sobre la roca.

–Ha sido un espectáculo de lo más erótico, hasta habéis conseguido ponerme cachondo –dijo Edras sonriendo maliciosamente–. Pero ya es hora de que Elena se venga conmigo.

–Dios... ¿No te cansas nunca? Mi paciencia tiene un límite y estás a punto de sobrepasarlo –contestó Alex.

–No me asustas, Alex, ya no. Nuestro Señor ha vuelto de entre los muertos y nada podrás hacer para evitar que atrape a tu chica.

–¡Qué te apuestas! –gritó Alex echándose sobre él.

Ambos vampiros sacaron sus colmillos. Alex empuñó con fuerza el cuchillo que llevaba metido en la bota, con la intención de utilizarlo contra Edras. Empezaron a andar en círculos por la cueva, midiéndose, poniéndose a prueba. Edras atacó primero: se lanzó sobre Alex y le hizo una herida en el costado con sus afiladas uñas.

Alex se teletransportó detrás del vampiro, pero Edras estaba preparado y se desvió unos metros, haciendo que Alex cortase el aire con el puñal.

–No te servirá el mismo truco dos veces, novato.

–Bueno... tenía que intentarlo –dijo Alex con ironía.

–Acabaré muy pronto contigo y me la llevaré a ella.

–Inténtalo, a ver si te atreves.

La ira cegaba a Alex de tal forma que en un movimiento casi imperceptible se puso frente a Edras y le seccionó la yugular de un solo movimiento. Edras le miraba asombrado mientras intentaba detener la hemorragia.

–¿Por qué?! –gritó Alex– ¿Por qué la queréis?

–Nunca... lo... sabrás...

–Si me dices por qué la quiere la Logia te mataré de prisa, pero si te callas te juro que será una muerte lenta y dolorosa. ¡Elige!

–Su... sangre... es fuerte... su... corazón... salvará... a Gabriel.

–¿Cómo salvará a Gabriel?

–Nunca... te lo... diré.

–¡Habla!

Pero ya era demasiado tarde, el vampiro había muerto y su cuerpo se deshacía poco a poco. Alex se volvió hacia Elena, que estaba sentada en una esquina, temblando.

–¿Estás bien? –preguntó Elena preocupada.

–Sí, solo es un rasguño, se curará en seguida –contestó Alex acercándose a ella– Vayámonos a casa. Debemos enfrentarnos a Gabriel si queremos vivir tranquilos.

–Nunca he estado más de acuerdo contigo.

Elena se puso de pie para acercarse a Alex, pero un dolor agudo en el pecho la hizo retorcerse de dolor... y de repente el mundo se oscureció.

Alex la cogió entre sus brazos antes de que cayese al suelo. Los dolores de Elena eran cada vez más fuertes, y en esta ocasión se había desmayado. La sacó no sin esfuerzo de la cueva, la tumbó en el asiento de atrás del coche de alquiler y se dirigió al aeropuerto.

El primer vuelo para Madrid saldría a la tarde siguiente. Perfecto, un día más perdido. Esperaba de todo corazón llegar a tiempo para que Auri le dijese qué ocurría, porque si ella moría no podría perdonárselo el resto de su vida, que amenazaba con ser muy larga.

Condujo hasta el hotel en el que habían dormido la noche anterior. Se quedarían una noche más en Escocia y le había parecido un sitio muy

confortable. Acostó a Elena en la cama y bajó a comprar algo para la cena.

Se sentó con un bocadillo en el escritorio y se puso sus gafas de ver. Era irónico que un vampiro tuviese que usarlas, pero ya había comprobado en varias ocasiones que la mayoría de las historias que cuentan de los vampiros son mitos.

Estuvo buscando durante horas información en Internet sobre el tal Gabriel, pero no había ni rastro de él en la red. Se quitó las gafas y se apretó el puente de la nariz, ya le estaba dando dolor de cabeza.

Volvió a echarle un vistazo a la chica y comprobó que descansaba tranquilamente. Las cosas se ponían muy difíciles si Gabriel había vuelto. Por lo que él recordaba, el rey de los vampiros no tenía nada que ver con los que lideraban la Logia. Gabriel era mucho más poderoso, mucho más antiguo y mucho más cruel.

Salió a la ventana a fumarse un cigarro y aprovechó para llamar a su hermana y ver cómo estaban las cosas por allí.

–Hola, Alex, me alegro de oírte ¿Cómo va todo?

–Nos han encontrado. Parece que su jefe ha despertado y necesita la sangre y el corazón de Elena para sobrevivir. Volvemos mañana a Granada para ver qué podemos hacer para salvarla.

–¿Cómo está ella?

–Pues no lo sé, la verdad. Aparenta estar bien, pero siento su miedo y su desesperación. Hace unas horas se quedó dormida y aún no se ha

despertado.

–Estoy segura de que serás capaz de salvarla.

–Yo no estoy tan seguro, Sara. Gabriel no es como los vampiros con los que me he cruzado hasta ahora, no sé si seré capaz de salvarla.

–¿Qué te ocurre? Sé que te pasa algo más aparte de eso, y no se te ocurra mentirme.

–Sara... es que me siento tan bien estando con ella... Hacía mucho tiempo que no me sentía así con nadie y tengo miedo de perderla. No sé si seré capaz de vivir con eso.

–¿Te has planteado que ella envejecerá y morirá con el tiempo?

–No pienso condenarla a vivir conmigo, pero no puedo vivir sin ella.

–¿Pero le has preguntado a ella qué es lo que quiere?

–Ni siquiera hemos hablado del tema.

–Creo que deberías decirle lo que sientes y dejar que ella decida lo que quiere.

–¿Cómo está mi hijo?

–Tu hijo está mejor que quiere. No se acuerda siquiera de que no estás, así que no me cambies de tema.

–Lo pensaré, lo pensaré.

–Alex, ¿sabes lo que creo? Que te estás enamorando de ella y estás aterrado.

–No estoy enamorado de ella, los vampiros no se enamoran. Me gusta, no

te digo que no, pero no estoy enamorado de ella.

–Miéntete todo lo que quieras, pero a mí no puedes engañarme.

–Lo que tú digas, Sara. Me voy a la cama. Mañana será un día largo y sabes que tengo que estar descansado para enfrentarme al sol. Hasta mañana.

–Siempre haces lo mismo, Alex, cuando algo te sobrepasa huyes. Espero que no se te ocurra huir de ella cuando todo haya acabado. Hasta mañana, Alex, que descanses.

Alex permanecía despierto mucho tiempo después. Su hermana no se había alejado mucho de la realidad. Elena le gustaba quizás demasiado y le aterraba perderla ahora que la había encontrado.

A pesar de todo lo que estaba pasando, sus ojos no dejaban de tener ese brillo inconfundible de las ganas de vivir. Ella quería vivir y le dolía en el alma no estar muy seguro de poder salvarla.

Malditos fueran todos y cada uno de los miembros de la Logia por haberla condenado. Encontraría a ese tal Gabriel y lo mataría con sus propias manos.

Miró a la causante de su insomnio y pudo comprobar que tenía los ojos abiertos.

–¡Eh! –susurró con suavidad, acariciándole la mejilla con el dorso de la mano– ¿Qué tal te encuentras?

–Cansada, muy cansada.



–Lo que estás es preciosa.

–Embustero –dijo sonriendo.

–¿Cómo que embustero? Hablo completamente en serio, cariño, estás absolutamente irresistible.

–Qué mal gusto tienes, parezco un muerto viviente. Voy a morirme, ¿verdad?

–¡Claro que no! En cuanto lleguemos a Granada iremos a ver a Auri para que te diga que todo está bien.

–Si todo estuviese bien no sufriría estos dolores tan terribles.

–Sabes que el tratamiento es experimental, así que no puedes estar segura de que no funciona.

–No quiero morirme, Alex.

–No vas a morirte, princesa. Deja ya de pensar estupideces.

–¿Te importaría... puedes besarme?

–Será un auténtico placer, mi ángel.

Alex se acercó y la besó en los labios como si fuese la más alta pieza de joyería. Solo iba a ser un beso de buenas noches, pero la respuesta de la mujer a sus besos hizo que la libido se le disparase y acabase haciéndole el amor.

Pero lo hizo despacio, con cuidado. Esta vez lo hicieron como si el tiempo no existiese, como si fuese la última vez que estarían uno en brazos del otro.

Mucho tiempo después, Elena suspiró. No quería morirse, no ahora. Había

conocido a un hombre bueno que la trataba como siempre había soñado que lo hiciesen y no quería desaparecer de este mundo sin explorar las posibilidades que la vida le había puesto al alcance de la mano.

Alex se volvió hacia Elena y vio que tenía la mirada perdida, triste. Se apoyó sobre su brazo para incorporarse un poco.

–¿En qué piensas? –preguntó Alex, haciéndole cosquillas en la espalda.

–En la ironía de la vida. Justo cuando me encuentro en el mejor momento de mi vida todo se tuerce. Es que me quedan tantas cosas por vivir...

Dios, si ni siquiera he sido madre aún.

–No vas a morir, ¿me oyes? Deja ya de decir esas cosas.

–Alex, pero es que es una posibilidad, no puedo fingir que no pasa nada, porque siento cómo la vida se me escapa día a día por entre los dedos. Y precisamente ahora que te he encontrado.

–Yo soy el origen de todo –se lamentó él.

–¿Tú? ¿Qué tendrás que ver tú con que la Logia me quiera para salvar a un tal Gabriel?

–Si hubiese matado a Edras en su momento, no habría vuelto con sus compañeros y tú no estarías enferma.

–Sí, o quizás ahora estaría muerta. Tú no puedes cambiar el destino, eso es algo que está escrito desde hace mucho tiempo, Alex.

–Bueno, yo no estoy tan seguro. Creo que debería haberte protegido mucho mejor. Si no me hubiese dejado llevar por tonterías ahora estarías a

salvo.

–Eres un cabezota. No pienso discutir más contigo. Buenas noches –dijo Elena enfadada mientras se daba la vuelta.

Alex permanecía despierto cuando las luces del alba empezaron a filtrarse por la ventana. Quizás Elena tenía razón y todo era fruto del destino, pero eso no quitaba que fuese cruel y despiadado.

Se levantó despacio y se metió en la ducha. Necesitaba que el agua caliente relajase sus músculos entumecidos por la preocupación.

Elena se despertó lentamente. Un rayo solar se filtraba por la persiana e incidía directamente sobre sus ojos. Miró hacia el techo derrotada. A pesar de que siempre aparentaba ser positiva cuando Alex estaba cerca, la verdad era que estaba muerta de miedo ¿Por qué ella? De todas las personas del mundo... ¿por qué la querían a ella con tantas ansias?

El vampiro llamado Edras había dicho que su corazón sería bueno para un tal Gabriel ¿A qué se refería, a que iba a comerse su corazón? Le daban arcadas solo de pensarlo.

Se abrazó a la almohada temblando. Si bien era cierto que Alex la protegía, no creía que fuese capaz de acabar él solo con la Logia. Eran demasiados. La desesperación y la pena pudieron con ella, y comenzó a llorar.

Alex salió del cuarto de baño secándose la cabeza con una toalla, pero el llanto de Elena le dejó paralizado. Se acercó lentamente a la cama y se sentó

junto a ella, acariciándole suavemente la espalda.

Estuvieron así cerca de una hora. Cuando pasó la tormenta, se tumbó junto a Elena y la abrazó con fuerza.

–¿Estás bien?

–Ya... ya pasó.

–Cuéntame qué te ocurre.

–Estoy muy asustada, Alex, no quiero morir.

–Lo sé, preciosa, y ya te he dicho que yo no lo voy a permitir.

–Pero la Logia seguirá intentando atraparme aunque me cure.

–De la Logia me ocuparé más tarde.

–¡Pero son demasiados! ¿Cómo vas a poder vencerlos tú solo?

–No son tantos. Además, soy partidario de que más vale maña que fuerza.

Deja de preocuparte, ¿de acuerdo? Mañana estaremos en Granada y nos ocuparemos de averiguar quién es Gabriel y por qué necesita tu corazón.

–Está bien.

–Y ahora voy a prepararte un baño caliente y te relajarás. Aún tenemos hasta las tres para ir al aeropuerto.

–Suenas como un padre.

–Bueno... es que soy padre.

–Háblame de tu hijo.

–Tiene cinco años y se llama Alex. La verdad es que él es lo que me hace seguir adelante con esta vida. Si no fuera por él habría tirado la toalla

hace mucho tiempo.

–No digas eso.

–Pero es que es cierto. Yo también tuve miedo cuando me convirtieron. No sabía qué me estaba ocurriendo y eso me aterraba, pero poco a poco fui conociendo mi nuevo yo.

–¿Sabe tu hijo lo que eres?

–No, ni quiero que lo sepa, es demasiado pequeño todavía, y esto es algo que he de llevar sobre mis hombros yo solo. Mi hermana sí lo sabe y me ayuda a que el niño no se dé cuenta de nada.

–Pero algún día crecerá y se dará cuenta.

–Entonces ya habré pensado en la forma de decírselo –la cogió en brazos–. A la bañera.

La metió suavemente en el agua caliente, lo que arrancó un suspiro de los labios de la muchacha. La enjabonó con cuidado y se recreó en su cabello. Masajeó suavemente el cuero cabelludo de la mujer hasta que ella cerró los ojos inconscientemente.

–¿Quién te convirtió? –dijo ella de repente.

–Edras dijo que había sido Gabriel. Habíamos salido todos los amigos a divertirnos. Al volver a casa, cuando dejé a Luismi en la esquina en la que nos separábamos siempre, apareció de la nada. Tiene el pelo blanco y muy largo. Empezó a decir que iba a morderme y corrí. Cuando apenas me quedaban fuerzas miré hacia atrás, y al no verle me paré. Pero estaba

delante de mí y me mordió. Su intención era dejarme seco, pero Luismi me escuchó gritar y salió a ver lo que pasaba. Le atravesó el corazón con un palo de fregona que encontró tirado en la calle, pero ya no había solución. Un reguero de sangre brotó de su pecho y cayó en mi herida, así que me convertí en vampiro.

–¿Fue doloroso?

–Ni te lo imaginas. No le deseo ese sufrimiento ni a mi peor enemigo. En ese momento hubiese preferido que Luismi me matara, pero en vez de eso me inyectó morfina y se ocupó de mí hasta que desperté. Él y Auri se ocupan de suministrarme la sangre embolsada. Ellos son mi mayor apoyo, sin ellos no sería nada.

–¿Qué sentiste al despertar?

–Creo que ese fue el peor momento de mi vida. Tenía muchísima sed de sangre. Cuando enfoqué la vista y vi a Luismi lo agarré con fuerza con la intención de dejarle seco. Pero sus gritos y sus forcejeos me hicieron entrar en razón y darme cuenta de lo que estaba a punto de hacer.

Retrocedí de inmediato.

–Debió ser horrible.

–La verdad es que sí. Mientras yo había estado inconsciente Luismi había llamado a Auri, que entiende mucho de vampiros porque es un tema que le fascina, así que trajo varias bolsas de sangre y algunas inyecciones de morfina. Cambié a Luismi por las bolsas de sangre –dijo, intentando

quitarle hierro al asunto.

La sacó suavemente de la bañera y comenzó a secarla. Le puso un vestido de seda blanco y la sentó en la cama para poder cepillarle el pelo.

–Tienes un pelo precioso, ¿lo sabías?

–Ahora mismo estoy hecha un asco. No sabía que mi pelo seguía bonito.

–¿Quieres dejar de decir eso? Te he dicho mil veces que eres preciosa.

–Quizás es porque eres miope –Alex la besó en el cuello.

–Mmm... si tú lo dices...

–Estate quieto –dijo ella riendo, pero sirviéndole su cuello en bandeja–, me haces cosquillas.

–Sabes tan bien... me haces sentir tan bien, cariño...

–No nos va a dar tiempo –dijo ella entre risas.

–¿Qué te apuestas?

Hicieron el amor entre risas. Se vistieron de prisa y cogieron el avión que les traería de vuelta a la cruda realidad.

## CAPÍTULO 7

Gabriel, el señor de los vampiros, permanecía tumbado en su cama. Acababa de tener una sesión de sexo y lujuria de las que había tenido siempre. La pequeña Sandra estaba tumbada boca abajo a su derecha, mientras que Morgana acariciaba su pecho ensortijado.

Todo estaba cubierto de sangre. Sus esbirros le habían proporcionado dos jovencitos para darse un festín con ellos, y además, él disfrutaba el doble mordiendo a sus concubinas mientras se acercaba al orgasmo.

Sandra se levantó despacio y se acercó a su señor gateando con cara de deseo.

–¿Aún no estás saciada, pequeña? –rió él.

–No, mi señor. Ahora mismo me apetece complacerle –contestó la joven justo antes de besarle en la boca.

–Mmm... ¿Y cómo piensas hacerlo?

–Creo que tengo una forma de conseguirlo –le provocó sonriendo.

–Sorpréndeme.

–Yo era amiga de Elena antes de que Josh me convirtiese, quizás pueda acercarme a ella lo suficiente como para atraparla.

–¿Sabes que me encantas? Si consigues a la mujer para mí, te prometo que el puesto de Morgana será tuyo.

–¡Pero, señor! –dijo la aludida.



–Querida, si no te gusta, acaba con ella. Me encantará ver un duelo entre vampiresas desnudas.

Ambas mujeres se pusieron de pie y Gabriel soltó una carcajada, complacido enormemente. Si bien era cierto que Morgana era más experimentada, Sandra era mucho más joven, así que el duelo estaría muy igualado.

Empezaron a pelear como gatas en celo, arañándose y tirándose de los pelos. Sandra arañó a Morgana en la cara, dejando un feo corte que le atravesaba desde la ceja hasta el labio inferior.

Morgana se teletransportó detrás de la muchacha y la agarró por el cuello, pero Sandra la sujetó por las muñecas y le hizo una llave de judo, dejándola tumbada de espaldas en el suelo. Intentó ponerse a horcajadas sobre ella, pero Morgana rodó hacia su derecha volviendo a incorporarse.

Gabriel empezó a acariciarse, pues tanta maldad le estaba poniendo cachondo. En ese momento, Sandra cogió una lámpara de pie y le quitó la parte de arriba, fabricándose una estaca improvisada. Giró sobre sí misma y se la clavó a Morgana en el corazón, haciendo que se desintegrara casi de inmediato.

–¡Bravo, pequeña! Lo has hecho muy bien.

–Gracias, mi señor.

–Creo que te lo has ganado. Vamos, ven aquí y dame placer.

–Será un honor, mi señor.

Comenzó a masturbarle con su boca, y justo cuando su señor llegó al clímax

le mordió en la ingle, incrementando las sensaciones. Gabriel, plenamente satisfecho, se dispuso a pagarle a ella con la misma moneda.

Alex y Elena acababan de montarse en el avión, el final de su felicidad había llegado. Elena esperaba poder salvarse de morir en manos de Gabriel, pero sabía que sería imposible.

–¿Estás bien, cariño? –le preguntó Alex sacándola de su ensoñación.

–Sí, tranquilo, solo pensaba.

–No pienses demasiado, sabes que me prometiste no hacerlo –ella sonrió.

–No dejas que se me olvide. Pero no pensaba en eso.

–¿Entonces?

–Pensaba que si me muero por el veneno Gabriel no podrá sobrevivir.

–Ni lo pienses, ¿me oyes? Que no se te pase por la cabeza rendirte.

–Tranquilo, no pienso hacerlo, te lo prometo.

Alex la abrazó. Solo de pensar en perderla le entraban arcadas. Jamás permitiría que Gabriel la tuviese, lucharía hasta su último aliento por mantenerla con vida.

Elena empezó a sentirse mal. Se sentía mareada y empezaba a sentir arcadas. Se levantó de prisa y se dirigió al baño, seguida por un Alex preocupado.

Nada más entrar en el baño comenzó a vomitar. Como no se había parado a cerrar la puerta, Alex entró y cerró la puerta tras de sí. Se puso de rodillas detrás de ella y le sostuvo el cabello hasta que las náuseas pasaron.

–¿Estás mejor?

–Aún me siento mareada.

–Amor mío, en cuanto lleguemos iremos al hospital para que Auri te haga un análisis y veamos si el antídoto funciona.

–Si no hay más remedio...

–No me digas que le tienes miedo a una simple agujita –dijo intentando quitarle hierro al asunto.

–Para tu información, soy donante de sangre, así que posiblemente alguna vez hayas comido gracias a mí.

–Ahora lo entiendo todo –bromeó Alex–, no puedo mantener mis manos separadas de ti ni un instante porque he bebido de ti...

–¿Hablas en serio?

–¡Pues claro que no! Intento bromear, cariño, eso es todo. Volvamos a nuestros asientos.

Nada más salir del baño, un hombre les miró de arriba abajo con desprecio.

–Debería darles vergüenza... estamos en un avión.

Alex le cogió de las solapas de la camisa y lo incrustó contra la pared. A pesar de que intentó controlar sus instintos, no pudo evitar que sus ojos se volvieran amarillos.

–Escúchame bien, desgraciado. Por tu bien espero que no vuelvas a dirigirte a mí en lo que queda de viaje, porque te juro por Dios que vas a

acabar muerto si lo haces.

–Alex, déjalo. ¡Vamos, suéltale! –gritó Elena intentando apartarle del hombre.

–¡Pídele perdón a mi chica! ¡Vamos!

–Lo... lo siento.

–Alex, no seas crío y suéltale ya, por favor, hazlo por mí –Alex obedeció–. Disculpe a mi marido. Estoy muy enferma, por eso está tan irascible.

–Lo siento de verdad, es que al verles entrar juntos pensé... Lo siento, señora, no volverá a ocurrir.

–No se preocupe. Amor mío –dijo refiriéndose a Alex–, vé y siéntate en tu asiento, estoy bien.

–Está bien, mi vida.

En cuanto se sentaron en sus respectivos asientos, Elena se encaró a él.

–¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

–Lo siento, ¿vale? Pero es que ese tío me ha hecho perder los papeles.

–Es normal que la gente piense así, Alex, cuando tardamos en salir de un baño público juntos más de media hora.

–¡Pero no hemos hecho nada!

–¡Pero la gente no lo sabe! Contrólate, ¿de acuerdo? Y será mejor que no se repita el incidente de antes.

–Estupendo... mi vida –ironizó él.

–No te enfades, anda –dijo la muchacha acariciándole la cara. Alex sonrió.

–Lo intentaré, es solo que todo esto está desquiciándome los nervios.

–Alex, prométeme... prométeme que si la Logia va a atraparme...

–Dime, cariño.

–Prométeme que me convertirás.

–¿Qué? –Alex casi se atraganta al escucharla.

–Prométeme que no me dejarás morir, Alex.

–No puedo prometerte eso... no puedo condenarte a una vida como la mía.

–Pero es que yo no quiero morir, ¿entiendes? No quiero perderme las cosas que aún me quedan por hacer.

–Elena...

–Escúchame... no eres tú quien ha decidido que lleve ese tipo de vida, sino yo. No me has mordido a traición, lo harás como último recurso. No quiero perderte tan pronto.

–Mi vida... no puedo prometértelo. No me hagas esto, por Dios.

–Por lo menos prométeme que te lo pensarás.

–Está bien, te lo prometo.

Mucho tiempo después, Elena dormía. Alex se quedó mirándola extasiado. Apenas les quedaba tiempo para estar juntos antes de volver al mundo real y aún les quedaban dos horas más en ese maldito avión.

Su pequeño ángel tenía más fuerza de la que hubiese creído posible. A pesar de todo lo que le estaba pasando seguía sonriéndole, seguía amándolo. La amaba, ya no le cabía la menor duda, a pesar de ser un vampiro sin corazón, estaba enamorado de Elena.

¿Qué haría ahora? No había querido enamorarse desde que su matrimonio se fue al traste cuatro años atrás, pero ya no tenía remedio. Admiraba su fuerza, su entereza, su determinación, necesitaba verla reír y disfrutar de la vida. Necesitaba hacerla feliz.

¿Sería eso amor? Hacía tanto tiempo que no tenía la ilusión de encontrar a la mujer de su vida que ya no lo sabía. Se sentía muy a gusto con ella y sabía que la echaría de menos cuando no estuviese cerca, le gustaba hacer el amor con ella, porque nunca había sentido nada igual.

Se recostó de nuevo en su asiento dispuesto a dormir un rato. Cuando llegasen a Granada las cosas estarían mucho más difíciles, La Logia los interceptaría en cuanto pusieran un pie en tierra firme y necesitaría todas sus fuerzas para defender a Elena de sus perseguidores.

Elena despertó lentamente y miró a Alex, que se había quedado dormido, y sonrió. Ese hombre se había convertido en una parte esencial de su vida en apenas una semana. La comprendía mejor que nadie, la hacía reír e incluso había conseguido que se aferrase a la vida y no se diese por vencida.

No le quedaba apenas tiempo. Si la Logia la atrapaba terminaría muerta, y no

podría volver a ver a Alex. Él no quería convertirla y lo entendía. Si él no sentía nada por ella era normal que no quisiera arriesgarse a tenerla tras de sí toda la eternidad. Debería explicarle que lo suyo duraría hasta que él decidiese que terminase, sin compromisos ni obligaciones.

Maldijo al destino cruel por hacerla enamorarse de alguien como Alex, un hombre que había perdido la esperanza y la ilusión en el amor. Lo había intentado todo, había sido paciente, había sabido entenderle, pero él solo la veía como una amiga.

Ella le había descubierto sus sentimientos, pero él no le había contestado. Sí, sabía que la quería mucho, pero tan solo como amiga. Y eso la mataba por dentro. Se le partía el corazón solo de pensar que cuando todo acabase cada uno se iría por su camino. Pero así debía ser. Alex tenía una vida mucho antes de conocerla a ella.

Se quedó mirándolo un instante. Sus facciones estaban relajadas a causa del sueño y parecía mucho más joven que de costumbre. La barba de tres días que adornaba su cara le hacía parecer mucho más duro de lo que realmente era, pero eso a ella le gustaba.

Recordó todas las veces que la acunó en sus brazos mientras sufría. Su voz profunda y varonil la calmaba muchísimo cuando todo se desmoronaba a su alrededor. Podía pasarse la vida escuchándole hablar. Cuando Alex le leía, Elena cerraba los ojos y dejaba volar su imaginación. Su forma de leer la hacía

visualizar la historia como si se tratase de una película.

En ese momento Alex abrió los ojos y le sonrió. Al estar tan relajado, dos hoyuelos se dibujaron en sus mejillas. Dios, no quería perderle, le hacía falta en su vida. Necesitaba tener una razón para vivir.

Alex se acercó lentamente y la besó en los labios con dulzura.

–Deja de pensar, va a salirte humo.

–¿Cómo sabes que estoy pensando?

–Se te nota en la cara. Y también se nota que sea lo que sea lo que piensas no es nada alegre, así que deja de darle vueltas –Elena sonrió.

–Estaba pensando en que pronto acabará todo.

–Bueno... aún tenemos que averiguar por qué te quiere La Logia.

Sabemos que eres buena para ese tal Gabriel, pero no sabemos por qué.

–Lo descubrirás, estoy segura. Tengo plena fe en ti.

–Y cuando todo termine tú y yo tenemos que hablar.

–¿Hablar?

–¿Acaso crees que cuando todo termine desapareceré? Aún hay muchas cosas por resolver entre nosotros.

–Antes que nada tenemos que ir a ver a tu amiga, lo demás ahora mismo no importa.



## CAPÍTULO 8

Gabriel estaba sentado en su trono. Había pasado una semana desde que despertó, pero ninguno de sus esbirros le había traído a la mujer. Necesitaba a esa mujer porque no tenía corazón. Literalmente. El día que convirtió a Alex en vampiro su amigo se lo atravesó con una estaca.

Si antes de cinco días no tenía a esa mujer en su poder volvería al mundo de los muertos para siempre. Tenía que ser aquella, no podía ser otra. El corazón de esa joven era lo suficientemente fuerte como para soportar la sangre de un vampiro.

Aún le quedaba una esperanza. Sandra, su nueva concubina, iba a traerle a la chica. Como antes de convertirse habían sido amigas, tenía más posibilidades para acercarse a ella.

La recompensaría bien. Era joven y bella y quedaría muy bien junto a él en el trono. Aunque cuando estuviese recuperado se dedicaría a buscarse varias chicas más para satisfacer sus apetitos sexuales.

Alex y Elena se bajaron del avión de madrugada. Alex no quería perder más tiempo, así que cogió el coche que había dejado aparcado en Madrid y se dirigió como alma que lleva el diablo hacia Granada. En tan solo cinco horas estarían en casa y podría salvar a su mujer.

Elena estaba dormida en el asiento del acompañante. Estaba demasiado

cansada de tanto viaje y lo entendía. La pobre debía lidiar con muchas emociones desde que la Logia entrase en su vida.

A mitad de camino paró en una gasolinera a repostar y llamar a Auri.

–¿Diga?

–Auri, soy Alex.

–Ya eran horas, Alex, me tenías preocupada.

–Bueno... han pasado muchas cosas desde que nos fuimos. Estamos llegando. En tres horas nos vemos.

–Perfecto, iré preparándolo todo para hacerle las pruebas pertinentes.

–Auri... creo que estoy enamorado de ella.

–¡Pero eso es estupendo! Me alegro de que hayas conocido a una mujer que te haga feliz.

–Bueno... la cosa es un poco complicada. Antes de nada tengo que acabar con La Logia. Bueno, te dejo, que tengo que llamar a Luismi. He de hacerle un encargo.

–De acuerdo. Nos vemos en unas horas.

–Hasta luego.

Acto seguido llamó a Luismi.

–Dígame.

–Luismi, soy Alex.

–¿Ya estáis aquí?

–Casi. Tengo que pedirte un favor.

–Dispara.

–Averigua todo lo que puedas sobre un vampiro llamado Gabriel.

–¿Gabriel?

–Sí. La Logia va detrás de Elena porque “es buena para Gabriel”, según me dijo Edras. Tengo que averiguar por qué la necesita.

–Está bien, en cuanto sepa algo te llamaré.

–Gracias, tío, te debo una. Y Luismi...

–Dime.

–Gabriel es el vampiro que asesinaste hace tres años. Te lo digo para que no te dé un infarto.

–¡Será cabrón! Encontraré lo que necesitas. Hasta luego.

–Adiós.

Continuaron su camino. Elena no se había despertado en ningún momento, pero Alex sabía que se encontraba bien, solo estaba muy cansada. De vez en cuando se volvía a mirarla, simplemente por el placer de hacerlo. Esa mujer se había convertido en un pilar muy importante de su vida, pero las circunstancias se interponían cada vez más entre ellos. A la hora de volver a ponerse en marcha, Luismi le llamó y Alex conectó el manos libres.

–Dime, Luismi.

–¿Estás sentado? Porque lo vas a flipar.

–Si, si... voy conduciendo. Cuéntame lo que has averiguado.

–El tal Gabriel parece ser el jefe de la Logia. Es algo así como Drácula, ¿entiendes?

–Pues no... ¿se convierte en murciélago o qué?

–Mira que eres gracioso cuando quieres... Es el vampiro más antiguo que se conoce, tiene mil quinientos años. Por lo que he leído hay un ritual para revivirlo. Como yo le dejé sin corazón, necesita a alguien que le proporcione uno, y tiene que ser lo suficientemente fuerte como para soportar la sangre infectada.

–¿Estás diciéndome que el vampiro que me mordió está buscando a Elena para arrancarle el corazón?

–Más o menos.

–Tío, esto parece una película de terror.

–Aún hay más. Si antes de una semana no consigue hacerse con el órgano en cuestión morirá para siempre, ya no habrá más oportunidades para él. Hay que evitar que resucite a toda costa.

–Créeme, no pienso permitirle que me quite a mi chica así como así.

–¿¿Tu chica?? ¿Cómo que tu chica? ¿Te has enamorado?

–Ya hablaremos después. Te dejo, estamos llegando.

–Hasta luego, Romeo.

–Adiós, capullo –contestó sonriendo.

Aunque fingía dormir para evitar a Alex, Elena había escuchado toda la conversación. Gabriel quería arrancarle el corazón. Al menos no iba a

comérselo. Pero lo que más sorprendió a Elena fue escuchar a Alex llamarla “mi chica”. Eso significaba que sentía algo por ella, ¿no?

Llegaron al hospital a las nueve de la noche. Nada más verles entrar, un celador les condujo a la consulta de Auri.

–Cariño, dentro de nada estarás dando guerra, ya verás –le dijo Alex a Elena arrodillándose junto a ella.

–Creí que no había dejado de darla –dijo ella bromeando.

–Es cierto, has sido un poquito coñazo durante todo el viaje.

Auri entró en ese momento en la consulta con un carrito lleno de instrumental.

–Habéis tardado demasiado en volver –le reprochó a su amigo.

–Estábamos demasiado ocupados huyendo, perdóname –dijo Alex sarcástico.

–No te pongas condescendiente conmigo, enterado. Te dije que debía vigilarla, y te lo pasaste por las narices.

–No le regañes, Auri –dijo Elena sonriendo–. Ha sido la mejor semana de mi vida.

–Solo por eso le perdonaré. Ahora dame el brazo, que debo sacarte varios tubos de sangre.

–Ha estado sufriendo dolores y mareos en el viaje.

–Alex, ya te dije que no sabía cuáles iban a ser los síntomas de

recuperación, sin el análisis no puedo saber si el antídoto hizo efecto y ha expulsado la batracotoxina por completo. Después de eso, y si el resultado es el que esperamos, deberá mantener reposo absoluto y dieta blanda un par de días, eso es todo.

–¿Entonces los dolores significan que estoy curada?

–Sinceramente eso espero, Elena. Porque de ser así no solo salvaría tu vida, sino que mi descubrimiento revolucionaría la ciencia.

–Gracias por estar siempre apoyándome, en serio –dijo Alex cogiéndole las manos a su amiga–. No sé qué hubiera hecho sin ti.

–Para eso somos amigos, ¿no? Quizás la gente no entienda la amistad entre un hombre y una mujer, pero existe.

–¡Qué me lo digan a mí que te tengo! Gracias por todo, preciosa.

–No hay de qué. Elena debería quedarse aquí esta noche para tenerla vigilada. Y para ésto no hay discusión.

–Tranquila, nos quedaremos –dijo Elena.

–Os dejo solos. En cuanto tenga los resultados volveré.

–De acuerdo.

Elena se quedó profundamente dormida. Al volver a casa, la gran losa que llevaba sobre los hombros y la tensión se le vinieron encima de golpe, dejándola exhausta.

Se despertó un rato después y lo primero que vio fue a Alex leyendo el periódico sentado en un sofá.

–¡Eh! ¡Hola, preciosa! –dijo Alex, soltando el periódico y sentándose a su lado.

–Ho... hola.

–¿Cómo te encuentras?

–Descansada. Viva.

–Tu cuerpo ha sufrido demasiada tensión en un período de tiempo muy corto. Cuando toda esa tensión se terminó, caíste rendida, pero aún tienes que descansar.

–No podemos descansar, hay que averiguar por qué me quieren los vampiros.

–Ya nos estamos ocupando de eso. Descansa un poco.

–Alex...

–Elena, Luismi se está ocupando de recabar toda la información que pueda encontrar sobre la Logia. Es el único que puede hacerlo. Nosotros lo único que podemos hacer es reponer fuerzas para cuando nos tengamos que enfrentar a ellos.

–Alex... quiero darte las gracias por todo lo que estás haciendo por mí. Si no fuese por ti estaría muerta, y...

–Shh... no pienses más en ello. Estoy aquí, eso es lo que importa.

–Está bien. Voy a darme una ducha.

Elena se miró al espejo casi con miedo. Su aspecto era horrible. La tensión acumulada le había pasado factura y estaba demacrada. Se metió bajo el chorro

de agua de la ducha y se enjabonó a conciencia, pero al pensar que aún le quedaba mucho camino para ser libre se dejó caer al suelo y comenzó a llorar.

Alex entró en el baño y se sentó junto a Elena, a quien atrajo junto a su pecho sin percatarse de que se estaba mojando.

–¡Oye! No llores, tesoro.

–Estoy... yo... parezco... un adefesio –dijo entre hipidos.

–Estás preciosa, absolutamente irresistible.

–Mentiroso... no mientas... más –Alex sonrió.

–Vamos a la cama. Necesitas descansar un poco más.

Alex la secó con una suave toalla, le puso un camisón y la llevó de nuevo a la cama. Se quitó la ropa mojada, la extendió para que se secase y se tumbó junto a ella, acariciándole el pelo suavemente para que se durmiera.

–Alex... estás desnudo.

–Ya lo sé, me mojé la ropa al entrar contigo en la ducha.

–Podríamos aprovechar la ocasión –dijo ella, tímida.

–¿No estás demasiado cansada? –dijo Alex mirándola con deseo.

–Lo necesito, Alex.

No tuvo que pedírselo dos veces, Alex se levantó de prisa y echó el pestillo de la habitación. Después le sacó el camisón con cuidado por la cabeza y se tumbó sobre ella. Sus caricias eran su manera de decirle a Elena cuánto la adoraba, cómo la necesitaba, pues no se creía capaz de decírselo con palabras.



Volver a estar dentro de ella era todo lo que necesitaba para sacar fuerzas de donde ya no le quedaban para enfrentarse a la Logia. No permitiría que Gabriel se quedase con su chica.

Elena apenas tardó un minuto en quedarse dormida pasada la tormenta y la pasión. Alex entró en el baño para no despertarla y llamó a su hermana para avisarla de que ya estaban de vuelta.

–¿Sí?

–Sara, soy yo.

–¡Hola, hermano! ¿Ya estáis de vuelta?

–Sí, estamos en el hospital.

–¿Qué tal todo?

–Perfecto, el antídoto que le puso Auri le ha hecho efecto. Ahora está descansando ¿Cómo está mi hijo?

–Pues está perfectamente. Ahora mismo está durmiendo.

–En un par de horas estaré en casa. Oye, Sara... prepara una habitación para Elena. La Logia sigue detrás de ella y quiero tenerla cerca.

–No tengo que prepararle ninguna habitación, Alex. Debe quedarse en la tuya.

–Sara...

–No me contradigas, ¿quieres? Ya sé que tienes dudas respecto a esto, pero te conozco y sé que ya has dormido con ella. No va a estar más segura en ninguna parte que durmiendo en tu cama.

–De acuerdo. Y ten cuidado ¿vale? La Logia es capaz de cualquier cosa, y no sé si estáis seguros.

–Tranquilo, todo está bien por ahora.

–Bueno, hermana, ahora nos vemos.

–Hasta luego.

Alex permanecía de pie frente a la ventana fumándose un cigarro. Sabía que lo más acertado era tener a Elena lo más cerca posible, pero no se engañaba. No solo era por su seguridad, sino también porque él necesitaba sentir que estaba cerca.

Ya no tenía ninguna duda, se había enamorado de ella, a pesar de no querer, a pesar de negarse a acercarse a una mujer por miedo a que su naturaleza vampírica ganase la batalla, había sucumbido al amor.

Miró a la mujer que descansaba al otro lado de la habitación. Era valiente, simpática, cariñosa... irónicamente poseía todas las cualidades que a él le gustaban. Es cierto que también gastaba un genio de narices, pero con una sonrisa en seguida se le pasaba.

Se removió entre las sábanas y susurró su nombre. ¡Qué dulce sonaba entre los labios de Elena! Estaba deseando que todo acabase para poder meterse de lleno en su relación con ella. Tenían muchas cosas que discutir aún.

Se vistió, salió de la habitación y buscó a Auri. La encontró en su consulta enfrascada en un montón de papeles.

–¡Hola! ¿Elena está bien? –preguntó su amiga levantando la vista de los papeles.

–Sí, está descansando.

–Perfecto. Antes de lo que piensas estarás en casa. Ahora mismo te firmo el alta para que os podáis marchar.

–Venía a buscarte por otra cosa, más como amiga que como médico de Elena –Auri dejó los papeles que estaba ordenando y se cruzó de brazos.

–Tú dirás, tienes toda mi atención.

–¿Crees que es posible que un vampiro se enamore?

–Tú eres un vampiro, ¿no? Y estás enamorado de ella.

–Sí... no... ¡no lo sé! Me siento muy a gusto con ella y quiero tenerla siempre cerca, pero... ¿amor? Ya ni siquiera sé qué significa esa palabra.

–Alex, no intentes engañarme, ¿vale? Hace mucho tiempo que te conozco, y sabes tan bien como yo que ya no puedes vivir sin ella.

–¡Pero soy un monstruo! ¿Cómo voy a poder hacerla feliz?

–No eres ningún monstruo. ¿Quieres hacerla feliz? Pues sé tú mismo.

Eres un gran hombre, y si ella merece la pena te amará tal y como eres.

## CAPÍTULO 9

Hacía ya dos días que Alex y Elena estaban en casa de Sara. Dedicaban todo su tiempo libre a averiguar dónde podía tener su escondite la Logia, pero no había ningún indicio de ello en ninguna parte.

Los vampiros habían desaparecido del mapa, o al menos eso estaban haciéndoles creer. Pero Alex no estaba muy seguro de que hubiesen desistido en su captura de Elena. Su instinto le decía que tenían algún as en la manga.

Elena se estiró en la silla. Llevaban más de tres horas buscando en Internet algo que les llevase a la Logia y no habían encontrado nada.

–Alex, aquí no hay nada. Hemos buscado por todas partes.

–Lo sé... es mejor que lo dejemos por hoy. Mañana seguiremos.

–¡Un momento! –dijo de repente Sara– Mirad esto.

Se trataba de una foto del cementerio de la ciudad, concretamente de un mausoleo. Era de mármol blanco y en la puerta había grabada una L enorme rodeada de ramas.

–Ese es el tatuaje que llevaba en el cuello Gabriel el día que me mordió – dijo Alex muy serio.

–Los tenemos, ¿no es cierto? –preguntó Elena.

–Los tenemos. Ahora tengo que pensar en un plan de acción, he de

descubrir cuántos vampiros quedan antes de hacer ningún movimiento.

–Te ayudaré –dijo Elena confiada.

–¿Estás loca? ¿Qué crees que ocurrirá si vienes conmigo? Son muchos y pueden atraparte mientras me entretienen.

–No puedes hacerlo tú solo.

–Desde luego no puedo hacerlo contigo cerca. Estaré más preocupado de protegerte que de acabar con Gabriel.

–Pero...

–Elena –la interrumpió Sara–, mi hermano tiene razón. No podemos correr el riesgo de que te atrapen. Es mejor que te quedes aquí mientras mi hermano acaba con la Logia.

–De acuerdo, de acuerdo... pero ten mucho cuidado.

–Lo tendré –dijo mientras la abrazaba y le daba un beso en la frente.

Eran las tres de la madrugada cuando Alex se coló en el cementerio. Todo estaba muy tranquilo, quizás demasiado. Se trataba exclusivamente de averiguar cuántos vampiros quedaban en la Logia. Lo mejor sería que no le descubriesen, así jugaría con un poco de ventaja.

Entró despacio por la puerta del mausoleo y bajó los escalones. El interior era mucho más grande de lo que parecía en un primer momento. Las escaleras daban a una habitación circular que se bifurcaba en tres pasillos alumbrados con antorchas.

En el suelo de la misma había dibujada una estrella de David de seis puntas, y en el centro de la misma había una especie de pedestal de mármol blanco.

Decidió ir por el pasillo de la derecha en primer lugar. Mediría alrededor de cinco metros y desembocaba en una habitación pequeña. Parecía ser la biblioteca. Las paredes estaban cubiertas de hileras de libros antiguos, todos ellos sobre los vampiros y su evolución. En el centro de la estancia había un escritorio antiguo de caoba y un sillón de orejas negro. Del techo colgaba una lámpara de araña antigua que iluminaba la habitación con más de una veintena de velas blancas.

Alex volvió sobre sus pasos y se adentró en el pasillo del centro. Era un poco más corto que el anterior y daba a una especie de dormitorio. En el centro de la estancia había una cama de agua circular cubierta por sábanas de satén rojas y cortinas del mismo color. A la derecha, miles de objetos sadomasoquistas adornaban la pared. A la izquierda podía verse un armario de ébano del siglo XIX. La habitación estaba alumbrada por una araña similar a la de la biblioteca.

Ya solo le quedaba el pasillo de la izquierda. Se deslizó con cuidado por la pared. Lo más seguro era que todos los vampiros estuviesen reunidos en esa estancia. Se escondió detrás de la puerta esperando que no se percataran de su presencia.

Los componentes de la Logia estaban reunidos en una habitación cubierta de sofás de terciopelo rojo. En la pared norte ardía una chimenea de estilo colonial.

En el centro de la estancia había unos diez jóvenes que parecían estar drogados de los que se alimentaban los monstruos.

Empezó a mirarles uno por uno. Solo quedaban dos, Rodrigo y Daniel. En el sillón del centro estaba sentado el vampiro que le mordió tres años atrás: Gabriel. Pero había alguien más, y descubrir quién era no le gustó en absoluto. Se trataba de una de las amigas de Elena, concretamente la más pequeña.

Gabriel levantó la vista y le miró fijamente. Le sonrió.

–Mirad a quién tenemos aquí, nuestro querido colega Alexander.

Bienvenido a mi humilde morada. ¿Tienes hambre? Aún queda comida para ti. Acércate y disfruta del festín.

Alex se dio la vuelta y corrió por el pasillo como alma que lleva el diablo, perseguido por los tres vampiros a las órdenes de Gabriel. Salió del mausoleo y se escondió tras una tumba cavada en el suelo, que tenía una lápida de mármol negro de un metro de altura.

Su respiración agitada iba a dejarle al descubierto. La vampiresa estaba muy cerca de él, quizás demasiado. Aguantó la respiración hasta que la mujer pasó por delante de la lápida.

–¡Vamos, Alex, déjate ver! ¿No te acuerdas de mí? Soy amiga de Elena ¿Crees que yo puedo desear algo malo para mi amiga? Será lo mejor para ella, te lo aseguro. Mi señor nos recompensará a ambos si se la entregamos.

–¡Jamás te permitiré que te acerques a ella! –dijo Alex a gritos mientras cambiaba de posición. Ahora estaba subido en un árbol cercano.

–¿Y quién demonios te crees tú para decirme si puedo acercarme a mi amiga? Ella no desconfiará de mí jamás. Hará lo que yo le diga, ¿es que no lo entiendes? No tienes nada que hacer contra mí.

–¿Qué te apuestas? –ahora se metió en un nicho abierto en las columnas funerarias.

–Deja de correr, Alex, te atraparé cuando quiera.

–Más bien cuando yo te lo permita –dijo saliendo de su escondite.

Pero la vampiresa había desaparecido. Alex corrió hasta la casa de su hermana temiendo que la intención de la mujer hubiese sido entretenerle mientras atrapaban a Elena.

Cuando llegó se encontró con la vampiresa en la calle y a Elena acercándose a ella lentamente con una sonrisa en los labios.

–¡Elena, aléjate de ella!

–Alex, no digas tonterías, es Sandra, mi amiga.

–¡La han convertido! ¡Pertenece a la Logia!

Elena miró a su amiga con miedo y esta sonrió, dejando entrever sus colmillos puntiagudos y afilados. Echó a correr hacia Alex, pero ya era demasiado tarde. Los demás vampiros aparecieron de la nada y se la llevaron delante de sus narices sin que tuviese oportunidad de salvarla.



Alex se tiró al suelo de rodillas y gritó. Porque había fracasado, porque le acababan de arrebatarse su única oportunidad de ser feliz, porque estaba enamorado de Elena.

Tenía que salvarla aunque fuese lo último que hiciera, pero no podía vencer a los vampiros él solo, y mucho menos con las manos vacías. Se dirigió a casa de Luismi para pedirle ayuda.

En cuanto Luismi abrió la puerta supo que algo no andaba nada bien.

–¡Alex! ¿Qué ha pasado?

–La tienen. La han cogido.

–¡Maldita sea!

–Tienes que ayudarme a salvarla.

–Pues claro, pero...

–Necesitamos algo con lo que luchar. Si Gabriel necesita a Elena porque le falta el corazón, solo puedo matarle cortándole la cabeza.

–¡Alex, cálmate! Así no vas a conseguir salvarla. Debemos tener un plan.

–Tú dirás –dijo Alex, cruzándose de brazos.

–Creo que tengo algo que nos puede servir.

Luismi volvió con una espada larga y estrecha que tenía una inscripción en negro en la hoja de metal:

***SORIPMAVATAM***

La empuñadura era de ónix negro, y en el extremo tenía un adorno que parecía la boca de un vampiro con una bola de nácar dentro.

–Es perfecta, tío. Solo hay que afilarla.

–La compré en la feria medieval hace unos años porque pareció curiosa, y cuál fue mi sorpresa cuando, investigando por internet, me encontré con esta misma espada. Según decía en la página web, es la única capaz de matar al rey de los vampiros, o sea, a Gabriel.

–Pues gracias a la feria medieval –dijo Alex sonriendo mientras la afilaba–. Deberías buscar algo para ti.

–¿Cómo para mí?

–Necesitarás algo con lo que defenderte si te atacan. ¿O es que piensas que no van a intentar atraparte?

–¡Nooo! Yo solo voy a mirar desde mi escondite y a avisarte si te atacan por la espalda. No soy tan valiente –Alex soltó una carcajada.

–Eres un caso. Pues para eso no vengas, porque van a atacarte igual. Son escoria.

–Está bien, está bien... buscaré algo por ahí.

–Un cuchillo grande o una estaca servirán.

–¿Y de dónde saco una estaca?

–¡Fabrícala con un palo! Te ahogas en un vaso de agua, tío.

En ese mismo momento una sombra negra se colaba por la claraboya del Parque de las Ciencias de Granada. Recorrió sigilosamente los pasillos y las salas de exposición hasta encontrar la que buscaba: Dragones, ¿mito o realidad?

Se acercó a la vitrina de cristal situada en mitad de la estancia y miró extasiada la pieza que contenía en su interior. Los colores la hechizaban, pero sabía que no podía sucumbir. Necesitaba ese instrumento para acabar con los vampiros de la Logia.

Auri cortó con cuidado el cristal ayudada con un cortador de diamante. La ventosa que llevaba incorporada hizo que no saltase la alarma. Cogió el objeto con las manos cubiertas por guantes de látex y lo envolvió con cuidado en un trozo de seda. Lo metió en la mochila que llevaba a la espalda y salió como había entrado: sigilosa como un ángel.

Alex y Luismi seguían intentando afilar la espada sin éxito. Habían probado de todo, pero no conseguían cortar con ella ni mantequilla.

–Vaya mierda de espada que compraste, tío, no se afila ni queriendo.

–Me parece que es una burda imitación de la que necesitamos –dijo Luismi cabizbajo–. Será una espada de adorno, nada más.

–Vamos a ver, Luismi, por muy de adorno que sea debería poder afilarse. No entiendo por qué no conseguimos hacerle filo.

–Ni yo tampoco, lo hemos probado todo –levantó con cuidado la estaca de medio metro que estaba fabricando para verla bien–. Bueno, con esta

ya tengo doce. Creo que serán suficientes.

–Por cierto, ¿dónde está Auri?

–No tengo ni idea, macho. Esa mujer es muy rara. Estábamos leyendo el artículo de la espada y de repente se largó.

Auri llamó a Alex en ese momento por teléfono.

–Auri, ¿dónde demonios estás?

–Tengo algo muy interesante que te hará falta cuando vayas a por Gabriel.

–Pues vente para casa de Luismi, estamos preparándolo todo.

–En diez minutos estoy allí.

Cuando Auri llegó, abrió un paquete que traía consigo. Dentro había un objeto redondeado del tamaño de un plato, morado y verde, que según incidía la luz en él se veía de un color o de otro. El tacto era rugoso, parecido a la piel de una serpiente.

–¿Qué coño es eso? – preguntó Luismi intrigado.

–Cuando leímos el artículo de la espada recordé algo. Hay muchas leyendas sobre vampiros, como ya sabéis, y en una de ellas decía que el arma capaz de matar a un vampiro sin corazón debe ser afilada con una escama de dragón.

–Pero los dragones no existen –añadió Alex.

–Bueno... eso no es totalmente cierto –dijo ella con cara de satisfacción–.

En un yacimiento arqueológico irlandés se encontraron los huesos de un

nuevo dinosaurio, es una mezcla entre un Braquiosaurio y un Arqueopterix.

–Un dragón –dijo Alex, entendiendo a dónde quería ir a parar su amiga.

–Exacto. Y en una de las alas estaba enganchado esto.

–¿Quieres decir que eso es una escama de dragón? –dijo Luismi

sonriendo– ¡Vamos, Auri!

–Luismi, a veces eres un poco obtuso. Todo son mitos y leyendas, pero siempre se basan en algo de verdad. Esa espada no es mágica, simplemente está hecha de un meteorito.

–Y eso que tiene Auri ahí es una escama de dinosaurio, no de dragón – completó Alex exasperado.

–Pero si es un mito... ¿cómo sabemos que va a funcionar?

–No lo sabemos, pero por probar no perderemos nada.

–Vosotros sabréis –dijo Luismi metiendo las estacas en una mochila–, yo me quedo con mis estacas.

Alex acercó la espada a la escama con cuidado y empezó a afilarla. De pronto empezó a salir una luz violácea y verde de la bola de nácar de la empuñadura. El resplandor era tan fuerte que los tres amigos tuvieron que cerrar los ojos.

Cuando los abrieron, vieron que la bola de la empuñadura ahora no era blanca, sino que asemejaba la escama que Alex tenía en las manos. La empuñadura se había transformado en el mismo material rugoso y violáceo que sostenía en su mano derecha, y ahora podía leerse otra inscripción en la hoja,

justo debajo de la anterior.

## **EL PORTADOR DE LA ESPADA DESATARÁ SU IRA SOLO ÉL TENDRÁ EL PODER DE ACABAR CON GABRIEL**

Alex y los demás se quedaron alucinados. En el momento en que Alex cogió la espada por la empuñadura la bola empezó a brillar.

–¿Qué demonios está pasando? –dijo Luismi asustado.

–Parece que la magia sí que existe –dijo Alex sin apartar la vista de la espada.

–La leyenda es cierta, y Alex es el elegido para acabar con Gabriel. Eres el único vampiro convertido directamente por él que no ha cometido asesinato, debe ser por eso.

–Solo hay una manera de averiguarlo –dijo el aludido dirigiéndose a la puerta.

–Espera, no corras tanto –dijo Auri cogiéndole del brazo–, hay más.

–Tú dirás –la mujer sacó de su mochila unos botecitos llenos de un líquido brillante rojo.

–Auri, cada día me sorprendes más –dijo Luismi, mirándola embobado.

–¿Qué es eso, ángel?

–Eso es veneno. He estado haciendo experimentos a partir de la Batracotoxina y al final he podido conseguir este veneno cien veces más potente. A los ratones de laboratorio los fulminaba con un solo roce. Espero que funcione con los vampiros de alguna manera.

–Esta mujer vale millones –dijo Luismi cogiéndola en peso–. Cásate conmigo, preciosa.

–Vé y te ahorcas, Luismi. Estoy muy a gusto sola. Podemos impregnar las puntas de las estacas con él, serán más efectivas.

–Gracias, Auri –dijo Alex–. Deberías devolver la escama al Parque de las Ciencias. Nosotros nos vamos.

–Ni hablar. Yo voy con vosotros. Será de ayuda un médico cerca.

–Auri... no quiero que te pongas en peligro –dijo Alex.

–Escúchame bien, hombre de las cavernas –contestó Auri hincándole el dedo en el pecho– Seré de gran ayuda si resultáis herido alguno de los tres. Llevo en la mochila sangre para tí por si te quedas sin fuerzas, estacas impregnadas con el veneno y mi instrumental por si tuviese que operar a alguien de urgencia. Soy cirujano, Alexander, no una Barbie.

–Esta mujer es impresionante –dijo Luismi– ¿Cómo es que nunca me había fijado en ella?

–Porque estabas demasiado ocupado haciendo el capullo con las pijitas con las que ligas –contestó Auri sardónica.

–No pienso dejar que te pongas en peligro ¿me oyes? –le dijo entonces su amigo cogiéndola por los hombros– No quiero perderte, maldita sea.

–¡Ni yo a ti tampoco! –Auri suavizó el tono mientras le acariciaba la cara–. No me vas a perder, pienso ser tu peor pesadilla. Pero debes dejarme ayudarte, sabes que si está herida es la única forma de ayudarla. Déjame ayudarte a salvar a tu mujer, te prometo que no me pondré en peligro.

–Está bien, pero quiero que estés siempre con Luismi.

–De acuerdo, esperadme en la entrada del cementerio, no tardaré.

Auri volvió al Parque de las Ciencias y se coló por donde lo había hecho unas horas antes. Colocó la escama en su sitio, pero al hacerlo se dispararon todas las alarmas. Los guardias de seguridad acudieron apresuradamente al lugar de origen, pero se quedaron atónitos al ver a una sombra colocar la reliquia en su lugar y salir por la claraboya de arriba casi sin hacer ruido.



## CAPÍTULO 10

Poco tiempo después, Alex y Luismi esperaban impacientes en la puerta del cementerio de Granada. Hacía ya cerca de dos horas que Auri se había marchado y estaban preocupados.

Auri se acercó sigilosa por la cuesta que daba al cementerio. Cuando la vieron suspiraron aliviados.

–¿Dónde demonios estabas? Creíamos que te habían cogido –dijo Luismi.

–Ha habido un pequeño contratiempo –dijo Auri sonriendo.

–¿Está todo bien? –preguntó Alex.

–Claro –dijo ella sonriendo pícaramente–, si no se ha robado nada no tienen con qué acusarme. Ahora mismo creo que soy la heroína que devolvió la escama a su lugar.

–Manda narices... –dijo Luismi.

–Venga, dejadlo ya y vamos dentro –interrumpió Alex–, Elena está en peligro.

Se adentraron en el mausoleo. Se movieron sigilosamente por los pasillos hasta dar con la Logia. En esta ocasión estaban reunidos en la biblioteca.

Estaban todos sentados en sillones que formaban un círculo, en medio del cual se encontraba Elena, inconsciente, apoyada en una mesa baja de cristal. En el sillón que estaba justo enfrente de la puerta estaba sentado Gabriel.

–¡Soltadla! –gritó Alex entrando en la habitación con la espada en la mano.

–Hola, Alexander –dijo Gabriel– Te esperábamos, no queríamos empezar sin ti. –¡He dicho que la sueltas!

–Qué aburrido eres... Estás ya repitiéndote demasiado. No puedes con nosotros, así que es mejor que te rindas y nadie saldrá herido.

–No voy a permitirte que le pongas una mano encima, Gabriel ¡Antes tendrás que matarme!

–Vaya, vaya... el vampiro se nos ha enamorado... qué conmovedor.

–Conmovedor será ver cómo rueda tu cabeza hasta mis pies.

Se acercó lentamente al centro de la estancia empuñando la espada con fuerza. Los demás vampiros se acercaron lentamente enseñando sus colmillos y Alex sonrió.

–Me subestimáis. ¿En serio creáis que vendría solo?

Una estaca pasó volando justo por al lado de su cabeza, clavándose en el pecho de uno de los vampiros menores, el tal Daniel. El veneno hizo que explotara en mil pedazos, poniéndolo todo perdido.

–Lo siento, tío, no sabía que iba a salpicar –dijo Luismi desde la puerta.

–Tranquilo, la ropa se lava –dijo Alex sin apartar la mirada de Gabriel.

Auri se acercó de prisa a Elena, mientras Luismi se ponía delante de las dos mujeres empuñando una ballesta cargada con las estacas. Le tomó el pulso, y al

hacerlo descubrió que tenía una mordedura en el cuello.

–¡Alex... de prisa!

Alex se acercó sin dejar de mirar a Gabriel y a sus esbirros. Cuando vio los dos orificios en el cuello de su amada la ira recorrió su cuerpo. Miró a Gabriel, pero sus ojos esta vez no eran amarillos, sino rojos como los del jefe de la Logia. Cuando habló, su voz sonó más profunda de lo habitual.

–Te mataré por esto, te lo juro.

Acercó la espada a su muñeca con la intención de hacerse un corte, pero Auri se lo impidió, agarrándole la mano con fuerza.

–¡No! Eres un vampiro, te mataré –sacó de su bolsillo un pequeño bisturí–. Utiliza esto.

Alex se hizo un corte en la muñeca izquierda y acercó la herida a los labios de la joven. Ya nada importaba, al verla inerte en el suelo supo la verdad. La amaba con toda su alma y no estaba dispuesto a perderla. Prefería que ella le odiase el resto de la eternidad, pero que estuviese viva.

La mujer no reaccionaba, la sangre que entraba por su boca salía de la misma manera, y Alex empezó a impacientarse.

–Vamos, preciosa, bebe un poco, hazlo por mí.

Elena escuchó a Alex en la niebla. No sabía dónde se encontraba, pero su hombre le decía que bebiese, así que acercó sus labios al objeto que le puso en la

boca y empezó a succionar. Al principio el sabor metálico le hizo tener arcadas, pero al rato el sabor del líquido que resbalaba por su garganta no era tan malo. Seguía estando sedienta, así que se aferró con ambas manos al brazo del vampiro y siguió bebiendo.

De repente un temblor recorrió todo su cuerpo. Una por una, todas las venas y arterias de su cuerpo empezaron a arder. El dolor era insoportable, empezó a convulsionarse entre gritos de angustia. Sintió el pecho de Alex pegado a su cara y palabras de aliento en su oído. La voz profunda de su amado apaciguó su alma. El fuego llegó a su corazón. Empezó a latir con fuerza, y cuando creía que iba a estallarle en el pecho todo se volvió negro.

Alex acunaba a Elena entre sus brazos mientras Luismi apuntaba a los vampiros con la ballesta y Auri se defendía con un par de dagas. La muchacha ya había pasado lo peor de la conversión. Ahora necesitaba descansar.

La tumbó con cuidado en uno de los sofás y se puso de pie. Se tambaleó un poco. Con las prisas por salvarla no había bebido nada de sangre, y al alimentarla a ella se había quedado sin fuerzas.

Pero no podía permitir que Gabriel se percatara de eso. Le quitó a Luismi la ballesta de las manos y de un disparo certero acabó con el otro vampiro de la Logia. Ya solo quedaban Sandra y Gabriel. Miró a Auri, que ya estaba al lado de Elena pendiente de que se despertase.

Miró a Luismi, a quien no tuvo que decir nada. Se puso delante de las dos

mujeres con la ballesta preparada para defenderlas.

Alex se acercó lentamente a Sandra y empezaron a andar en círculos por la estancia.

–Vas a morir, ¿y sabes por qué? Porque eres una traidora. Has vendido tu alma al diablo y has traicionado a tu mejor amiga, y te juro por Dios que voy a disfrutar haciéndote pagar por ello.

–No me das miedo, Alex, mi señor acabará contigo.

–Quizás... pero no antes de que yo acabe contigo.

Alex se acercó despacio a la muchacha haciendo círculos con la espada. Era curioso, pero desde que la había cogido después de afilarla con la escama pesaba mucho menos y podía manejarla con mucha facilidad.

Sandra sonrió con autosuficiencia al verle acercarse. Era solo un hombre y se consideraba superior a ellos por el simple hecho de ser mujer.

Sacó sus afiladas uñas de porcelana. Hizo que las afilaran como cuchillos porque prefería arañar a sus víctimas antes de desanjarlas. Se había convertido en un monstruo, pero eso a ella le gustaba.

–¿Por qué, Sandra? ¿Por qué has permitido que te conviertan en un monstruo? Elena siempre ha sido buena contigo, siempre ha hablado maravillas de ti, pero esta no es la Sandra que todos conocen. Esta Sandra es una puta que prefiere follarse a un vampiro que salvar a su amiga. Me das asco.

–¡Cállate! No entiendes nada, ¡nada!

–Haz que lo entienda. Vamos, explícamelo, preciosa.

–Todas se creen superiores, todas mis amigas. Elena es escritora, Ana es nieta de un cantante famoso, Cris es cantante, ¿y qué soy yo? ¿Una simple estudiante de Derecho? Siempre que estaba con ellas me sentía inferior, pero ahora yo soy superior, ¿entiendes? ¡Ahora soy inmortal!

–¿Inmortal? ¿Esa es la película que te han vendido? ¡Mírate! Eres la escoria de la raza, estás al servicio de Gabriel y eres su marioneta. ¿Sabes que el sol te quema más deprisa que al resto? ¿Sabes que si no bebes sangre puedes morir y que esa es la peor de las muertes?

–Pero yo...

–¿En serio crees que Gabriel va a tenerte como su compañera para siempre? En cuanto encuentre a otra más guapa que tú te matará.

–¡El me ama!

–¿Sí? ¿Estás segura? ¡No tiene corazón! Es un monstruo incapaz de amar, los vampiros no tienen esa capacidad.

–¡Tú amas a Elena!

–¡Yo fui humano! ¡Él es un vampiro puro! Tiene más de mil años y lo único que ama es el dolor y el sufrimiento. Puedo enseñarte a vivir con esto de una manera decente, solo tienes que venir conmigo.

–¡Estás mintiendo!

–Gabriel es quien miente, cariño, no yo –extendió la mano que tenía libre

hacia ella, sin dejar de apuntarla con la espada– Si aún queda algo de bondad en ti, dame la mano.

–¡Nooo!

Sandra arremetió contra él llena de furia y desesperación. Sabía que lo que Alex le decía era cierto, pero no quería creerle. Justo cuando estaba a punto de alcanzarle con sus manos convertidas en garras, sintió que algo frío le atravesaba el estómago. Al mirar hacia abajo vio que la espada de Alex le había atravesado el abdomen de lado a lado. Una luz púrpura empezó a salir de la herida y su cuerpo empezó a brillar con una luz verde mientras poco a poco se iba deshaciendo y convirtiéndose en ceniza morada.

–Lo siento –dijo Alex.

–Salva... a... Elena –dijo la vampiresa justo antes de deshacerse en el aire.

Gabriel no se había levantado de su asiento en todo el proceso. De repente sonrió y aplaudió.

–¡Qué conmovedor! Alex, a veces me sorprendes. Veo que te has hecho con la espada legendaria.

–Ya ves... uno, que tiene sus contactos.

–No va a servirte de nada.

–¿Quieres apostar?

–Van Helsing no pudo conmigo –Gabriel sonrió al ver la cara de sorpresa

de Alex— Sí... existió el famoso Matavampiros, y esa que tienes en la mano es su espada. Está hechizada, por eso brilla, lo extraño es el color. Creo recordar que era blanca, no púrpura.

—Yo es que soy más chulo.

—Es curioso que aún tengas ganas de bromear. Sé que estás débil, por eso te he dejado alimentarla. Ahora mismo las fuerzas te fallan, y estás en pie solo por cabezonería, no me durarás ni un asalto.

—Si tú lo dices... Vamos, Gabriel, levántate y dame trabajo, estoy empezando a aburrirme.

El vampiro se levantó de su asiento y se acercó despacio a Alex. Este levantó la espada en alto, que empezó a brillar parpadeando del morado al verde.

—¿Es una especie de veneno? No servirá de nada. Soy inmune a los venenos humanos.

—Puede ser, pero no perdía nada por intentarlo.

—Bueno, terminemos con esto. Por cierto, gracias por la comida, cuando acabe contigo me cebaré con tus amigos.

—Eso será si es que acabas conmigo, ¿no?

—Me subestimas y eso es bueno.

Alex arremetió contra el vampiro con la espada en alto, pero estaba sin fuerzas y tropezó con la alfombra y cayó al suelo. Se levantó de un salto.

El vampiro se movía demasiado de prisa por la estancia. Si bien no podían



teletransportarse a distancias largas, sí que podían hacerlo a un par de metros de distancia, así que Gabriel no dejaba de dar vueltas alrededor de Alex.

El sudor resbalaba por la frente del muchacho. Tenía la espalda cubierta de sudor debido al cansancio físico. Estar falto de sangre le hacía ver doble. Maldito fuera Gabriel.

Se tambaleó despacio y cayó al suelo de rodillas, sin fuerzas. La espada se deslizó por el suelo hasta llegar a manos de Luismi, quien sin pensarlo le pasó la ballesta a Auri y se puso delante de Alex con la intención de defenderle.

El vampiro soltó una carcajada maléfica.

–¿En serio crees que podrás matarme?

–¡Lo hice hace tres años, volveré a hacerlo!

–Triste mortal... así que fuiste tú... pero hace tres años estaba débil.

Acababa de formar la Logia, y de tanto repartir mi sangre me quedé sin fuerzas. Ahora estoy repleto de vitalidad, no me darás muchos problemas.

–Defenderé a Alex con mi vida si hace falta, lo hice una vez, y volveré a hacerlo. No te lo llevarás tan fácilmente.

–Me conmueve tu lealtad, pero eres insignificante. Hasta pronto, chaval.

Luego nos veremos... en mi mesa.

De un manotazo lanzó a Luismi por los aires, haciendo que chocara contra la pared y perdiese el conocimiento.

–¡Luismi! –gritó Auri acercándose a toda prisa hacia él.

–Ahora te toca a ti, Alexander. Vas a pagar por todas y cada una de las cosas que me has hecho –le dio una patada en las costillas–. Eso por matar a mis hijos.

–¿Hi...jos?

–Edras era mi hijo, Ángelo también lo era ¿no lo sabías? La Logia estaba formada por sangre de mi sangre. Es cierto que eran un poco imbéciles, pero eso no quita que llevase mi sangre. Igual que tú.

–¡Yo no soy tu hijo, desgraciado!

–Es cierto que no te engendré –dijo mientras le cruzaba la cara de un manotazo–, pero es mi sangre la que corre por tus venas vampíricas, así que sí, eres mi hijo.

–Prefiero que me mates entonces –dijo Alex limpiándose la sangre de la comisura de los labios–. No quiero vivir siendo hijo de un monstruo.

–Si insistes...

Alex se puso de pie a duras penas. Prefería gastar sus últimas fuerzas en salvar a sus amigos, pero el vampiro estaba en plena forma y empezó a darle golpes y puñetazos hasta que Alex quedó tirado en el suelo, inconsciente.

–¡Qué triste! Viniste a salvar a tu novia, pero no has podido salvarla. Vas a morir como la escoria que eres y ella morirá para darme su corazón.

Parecéis Romeo y Julieta. Dos amantes asesinados por...

Pero no pudo terminar la frase. La espada Matavampiros despegó la cabeza

de su cuerpo en cuestión de segundos entre luces violáceas y verdosas. La sangre empezó a manar a borbotones por su cuello mientras el cuerpo sin vida caía a los pies de una Elena totalmente recuperada. Sus ojos eran de un tono anaranjado, y dos colmillos finos como agujas sobresalían de unos labios rosados sin un ápice de compasión.

–Esta Julieta no te consiente que toques a su Romeo, Gabriel. Jugaste con fuego y acabaste quemado.

Gabriel se desintegró en cuestión de segundos. Elena soltó la espada y corrió al lado de Alex, abrió dos orificios a una bolsa de sangre de las que había traído Auri y la puso en los labios de Alex.

–Vamos, amor mío, bebe un poco.

–Elena... lo... siento –dijo él semiinconsciente.

–No es el momento. Traga un poco, lo necesitas.

–Tú...

–Alex... bebe, ya tendremos tiempo de hablar después.

Alex acercó despacio los labios a la bolsa y bebió, aunque apenas tardó unos segundos. Se tumbó despacio en las piernas de la joven y cerró los ojos.

Elena se volvió hacia donde estaba Auri.

–¿Estáis bien?

–Sí, estamos muy bien –contestó Auri mientras inspeccionaba a Luismi–.

Luismi se despertará dentro de poco, solo está conmocionado. ¿Vosotros

estáis bien?

En ese momento Alex abrió sus ojos azules y Elena le sonrió.

–Creo que nunca hemos estado mejor –contestó ella devolviéndole la  
sonrisa.

# CAPÍTULO 11

Había pasado un mes desde que acabasen con Gabriel. Las cosas habían cambiado notablemente en la vida de todos desde entonces.

Alex había decidido vender todas las pertenencias de la Logia y repartir el dinero entre los cuatro y habían conseguido una muy buena cantidad por todo lo que habían vendido.

Auri invirtió su parte en montar una clínica privada. En el sótano de la misma había instalado un laboratorio equipado con la más alta tecnología, en el que investigaba maneras de hacer la vida de Alex y Elena mucho más fácil.

Luisi se dedicó de lleno a investigar en Internet todo lo referente a los vampiros y utilizó su parte de la fortuna en viajar a diversos lugares del mundo y averiguar si las historias que encontraba eran realidad o ficción. Se había propuesto acabar con los vampiros del estilo de la Logia.

Elena se dedicó a escribir novelas de vampiros, se compró una casita en las afueras de Granada y comenzó escribiendo su vivencia personal. La gente creería que era ficción, pero los implicados en la misma sabían la verdad.

Tuvo que desaparecer para todos sus conocidos, refugiándose bajo un pseudónimo, porque nadie debía saber su naturaleza. Les contó que se había establecido en Escocia y que era inmensamente feliz.

Y Alex... bueno, compró una casa con piscina y un jardín enorme para él y su hijo, rodeó a su pequeño de toda clase de animales y se dedicó a cuidarle.

Pero se alejó de Elena y de todo lo relacionado con ella. Sabía que la había convertido en vampiro en un acto egoísta de desesperación y ella tarde o temprano le odiaría, y no podría soportarlo.

Se alejó de todo y de todos, no contestaba al teléfono y tampoco llamaba a nadie. Elena le mandó un millar de mensajes, pero él no contestó a ninguno a pesar de que se moría por dentro.

Auri no dejaba de buscarle para hacer que recapacitara referente a todo, así que decidió poner tierra de por medio entre ellos. Cogió a su hijo, hizo las maletas y se montó en un avión rumbo a Inglaterra.

Elena estaba desesperada, desde que Alex repartió los cheques de la venta del legado de la Logia no había vuelto a verle y eso la mataba por dentro. No contestaba a sus mensajes, y ahora tampoco a los de Auri y Luismi. Nadie sabía dónde se encontraba, ni siquiera su hermana Sara.

Le había buscado por todas partes... sin éxito. ¿Qué demonios le ocurría? Si no quería estar con ella, muy bien, pero no tenía por qué esquivarla. Ella se conformaba con ser solo amigos, pero no le había dado la oportunidad de decírselo. Desapareció como por arte de magia sin tan siquiera despedirse.

Lo único que quería era una explicación. Después del tiempo que habían pasado juntos se la merecía. Si después de decirle lo que sentía no quería saber

nada de ella desaparecería de su vida.

Decidió alejarse para poder pensar en una estrategia a seguir para poder conseguir hablar con Alex, así que se montó en el primer avión con destino al lago Ness. Necesitaba estar cerca de todo lo que habían vivido juntos.

Cuando llegó al hotel se desvistió y se dio un baño relajante. Recordó cómo la cuidó en su enfermedad, cómo le hizo el amor, como cuidó de ella. Cerró los ojos y vio su sonrisa, su cara pícaro, sus ojos azules cuando hacían el amor. No pudo más y rompió en llanto.

Alex se despertó de golpe y cubierto de sudor, había tenido una pesadilla. Soñó que corría por una calle oscura buscando a Elena y la encontraba muerta en el suelo cubierta de sangre. Echó una ojeada a su hijo, pero estaba completamente dormido.

Se levantó y se metió bajo la ducha. No podía quitarse a esa mujer de la cabeza, por más que intentaba olvidarla siempre había algo que le recordaba a ella. Pero sabía que lo suyo era imposible, solo era cuestión de tiempo que ella le odiase y prefería alejarse ahora que aún estaba a tiempo. Si le confesaba que la amaba y empezaba una relación con ella, al final le sería muy difícil recuperarse de su separación.

Cerró los ojos... y entonces lo sintió. Sintió a Elena, sintió que estaba cerca y estaba llorando, y supo que el motivo de esas lágrimas era él. Maldijo el destino cruel que había hecho que conociese a esa mujer.

Llamó a la educadora de su hijo para que pasara la noche con él y salió de la habitación. Necesitaba pensar, y se encaminó hasta la tranquilidad del lago. Aquel lugar le traía muchos recuerdos.

Recordó el día que llegaron allí, en el que se dedicaron a amarse. Había sido quizás el día más feliz de su vida, sin contar el nacimiento de su hijo. Hacer con ella el amor había sido la experiencia más emocionante de su vida, porque mezclaba las risas con el placer y era alucinante.

Pero ya no la tendría otra vez entre sus brazos, no vería su sonrisa, ni le lanzaría una de sus miradas pícaras llenas de significado. Ya nadie sabría lo que pensaba con tan solo mirarlo, ni le abrazaría sin tener que decir que necesitaba un abrazo.

Nunca le había dicho que la amaba, no se había atrevido. Primero, por el miedo de mostrar sus sentimientos, y más tarde porque sabía que de una forma u otra iba a perderla. No era mejor que Gabriel, su egoísmo le había llevado a volver a la soledad, que ahora le resultaba insoportable.

Se desnudó y se lanzó al lago. El agua estaba helada, pero no le importó, si no fuera porque el niño que dormía en su habitación le necesitaba, de buena gana se habría ahogado en las aguas oscuras.

Elena estaba sentada en la terraza de su habitación escuchando música. No podía dormir, así que pidió un té caliente al servicio de habitaciones y se sentó a mirar el lago. Había sido muy feliz allí con Alex, pero eso era cosa del pasado.



Un movimiento a lo lejos llamó su atención. Algún imbécil acababa de meterse en las frías aguas del lago. Se levantó con la intención de ir a salvarle si se encontraba en peligro, pero el hombre salió del agua en ese momento.

La luz de la luna dejó al descubierto unas facciones muy conocidas para ella. Bajó tan rápido como pudo, pero cuando llegó a la orilla del lago ya se había marchado.

–Maldito seas, Alex, te alcanzaré aunque sea lo último que haga.

Alex bajó por la mañana a jugar al lago con su hijo. Estaba cansado y necesitaba beber sangre, pero el niño le había mirado con aquella carita de pena y no había podido negarse a bajar con él.

Se sentó debajo de un árbol a ver como el pequeño jugaba con los coches en la pradera, y entonces la vio. Estaba apoyada en la balaustrada del balcón de su habitación, llevaba puesto un sencillo vestido blanco y miraba el agua del lago pensativa.

Sus miradas se cruzaron y se lo dijeron todo. Vio como una lágrima rodaba por su mejilla justo antes de perderse entre las cortinas de la habitación.

Alex maldijo en voz baja, la había sentido la noche anterior porque estaba allí. De todos los lugares del mundo habían ido al mismo sitio, aunque lo entendía. Ella tenía los mismos recuerdos que él de ese lugar.

Decidió arreglar las cosas con ella, pero a su manera. Llamó a la educadora

del niño, y cuando llegó adonde se encontraban subió a la habitación donde la había visto. La encontró llorando a lágrima viva en la cama.

Se acercó y le acarició suavemente la espalda.

–¡Vete de aquí! Ya has dejado suficientemente claro que no quieres saber nada de mí.

–Elena... no es eso.

–¡He dicho que te vayas!

–¿Quieres escucharme, por favor?

–No hay nada de lo que hablar, Alex. Me salvaste la vida, muchas gracias, pero lo demás ha quedado suficientemente claro.

–Es lo mejor, cariño.

–No te equivoques, Alex, no es lo mejor, es lo más fácil. Eres un cobarde, prefieres perderme a arriesgarte conmigo. Te creía más valiente, pero me equivoqué. No hay nada más que hablar, ya no tenemos nada más que decirnos. Por favor, déjame sola.

–¿Crees que es fácil para mí?

–Ni lo sé ni me interesa ya –dijo Elena limpiándose las lágrimas con furia.

–¡Mírame, maldita sea! –la levantó de la cama hasta que sus ojos quedaron a escasos centímetros de los de ella– Estoy pasando un infierno. Lo único que quiero es tenerte conmigo, ¿te enteras? Pero hay muchas cosas que se interponen entre nosotros.

–¿Qué cosas, Alex? Tu orgullo, tu miedo, tu cabezonería, eso es lo que se interpone entre tú y yo.

–No quiero enamorarme de ti y que dentro de unos años me odies por lo que te hice, ¿tan difícil es de entender?

–¡No, no lo entiendo! ¡Yo te pedí que me convirtieras si algo salía mal y eso es lo que hiciste!

–No te equivoques, Elena, lo hice por egoísmo. No podía soportar perderte, y la idea de que me odies el resto de la eternidad es mejor que la de saber que no volveré a verte nunca más. No soy mejor que Gabriel.

–¡Me estás perdiendo porque tú quieres! ¿No lo ves? Te alejas de mí y me estás perdiendo.

–Sigamos siendo amigos, Elena, por favor.

–¿Es eso lo que quieres? ¿conformarte con las sobras cuando puedes tener el primer plato?

–No quiero que desaparezcas si voy a casa de Auri o Luismi, o que te escabullas si nos cruzamos por la calle, quiero que hables conmigo. No creo que sea muy difícil, ¿verdad? –Alex sonrió.

–No pienso hacerlo, Alex. Sé que estás enamorado de mí, sé que me quieres, pero eres tan cabezota que no vas a admitirlo, y vas a fustigarte por haberme convertido en lo mismo que tú eres, aunque fuese yo quien lo pidiese. No voy a ser tu amiga, quiero mucho más que eso, necesito mucho más, y si no vas a dármelo por cobardía, es mejor que te vayas.

–Elena...

–¡He dicho que te vayas!

Alex salió de la habitación derrotado. Había perdido a la única mujer que le había amado sin reservas, y todo por su estúpido egoísmo, porque cuando decidió alejarse de ella solo había pensado en él, en sus miedos, no se había parado a pensar en cómo debía sentirse ella.

Quizás esto fuera lo mejor para los dos, aunque pensar en que la vería una y otra vez a lo largo de los siglos sin poder acariciarla, ni besarla, ni hacerle el amor... Si existía el infierno, Alex acababa de encontrar el suyo propio.

## CAPÍTULO 12

Pasaron tres meses desde su encuentro en el lago. Ese sábado había una fiesta en el pub en el que Alex trabajaba de DJ, y aunque la verdad es que Elena no tenía ningunas ganas de ir, Auri y Luismi la convencieron de que los acompañara.

Después de mucho pensar, decidió hacer como si nada hubiera cambiado entre ellos desde el día del lago. Había sido muy dura con él, aunque no compartiese su forma de ver las cosas no debería haberle echado de su vida. Al fin y al cabo, deberían cruzarse durante siglos.

Acababa de publicar su primera novela de vampiros y creyó que una buena forma de romper el hielo sería llevándole un ejemplar.

El pub estaba lleno a rebosar. Se trataba de una nave industrial aclimatada como pub. La entrada estaba adornada de tal forma que parecía el casco de un barco pirata, la puerta se encontraba a la izquierda y era una especie de puerta de embarque. El pub era cuadrado, y una barra rodeaba un pilar central, justo enfrente de la puerta de entrada había unas escaleras iluminadas que subían a una especie de pasarela que llevaba a la cabina del DJ.

La decoración hacía que al entrar te sintieras dentro de un gran barco. Se colocaron en el lugar donde solían ponerse Luismi y Auri cada vez que iban a tomar algo con Alex, sacó la bolsa donde tenía el libro de su bolso y subió las

escaleras. No hizo falta que cruzase la pasarela, a mitad de la misma Alex la alcanzó, dándole un fuerte abrazo.

Permanecieron abrazados mucho tiempo, parecía como si el tiempo se hubiese parado y nada ni nadie los rodease. Alex levantó la cabeza y se quedó mirando sus labios con deseo... y Elena volvió la cara y le dio un suave beso en la mejilla.

Alex volvió a abrazarla con fuerza, y solo dijo una frase entre susurros.

–Me alegro mucho de que estés aquí.

Elena le entregó el libro, que él recibió con una sonrisa brillante, y bajó las escaleras para reunirse con sus amigos.

Pero nada había cambiado, todo había sido una ilusión. Pasadas tres horas, Elena se dio cuenta de que había sido un intento fracasado de acercarse de nuevo a él. Alex había bailado y reído con muchas de las personas que estaban allí, menos con ella.

En ese momento, Sara se acercó a ella. La saludó con un beso, un abrazo y una sonrisa, pero algo en su expresión le decía a Elena que algo no andaba bien.

–¡Elena, que alegría! –dijo Sara– Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos. ¿Cómo estás?

–Bien... la verdad que bien –contestó Elena sonriendo– Auri y Luismi me ayudan a adaptarme a mi nuevo yo. ¿Y tú qué tal estás?

–Bien. Ajetreada como siempre. Elena... no se lo tengas en cuenta –dijo Sara poniéndose seria–. Mi hermano no es capaz de enfrentarse a los problemas y huye de ellos, pero algún día se dará cuenta de todo.

–Gracias, pero creo que no tiene remedio, todo lo que hizo por mí fue un acto de bondad por su parte, no porque me quisiera.

–¡No, Elena, no digas eso! Lo que pasa es que mi hermano es muy complicado, nadie sabe lo que se le pasa por la cabeza cuando hace idioteces como esta, pero estoy completamente segura de que está enamorado de ti.

A las cuatro de la madrugada Elena ya estaba cansada de tanta tontería y decidió marcharse a casa. Cuando salieron a la puerta descubrieron que Alex estaba guardando algo en el coche. Ella quería pasar desapercibida, pero Auri no era de la misma opinión y le llamó.

–Alex, nos vamos –dijo acercándose a darle dos besos.

–¿Ya? ¿Tan pronto?

–Sí, estoy un poco cansada –contestó Auri.

–Yo también me voy –dijo Elena.

–¿Tú también? –preguntó Alex sorprendido.

–Sí, ya es hora. Auri, te espero en el coche.

–De acuerdo.

–Adiós, Alex –dijo, dirigiéndose hacia el coche de Auri con paso cansado.

–Adiós –dijo Alex sin dejar de mirarla.

–La estás cagando con ella, ¿lo sabes? –le dijo Auri molesta pegándole un puñetazo en el pecho–. Le estás haciendo mucho daño.

–Sé lo que hago. Ya tengo demasiadas cosas en la cabeza como para que me la calientes tú más.

–Mira Alex, soy tu amiga y siempre te he apoyado en todo, pero ya te estás pasando. Ella no se merece que la trates con indiferencia y lo sabes. En esto estás solo –dicho esto, se metió en su coche y se alejó seguida de Elena.

Alex dio un puñetazo en la pared, frustrado ¿Es que nadie iba a entender sus motivos? ¿Es que nadie se daba cuenta de que era lo mejor para los dos? Tenían una maldita eternidad por delante. Una eternidad para amarse, sí, pero sabía que Elena le odiaría por lo que le había hecho.

Había creído que todo sería mucho más fácil cuando Elena le echó de su habitación. Pero ella no pensaba dejarle tranquilo, ni mucho menos. Debería haberlo sabido, Elena era la mujer más cabezota que había conocido en su vida.

Cuando la vio aparecer en el pub su corazón dio un vuelco, y no pudo evitar la tentación de estrecharla entre sus brazos, pero eso debía ser todo. Él había seguido adelante con su vida, y ella debería hacer lo mismo.

Elena no dejaba de dar vueltas en la cama, no podía dormir. No entendía nada del comportamiento de Alex. ¿Qué demonios le pasaba? Ella no había hecho



nada malo... ¿o sí?

Se levantó temprano y se puso a trabajar. Debía entregar a la editorial la segunda parte de la novela de vampiros y no llegaba a tiempo. Con tanto darle vueltas a la cabeza respecto a Alex no estaba haciendo nada.

Pero era imposible, no le venía la inspiración por más que lo intentase. Se dio un baño relajante de espuma, quizás eso le sirviese de algo. Llenó el cuarto de baño de velas aromáticas y puso música lenta, se metió en la bañera con una copa de vino en la mano y cerró los ojos.

La primera cosa que se le vino a la cabeza fueron los ojos de Alex, tan claros que apenas soportaba la luz del día, tan cristalinos que podía verse reflejada en ellos, tan azules como el cielo en una mañana de verano.

Pensó en su sonrisa, una sonrisa de niño travieso que escondía un millón de secretos entre ellos. Sus manos... que habían creado un mapa en su cuerpo con la yema de los dedos. Sus besos, sus caricias, sus abrazos... todo eso se había perdido como por arte de magia el día que desapareció Gabriel.

Su Romeo se había convertido en un auténtico extraño para ella. El Alex que ella había conocido ya no existía, y en su lugar habían colocado un Alexander frío e indiferente.

Salió de la bañera y se lió en un albornoz, se tumbó en la cama y lloró por todo lo que había perdido: sus sueños, sus emociones... su amor, hasta que poco a poco se quedó dormida.

La despertó el sonido de un teléfono sonando. El suyo. Abrió lentamente los ojos y a tientas buscó el móvil en la mesita de noche.

–Dígame.

–Elena, soy Auri. Me tenías preocupada.

–Lo siento, no he dormido mucho esta noche y me quedé dormida apenas puse la cabeza en la almohada –miró el reloj para comprobar que eran las ocho de la tarde.

–Tienes que venir a mi casa, es importante.

–¿Qué ocurre?

–Nada serio. Cuando llegues te lo explicaré.

–De acuerdo, me visto y voy para allá.

Elena se puso unos piratas y una camiseta negra y se dirigió a casa de Auri. Nada más aparcar el coche en la puerta su amiga salió a recibirla.

–¿Pero qué es lo que pasa, con tanto misterio? –dijo Elena mientras le daba un abrazo.

–Ya te he dicho que no es nada malo. Entra, te lo contaré mientras comemos.

–Me tienes intrigadísima.

Auri había preparado una cena a base de jamón, queso, huevos rellenos, croquetas y aceitunas.

–¿Celebramos algo? –dijo Elena asombrada.

–Más o menos –Auri sacó una bolsa de sangre de la nevera y le sirvió una copa a Elena.

–¿Sangre? –dijo Elena riendo– ¿Vengo a tu casa a celebrar algo y me sirves una copa de sangre?

–No te andes con tonterías conmigo –dijo Auri–, sé que con todo lo que estás pasando apenas te preocupas de beberla, así que sé una niña buena y bébete toda la bolsa.

–Preferiría vino, Auri, o cava, o...

Una mirada iracunda de su amiga hizo que estallase en carcajadas.

–Está bien, me beberé la sangre, pero cuéntame qué es lo que pasa.

–Verás... Anoche, después de que tú te fueras, Luismi me llamó.

–¡Pero si acabábamos de separarnos de él!

–Lo sé... Bueno, el caso es que le dije que viniese a casa a tomarse algo porque no teníamos sueño ninguno de los dos.

–Sí –dijo Elena, cada vez más intrigada.

–Pues... una cosa llevó a la otra... y...estamos saliendo.

–¡Auri! ¡Enhorabuena! Sabes que Luismi es un tío genial y yo le quiero un montón. Me alegro mucho por los dos, en serio.

–Gracias. No me había dado cuenta de lo mucho que significa para mí hasta que lo vi en la fiesta tonteando con otra –dijo avergonzada.

–Luismi lleva enamorado de ti mucho tiempo, pero no tenía el valor de decírtelo.

–Ahora quien me preocupa eres tú.

–Estoy bien, Auri, se me pasará. Ya ha dejado las cosas claras con su indiferencia.

–¡Vamos, Elena! ¿Indiferencia? El abrazo que os disteis ayer no era signo de indiferencia.

–Pero ya viste que no se volvió a acercarse a mí.

–Algo grave pasa, Elena, y deberías hablar con él.

–¿Pero cómo? No me coge el teléfono, no contesta a mis mensajes...

–Vé a su casa.

–¡Cómo voy a presentarme en su casa por las buenas!

–Elena, necesitas una explicación. Has adelgazado demasiado en este tiempo. Apenas comes, y mucho peor, apenas bebes sangre. Creo que deberías hablar con él, y creo que no debería pasar de esta noche.

–No puedo hacerlo sola.

–Te acompañaré, pero cuando le tengas delante me marcharé, ¿de acuerdo?

–Está bien. Dios... pero no sé qué decirle.

–Dile cómo te sientes... es un buen comienzo.

Llegaron a la casa de Alex en diez minutos. Vivía muy cerca de la casa de Auri, así que ni siquiera cogieron el coche. Pegaron a la puerta, pero no había nadie.

–No está –dijo Elena–. Vámonos –susurró dándose la vuelta para marcharse.

–De eso nada señorita –dijo Auri agarrándola del brazo–, le esperaremos, tendrá que venir a dormir en algún momento. Este fin de semana tiene la madre a su hijo, así que quizás haya salido a tomar algo por ahí.

–Esto es un aviso del destino de que no tenemos que estar aquí –dijo Elena mientras se movía nerviosa de un lado a otro.

–No digas tonterías, si no te esperas no tendrás las respuestas.

Las respuestas no tardaron en llegar, pero fueron mucho más dolorosas de lo que ambas podrían haber imaginado jamás. Alex se acercaba por la esquina de la calle agarrando de la cintura a una mujer rubia y delgada a la que besaba con pasión.

Elena se quedó paralizada. Si le hubiesen clavado una estaca en el corazón no le habría dolido tanto como entenderlo todo de pronto.

La sonrisa de Alex se congeló en sus labios cuando vio a Elena y a Auri paradas en la puerta de su casa.

–¡Elena!

–Así que esto era lo que ocurría... –dijo la aludida, intentando por todos los medios no soltar una sola lágrima–. Eres un puto cobarde.

–Déjame explicarte... –dijo Alex intentando acercarse a ella.

–No hay nada que explicar, está todo claro como el agua. No has sido capaz de decirme que no me querías y que estabas saliendo con otra. Lo que no entiendo es por qué me abrazaste ayer como si fuese la mujer de tu

vida, lo que no entiendo es por qué no has sido capaz de decirme que estabas enamorándote de otra mujer. Espero de verdad que te vaya bien con ella.

–Elena, yo... –Elena le interrumpió levantando la mano.

–Y a ti –dijo refiriéndose a la chica rubia– espero de corazón que le quieras de verdad y no le hagas ningún daño, porque te juro por lo más sagrado que si Alex echa una sola lágrima por tu culpa, ni las fuerzas del cielo y el infierno juntas van a ser suficientes para impedir que te encuentre y acabe contigo.

Dicho esto, se dio la vuelta y bajó la calle con la cabeza bien alta pero sin mirar atrás. Alex hizo amago de ir tras ella, pero Auri se lo impidió.

–¿A qué demonios viene esto, Alex? ¿No crees que ya le has causado bastante daño? Déjala en paz, Alex, déjala olvidarte. No se merece todo lo que le estás haciendo. Me has decepcionado.

–Auri, no lo entiendes...

–Te equivocas, lo entiendo perfectamente. Espero de corazón que no te estés equivocando.

Auri salió a correr tras su amiga, y cuando llegó a su altura le echó el brazo por los hombros.

–Esta noche vas a quedarte en mi casa, ¿de acuerdo? No quiero que cojas el coche en este estado.

–Estoy bien, Auri. Además, no me voy a morir aunque tenga un accidente.

–Es cierto, pero eso no quita que te duela como el demonio, y te aseguro que me vengaré haciéndote sufrir cuando te cure.

–De verdad, estoy perfectamente.

–Sé que no lo estás, a mí no puedes engañarme.

–Auri, necesito estar sola y digerir todo esto.

–Podrás estar sola y digerirlo todo, pero después.

–No te cansas, ¿verdad?

–No, estoy muy preocupada por ti.

En cuanto llegaron a casa de Auri, ambas amigas se sentaron en el sofá y Elena rompió en llanto. Era tan desgarrador que casi sin darse cuenta Auri estaba llorando también.

Elena lloraba porque había perdido al amor de su vida, porque él no le había dado ninguna explicación, porque su mundo se desmoronaba, porque había confiado en un hombre después de tanto tiempo y la había defraudado.

Auri lloraba por su amiga, que estaba destrozada, y por su amigo, que no quería ver la realidad.

## CAPÍTULO 13

Elena estaba sentada frente al ordenador con una taza de café humeante y mirando por la ventana. Llevaba puesto un pantalón negro de lycra y un jersey blanco de lana. Era el día de su cumpleaños, diez de febrero.

Llevaba seis meses sin saber nada de Alex. Tampoco quería saberlo. Infinidad de veces Auri o Luismi habían intentado contarle algo, pero ella se negaba a escucharles.

No había conseguido olvidarle. Después de seis meses aún seguía amándole como el primer día, pero por lo menos había dejado de doler, o más bien el dolor se había vuelto soportable.

Ahora compaginaba su trabajo de escritora con escribir una columna en el periódico local. Cada vez tenía más lectores. Se ocupaba de desmentir los mitos sobre los vampiros que la gente tanto temía, era la encargada de dar forma a los descubrimientos de Luismi.

Ese día no tenía que ir al periódico, su jefe le había dado el día libre por ser su cumpleaños, pero de todas formas llevaba despierta desde las siete de la mañana, así que decidió aprovechar el tiempo en escribir algo de su última novela, que la tenía un poquito abandonada.

Sonó el móvil, y al ver el número le dio un vuelco el corazón. Hacía mucho tiempo que no veía ese número en la pantalla de su teléfono.



- Hola, Sara, ¿qué tal estás? Hace mucho que no hablamos.
- Elena, estoy desesperada –dijo la mujer estallando en lágrimas.
- Tranquilízate y dime qué ocurre –contestó Elena incorporándose.
- Mi hermano... Ha desaparecido. Hace una semana que no sé nada de él, su teléfono está apagado y no sé dónde localizarle.
- Respira un poco e intenta relajarte, le encontraremos. ¿Ha pasado algo?
- Ven a casa y te lo cuento, bueno, te lo contaremos.
- ¿Quién más lo sabe?
- Auri y Luismi.
- De acuerdo, voy para allá.

Se subió al coche y condujo como alma que lleva el diablo a casa de Sara. Cuando llegó encontró a la mujer desolada, llorando desconsoladamente, apoyada en el hombro de Auri.

- A ver, contadme qué es lo que ha pasado –dijo Elena sentándose junto a Sara y cogiéndole la mano.
- Como siempre nos dices que no quieres saber nada de Alex no te lo contamos –dijo Auri.
- Pero deberíamos haberlo hecho –continuó Luismi.
- Hablad de una vez y no deis más rodeos, me estáis poniendo nerviosa.
- El sábado pasado, cuando Alex estaba trabajando, su novia se presentó en el local embriagada –dijo Luismi.
- ¿Embriagada? –dijo Auri– Borracha como una cuba, querrás decir.

–Bueno, si –continuó Luismi– Subió a la cabina y empezó a discutir con Alex, diciendo que estaba harta de quedarse en casa cuidando del renacuajo mientras él estaba de parranda.

–Alex intentó tranquilizarla y le dijo que bajase abajo y se tomase una bebida energética –dijo Auri– y que cuando terminase de trabajar hablarían.

–¿Y dónde dejó al niño? –preguntó Elena.

–Solo –dijo Sara entre lágrimas–, le dejó solo. Gracias a Dios, tienen grabado mi teléfono y el niño me llamó llorando para decírmelo, y mi hija fue a quedarse con él hasta que mi hermano llegase.

–Continuad –dijo Elena cada vez más enfadada.

–Alex bajó como hace siempre –dijo Luismi– y se acercó a ella para decirle tonterías y hacerla reír, pero ella le quitó el micrófono.

–Le dijo que era una escoria –apuntó Auri–, que no servía para nada, que estaba con él solo para que la mantuviese y la sacase de paseo, que nunca le había querido, que le daba asco, que en su cama se habían revolcado con ella muchos tíos, porque acostarse con él le daba ganas de vomitar.

–Puso el micrófono encima de la barra y salió por la puerta del pub dando tumbos –continuó Luismi–, Alex se quedó parado en medio del pub con la vista perdida. No reaccionaba, y entre su jefe y yo logramos meterle en su coche y le traje hasta aquí. Recogí al niño y a su sobrina y me los traje también.

–Estuvo dos días sin salir de su cuarto –agregó Sara– sin comer ni beber nada y al tercer día salió, le dio un beso al niño y se fue. De eso hace ya una semana.

–¿Dónde está ella? –preguntó Elena.

–La sinvergüenza está viviendo en la casa de mi hermano –continuó Sara–. No hay manera de echarla de allí.

–Eso lo veremos –dijo levantándose–. Tranquilízate, Sara, le encontré.

–¡Oye! –dijo Auri levantándose del sofá y agarrándola del brazo– ¿A dónde vas?

–A cumplir una promesa –dijo Elena soltándose de su mano.

–Elena... no hagas tonterías, ¿quieres? –dijo Luismi– No quiero que hagas algo de lo que luego te vayas a arrepentir.

–Tranquilos, no voy a cometer ninguna locura, simplemente voy a desalojar la casa de un amigo.

Elena llegó a casa de Alex en cuestión de segundos. La rabia que sentía en ese momento hacía que su sangre hirviese. ¿Quién se creía que era la tipeja esa? No solo le había humillado, sino que se había apoderado de su casa por la cara.

Vio luz en una habitación de la planta de arriba. El dormitorio de Alex. Se acercó con la intención de llamar al timbre, pero las risas de ella mezcladas con las de un hombre acabaron con el poco autocontrol que poseía. Se transformó en vampiresa sin darse cuenta y subió por la pared de la casa.

Se coló en la habitación despacio y se encontró a la ex novia de Alex en ropa interior acariciando a un hombre de unos cuarenta años.

–Vaya, vaya –la voz de Elena sonaba profunda, como de ultratumba–, mira qué tenemos aquí... una zorra en plena acción.

El hombre, cuando vio a Elena, salió a correr escaleras abajo y escapó por la puerta como alma que lleva el diablo. La mujer se fue alejando andando hacia atrás con cara de horror.

–¿Quién... quién eres?

–¿No me recuerdas? Vaya, reina, qué mala memoria que tienes. Hace seis meses te hice una advertencia, te dije que si le hacías daño a Alex pagarías las consecuencias... ¿sigues sin recordar?

–¿Tú? ¿Eres tú?

–Sí, soy yo, y he venido a cumplir mi advertencia. Has humillado a Alex, le has herido, y pretendes quedarte con algo que es suyo –Elena se limaba las uñas descuidadamente mientras hablaba–. Es hora de morir.

Elena se abalanzó sobre ella y dejó su cara a escasos centímetros de la de la mujer. Al ver los ojos rojos y los colmillos puntiagudos comenzó a llorar desconsolada.

–¡Por favor, no me hagas daño!

–¿Que no te haga daño? Querida, llevo todo el día sin comer para darme un festín contigo –el temblor que recorrió a la mujer hizo que Elena

sonriese—. Estás asustada, ¿verdad? Te dije que ni las fuerzas del cielo y el infierno juntas podrían impedir que acabase contigo. ¿Acaso creías que hablaba en broma?

—Por favor... me iré de aquí... lo juro.

—¡Desaparece! Que yo no vuelva a verte a menos de cincuenta kilómetros de Alex, porque la próxima vez que te vea no seré tan benévola, te mataré, y te juro que será la muerte más lenta y dolorosa que hayas tenido el atino de imaginar nunca.

Dicho esto, Elena se dio la vuelta el tiempo justo para que la mujer saliese corriendo tal cual estaba por las escaleras.

Tras volver a casa de Sara, cogió su coche y se dirigió hacia la montaña. Pensaba que si estaba en un lugar alto y se concentraba sería capaz de sentir dónde se encontraba Alex, porque sabía que estaba en la ciudad.

Llegó al punto más alto del monte, el lugar donde se encontraba la central eléctrica de la zona. Y entonces lo sintió muy cerca, estaba triste, muy triste. Apagó las luces del coche, centró su atención en la noche, y le vió. Estaba sentado en un banco en la puerta de la central con la cabeza enterrada en las manos.

Salió del coche y se acercó lentamente adonde se encontraba Alex. Se apoyó en el banco y cruzó los brazos.

—Deberías volver, tu hermana está preocupada.

–No tengo donde volver, me lo han quitado todo.

–Vuelves a ser dueño de tu casa. Vé a por tu hijo y empieza de nuevo, Alex, lo importante cuando se tropieza es saber levantarse y seguir adelante.

–Como hiciste tú –no era una pregunta, sino una afirmación.

–Como hice yo –contestó Elena justo antes de darse la vuelta dispuesta a marcharse.

–La he cagado a base de bien. Nada es como antes, ¿verdad?

–No –dijo mirándole de nuevo Elena–, todo ha cambiado.

–Menuda manera de celebrar tu cumpleaños, ¿eh?

–Bueno... es lo que pasa cuando te preocupas por los demás. Vé a casa, tu hijo te espera.

–Gracias por preocuparte por mí, Elena, sé que no me lo merezco después de todo lo que te he hecho.

–No te equivoques, Alex, si estoy aquí es única y exclusivamente por tu hermana y por tu hijo. Ella está preocupada y él necesita a su padre, tú y yo ya no tenemos nada que decirnos.

–¿Tanto me odias?

–No te odio, nunca lo he hecho. Te perdono de todo lo que me has hecho, Alex, puedes tener la conciencia tranquila, pero olvidar... eso es más difícil.

Elena se volvió por segunda vez y bajó el camino en dirección a su coche.

Volver a verle había sido lo más duro que había hecho en su vida. Le seguía amando a pesar de todo lo sucedido, pero tenía que olvidarse de él.

Llegó a su casa cuando las primeras luces del alba asomaban por el horizonte, se dio una ducha caliente y se metió en la cama, pero el sueño tardó en aparecer. Ya cantaban los pájaros en su ventana cuando poco a poco se quedó dormida.

Dos días después la despertó una llamada de teléfono. Nada más escuchar el tono de su móvil supo que algo no iba bien.

–¿Dígame? –dijo soñolienta Elena.

–Elena, soy Auri, creo que deberías venir al hospital lo antes posible.

–¿Qué ocurre?

–Es Alex –dijo Auri. Elena se levantó de un salto de la cama.

–Voy para allá.

Elena se vistió de prisa y condujo su coche a toda velocidad hasta llegar al hospital. Ni siquiera preguntó por Auri, entró en la sala de urgencias y fue directamente a su despacho, donde su amiga la esperaba dando paseos de una punta a otra de la estancia.

–¿Dónde está? –es lo primero que dijo Elena.

–Verás... antes de ayer, cuando te fuiste de donde se encontraba Alex, el estúpido condujo hasta su casa a toda velocidad, pero como llevaba varios días sin pegar ojo y sin comer se quedó dormido e invadió el carril

contrario. Se estrelló de frente contra un camión.

–¡Dios mío! –Elena apenas podía moverse. Tuvo que sentarse para no caerse redonda al suelo.

–Ha sufrido heridas muy graves y apenas tenía sangre en el cuerpo, así que cayó en coma.

–¿Se está recuperando?

–Elena, no voy a mentirte... le he hecho infinidad de transfusiones, pero no sirven de nada, su cuerpo la rechaza. Se está muriendo.

–¡No, no!

–Elena, deberías ir a verle, puede morir en cualquier momento.

Elena entró en la habitación despacio, casi con miedo a lo que iba a encontrarse. Cuando vio a Alex lleno de tubos y cables, un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Casi sin darse cuenta una lágrima resbaló por su mejilla.

Sara estaba sentada junto a la cama de su hermano, y al verla se acercó y la abrazó llorando.

–Gracias por venir, sé que mi hermano no se lo merece, porque no se ha portado contigo todo lo bien que debería.

–¿Cómo está?

–Está estable, pero sigue sin aceptar la sangre. A este paso no vamos a poder salvarle.

–Vete a casa, Sara, yo me quedaré con él, tienes que descansar.



–Ahora viene mi hija a quedarse con él mientras voy a cambiarme y ducharme.

–Vete ya y llámala para que venga más tarde, yo me quedo, en serio, no me importa hacerlo.

–¿Seguro?

–Seguro –dijo Elena sonriendo–. Lo que haya pasado no quiere decir que no me duela verle así.

–Está bien, vendré esta noche.

–De acuerdo.

–Y Elena... de verdad, gracias por estar siempre ahí.

En cuanto Sara salió por la puerta, Elena se quitó la chaqueta, se sentó en el borde de la cama de Alex y le acarició suavemente la mejilla. Allí tumbado parecía tan vulnerable, tan débil... su piel había perdido todo rastro de vitalidad, estaba blanco como la nieve.

–No vayas a morirte ahora, ¿me oyes? No puedes dejarme sola en este mundo el resto de la eternidad. Necesito que estés vivo aunque no te vea. No puedes hacerme esto, maldita sea.

Se sentó despacio en el sillón de al lado de la cama y permaneció quieta mientras las horas pasaban.

La rutina de Elena se transformó por completo. Llegó al acuerdo con Sara de que, puesto que ella no tenía horario de trabajo y Sara sí, Elena se quedaría por

las noches en el hospital y Sara y su hija se turnarían por el día.

Elena se llevaba su ordenador portátil para adelantar la novela que debía entregar mientras vigilaba los cambios de Alex.

Pero esos cambios no llegaron. Por más transfusiones de sangre que le ponía Auri, el estado de Alex no hacía más que empeorar.

# CAPÍTULO 14

Había pasado un mes desde que Elena se quedaba en el hospital cuando el corazón de Alex se paró.

–¡No, no, no..! ¡Maldita sea, Alex!

En un intento desesperado de salvarle, Elena se hizo un corte en el brazo y apoyó la boca del hombre en la herida. Al principio no ocurrió nada, pero de pronto Alex empezó a tragar, y el color volvió a sus mejillas y su corazón comenzó a latir de nuevo. Auri no se lo podía creer.

–¿Cómo no se me había ocurrido antes? –dijo Auri, acercándose a ver el estado de Alex.

–¿Qué? –dijo Elena confundida– ¿Qué pasa?

–Alex no aceptaba la sangre porque apenas le quedaba sangre vampírica en el cuerpo y no podía procesarla. Sus órganos vitales habían mutado para funcionar con su sangre transformada y no eran capaces de funcionar sin ella.

–Entiendo.

–Para salvarle, lo único que podemos hacer es hacerle transfusiones de tu sangre, Elena –dijo mirándole a los ojos.

–Hazlo.

–¿Estás segura?

–¡Por supuesto que estoy segura! ¡Vamos, hazlo!

–No tan rápido, si te extraigo tu sangre ocurrirá lo mismo. Solo puedo extraerte medio litro de sangre diario, y tendrás que tomar al menos cinco bolsas diarias de sangre para poder hacerlo.

–De acuerdo.

–Elena... no estoy segura de que funcione, podría estar equivocada. Podría morir, podríais morir los dos.

–Lo sé, pero tenemos que intentarlo, no puedo quedarme de brazos cruzados y ver cómo muere.

–Probaremos a hacerlo hoy así y mañana te haré unas pruebas antes de volver a hacerlo para ver si tú te recuperas.

–Está bien.

–Recemos porque esté en lo cierto.

–¿Y cómo te las vas a apañar para hacerte con tantas bolsas de sangre?

–Hablaré con Luismi y que me las administre su amigo del banco de sangre, así no serán tantas y no levantaré sospechas.

–Bueno, pues tú dirás cuándo empezamos.

–Voy a preparar una habitación para que nadie nos moleste, debemos hacerlo en el más absoluto secreto. Cuando todo esté preparado vendré a por vosotros.

–Vale. Y... Auri –su amiga se volvió–, gracias por todo.

–Lo hago por los dos, porque os quiero a los dos y no quiero ni perderle a

él ni verte a ti destrozada por su muerte.

Un par de horas después Auri volvió con un par de enfermeros y condujo a Elena por un montón de pasillos laberínticos hasta que llegaron a una zona del hospital cerrada. Habían acondicionado una habitación con máquinas y dos camas.

–Elena, tienes que estar tumbada para la transfusión. Luego podrás estar como quieras, pero por lo pronto quiero que estés tumbada hasta que mañana te haga las pruebas.

–De acuerdo –dijo, sentándose en el filo de la cama–. Si me voy a quedar aquí, te agradecería que me trajeses un pijama –sonrió–, no soporto las batas de hospital.

–Ya me he encargado de eso –dijo su amiga con una sonrisa–, en el armario tienes ropa.

–Eres genial, estás en todo.

–Bueno, túmbate que empezamos.

–Una última cosa antes de empezar –dijo agarrando a su amiga de la mano.

–Lo que sea, sabes que haría lo que fuera por los dos.

–No quiero que Alex se entere de nada de esto.

–Elena, sé coherente, se va a enterar de todas formas.

–No quiero que lo sepa. Prométemelo.

–Está bien, está bien, te lo prometo.

–Ahora sí puedes empezar.

Elena inspiró hondo mientras la aguja penetraba en su piel. Cerró los ojos, pensando en todo lo que había ocurrido desde que Alex apareciera en su vida. Habían intentado matarla en múltiples ocasiones, pero él nunca la abandonó, así que ella no podía abandonarle ahora.

No podía engañarse a sí misma. A pesar de todo el dolor, a pesar de todos los engaños que había tenido con él, seguía amándole como siempre, incluso más. Sentía que Alex estaba perdido en un mundo nuevo para los dos y que no había sabido adaptarse.

Pero debía encontrarse él solo, nadie podía hacer que encontrase el camino a seguir el resto de su vida. Ella y Auri podían estar ahí para apoyarle en las decisiones que tomase, pero debía tomarlas por él mismo.

Las dos siguientes semanas fueron una tortura. Elena debía ingerir cinco litros de sangre diarios para poder hacerle una transfusión de medio litro de sangre vampírica a Alex, y sus papilas gustativas se iban a poner en huelga. Nunca le había gustado el sabor de la sangre, la bebía porque no tenía más remedio, y lo hacía como quien toma una medicina de sabor horrendo y se tapa la nariz para notar menos dicho sabor.

Auri se negó a sacarle más de medio litro de sangre al día. No estaba dispuesta a perder a sus dos mejores amigos, decía. Y tenía razón, a pesar de ingerir tantísima sangre, Elena se encontraba débil. Su cuerpo era más lento para

transformar la sangre humana y sus órganos internos estaban quejándose.

El plan surtió efecto. Tras quince días agotadores de transfusiones y bolsas de sangre, el cuerpo de Alex volvió a la normalidad. Hicieron falta cerca de ocho litros de la sangre de Elena para recuperar todos los órganos atrofiados de Alex y que su cuerpo volviese a estar en funcionamiento. Ahora solo hacía falta esperar a que despertase.

Auri insistió en que Elena siguiera con la ingesta masiva de sangre por un par de días más, lo suficiente para que su organismo no se resintiese demasiado tras el duro esfuerzo realizado.

Elena se encontraba sentada en su cama tomando su quinta bolsa del día cuando Alex despertó. Habían pasado dos días desde que le hiciesen la última transfusión.

Ver a Elena a su lado fue la mejor visión que Alex podía haber tenido en ese momento. Sentada en la cama con un sencillo vestido de algodón rosa con florecillas, estaba absolutamente irresistible aunque mucho más delgada desde la última vez que la vio.

Empezó a recordar lo ocurrido. Había ido a su lugar preferido a pensar y ella había ido a buscarle, y cuando bajaba para el pueblo en dirección a su casa, un camión que venía en sentido contrario invadió su carril.

Él iba demasiado de prisa, lo sabía. y había pagado las consecuencias. Su último recuerdo del accidente era verlo todo lleno de sangre, su sangre, y un

dolor insoportable en el costado.

Intentó levantar la sábana para ver el desastre, pero los cables que tenía enchufados al brazo se lo impidieron. El movimiento atrajo la atención de Elena, que dejó a un lado la bolsa de sangre y se acercó a él, muy seria.

–Veo que ya has decidido volver al mundo de los vivos.

–Eso parece –dijo Alex sonriendo.

–¿En qué demonios pensabas, Alex? ¿Es que solo piensas en ti mismo? Le has dado un susto de muerte a todo el mundo. ¿Por qué demonios no puedes respetar los límites de velocidad? Si lo hubieras hecho no llevarías tres semanas en coma, y por una vez en tu puñetera vida piensa en que si tú mueres tu hijo se queda sin nadie. Si tú mueres lo volverán a llevar con su madre.

–Yo... siento haberos preocupado.

–No te equivoques, Alex, yo estoy aquí solo y exclusivamente por tu hermana, porque ella me pidió que viniese. Entre tú y yo no queda absolutamente nada, lo mataste todo en el momento en el que decidiste no confiar en mí –Elena se dio la vuelta para marcharse, pero Alex la agarró por la muñeca.

–Elena, espera... quería hablar de eso contigo.

–¡Vaya! Menuda novedad... quieres hablar conmigo en vez de huir...

–Quiero pedirte perdón por mi manera de hacer las cosas. Estaba asustado y no supe cómo reaccionar, así que pensé que la mejor manera sería



desapareciendo de tu vida y dejando que pasara el tiempo. En cuanto a Elisabeth... bueno, la conocí en ese tiempo y me pareció que podía llegar a tener una relación estable con ella, pero me equivoqué.

–No, Alex, lo que pasó es que aún seguías enamorado de la madre de tu hijo y viste en ella a la sustituta perfecta. Es exactamente igual a ella, menos en el físico, porque he de decir que tu ex mujer es mucho más guapa, yo no sé dónde tuviste el ojo. A ver si maduras, Alex, no puedes vivir siempre buscando un sustituto de tu ex mujer.

–Ya no la busco, Elena, sé que el daño que te he hecho es irremediable, pero, ¿podemos volver a ser amigos?

–Creo que el que esté aún aquí es señal de que puedo intentarlo, pero no te prometo nada, Alex, el daño está hecho y ha sido inmenso.

–Te entiendo, y con que lo intentes me doy por satisfecho.

–Bueno, creo que debería ir a avisar a Auri, debe hacerte un chequeo. Y yo debo irme a casa.

–De acuerdo.

Auri apareció en la habitación diez minutos después, cargada con un escalpelo y un montón de aparatos.

–Ya era hora de que decidieras despertarte –le dijo a Alex– Cuando decides dormir lo haces a conciencia, ¿eh?

–Me alegro de verte de nuevo.

–No te imaginas lo que me alegro yo –dijo tomándole el pulso– A ver qué tal te encuentras, has estado a punto de palmarla, ¿lo sabías, gilipollas?

–Tengo una leve idea. Una pregunta, Auri.

–Dime –dijo mientras le auscultaba el pecho.

–¿Por qué estaba Elena aquí?

–Pues porque casi te mueres. ¿Te parece suficiente motivo?

–La última vez que nos vimos no creí que le importara mucho lo que me ocurriese.

–Mira, no debería contarte esto porque le prometí a ella que no lo haría, pero creo que merece la pena que incumpla esta vez mi promesa, porque no te das ni cuenta de lo mucho que le importas.

–¿Qué pasa?

–Si estás vivo es gracias a ella. Hemos tenido que hacerte transfusiones diarias de sangre, concretamente de su sangre.

–Pero...

–Ella ha estado tomando cinco litros diarios de sangre para poder hacerlo, y no le gusta el sabor, como muy bien sabes. Se ha debilitado mucho, he estado a punto de perderos a los dos. Gracias a Dios, tu cuerpo reaccionó, porque no pensaba ponerla en peligro sacándole un solo litro más de sangre.

–Dios mío...

–Si ella estaba aquí es porque aún sigue enamorada de ti, Dios sabrá por

qué, porque te has comportado con ella como un auténtico capullo. Dale gracias a Dios porque siga queriéndote y se haya prestado a estar dos semanas desangrándose por ti. Creo que deberías pensar mejor las cosas antes de volver a hacerle daño.

–No lo hice intencionadamente, Auri. Yo...

–Tú eres un cobarde, Alex, has visto que ella te quiere tal y como eres y te has asustado. No quieres arriesgarte a que ella te dé todo lo que tiene para darte por si te vuelves dependiente de ella y al final resulta ser como la madre de tu hijo. Pero ella no es así, Alex, es una mujer maravillosa y lo sabes de sobra. Deberías darte una oportunidad con ella.

–Ya es tarde, Auri, me lo ha dejado suficientemente claro. Puedo recuperar su amistad, pero para recuperar su amor es demasiado tarde.

–Tú solo te lo has buscado, no te compadezcas a ti mismo porque lo que te está pasando lo has buscado tú solo.

–¿Crees que no lo sé, Auri? ¿Crees que me gusta ver cómo pierdo a la mujer a la que amo? La cagué, metí la pata hasta el fondo y más allá, pero no me queda otra que conformarme con lo que puedo conseguir.

–Solo te pido que no le hagas más daño, ya le has hecho suficiente para toda su vida, y tú y yo sabemos cuán larga es esa vida.

Auri salió por la puerta de la habitación, dejando solo a un Alex pensativo. Su amiga tenía razón, había hecho demasiado daño, pero no solo a Elena, sino a

Auri, a Luismi e incluso a su familia.

Estaba aterrado, en eso tampoco se equivocaba Auri, aunque sí en los motivos de que lo estuviera. Tenía miedo de que Elena le odiara, de que no quisiera ni mirarle a la cara, pero no podía dejar las cosas como estaban. Tenía que hacer algo para arreglar el desaguizado que había formado por su mala cabeza.

## CAPÍTULO 15

Pasadas dos semanas más, Alex ya se encontraba perfectamente y Auri decidió darle el alta. Su hermana Sara insistió en que se quedara un tiempo en su casa, hasta que se recuperase por completo. No había forma de hacerle entender que estaba bien, así que accedió. Debía arreglar las cosas con ella también, pues le había hecho daño, aunque no hubiese sido su intención.

Esa noche decidió invitarla a cenar al *Gondoliere*, un restaurante italiano de la ciudad.

–¿Y bien, hermano? ¿A qué viene esta invitación?

–Bueno, es para agradecerte todo lo que has hecho por mí últimamente, y también para pedirte perdón por todo el daño que te he podido hacer con mi comportamiento.

–¿Qué te pasó, Alex? Cambiaste tanto de la noche a la mañana...

–Me sentí desbordado por todo, creí que todo era demasiado bonito para ser verdad y decidí no seguir con lo mismo para no dañarme.

–Hermano, ¿por qué no te convences de una vez de que la vida puede sonreírte? Que te haya ido mal una vez no quiere decir que te vaya a ir mal siempre.

–Ahora lo sé, pero ya he perdido mi oportunidad con Elena, jamás podré tenerla de nuevo.

–Bueno... quizás no esté todo perdido. Estuvo junto a ti todo el tiempo que estuviste inconsciente.

–Lo sé... pero es porque es buena persona. Lo hubiese hecho por cualquiera.

–Quizás... pero arriesgar su vida como la ha arriesgado no lo haría por nadie a quien no quisiera, y en lo más hondo de tu corazón lo sabes. Habla con ella, no pierdes nada por intentarlo.

–Bien sabe Dios que quiero albergar la esperanza de que tengas razón, pero Elena lo hizo por ti y por mi hijo, me lo dejó muy claro cuando me desperté.

–Alex, he visto a esa mujer pasar todas y cada una de las noches en vela junto a tu cama esperando una reacción por tu parte. La he visto hablarte a pesar de que estabas en coma. He visto cómo lloraba en silencio al ver que nada de lo que Auri hacía surtía efecto. Piensa lo que quieras, pero lo hizo solo y exclusivamente por ti.

Alex permanecía despierto mucho tiempo después, mirando al techo. Lo que le había dicho su hermana acerca de Elena le había impactado. Había estado a su lado todas las noches desde el accidente, le había hablado a pesar de que él no podía escucharla, había llorado por él.

Que a pesar de todo lo que él le había hecho ella siguiese a su lado hacía que la amase aún más. Le había hecho muchísimo daño por cobarde, tenía miedo de lo que sentía y de que ella no sintiese lo mismo. ¡Qué imbécil! Su pequeña

vampiresa estaba tan enamorada de él que había puesto su vida en peligro por salvarle.

Elisabeth había sido solo una válvula de escape, nunca había estado enamorado de ella, pero era tan parecida a la madre de su hijo que la eligió para no cometer el error de enamorarse.

Ni siquiera le tenía cariño, había salido con ella unas cuantas veces antes de que ella insistiese en irse a vivir juntos, y a Alex no le pareció tan mala idea. Su hijo necesitaba una madre y a él le venía bien tener a una mujer a su lado. Con el tiempo quizás acabaría cogiéndole cariño.

Pero no fue así. Elisabeth ni siquiera se acercaba a su hijo, y el pequeño Alex no tenía la más mínima intención de llamarla mamá. No le gustaba, y no desaprovechaba la ocasión de decírselo a su padre.

El día que lo dejó en público se dio cuenta de la pantomima que estaba viviendo, por eso desapareció. Necesitaba pensar en qué estaba haciendo con su vida. Había decidido ir a hablar con Elena, pero ella se le adelantó. Debía haber imaginado que ella siempre le encontraría. Lo que no podía imaginar era que a pesar de todo el daño causado se prestase a hacerlo.

Cuando la sintió subir la cuesta, todas sus terminaciones nerviosas vibraron en respuesta. No podía negar con la cabeza lo que su cuerpo le decía con sus actos. Elena era para él el mejor bálsamo para sus heridas, siempre lo había sido, estar dentro de ella había sido como rozar el cielo con la punta de los dedos.

Pero su amada no quería saber nada de él y lo entendía. Había subido por su hijo y su hermana, no por él, así que decidió hacer algo bueno por ella y volver a casa. Pero en el trayecto un tráiler invadió su carril y todo se volvió oscuro. Su último pensamiento había sido para las dos personas que más quería en el mundo: su hijo y Elena.

Elena daba vueltas en la cama sin poder pegar ojo. Algo la inquietaba, se levantó despacio y se asomó por la ventana, y entonces lo vio. El resplandor de un cigarrillo a escasos metros de su casa. Alex, no tenía la menor duda, su cuerpo se lo dijo. Se puso una fina bata de satén negro sobre el camisón y salió a la calle.

Alex acababa de dejar a su hermana en su casa y había decidido dar un paseo, y casi sin darse cuenta estaba en la puerta de la casa de Elena. Le vinieron un millón de recuerdos a la cabeza; el primer día que la vio, el primer beso, la primera vez que hicieron el amor, el instante en que sintió que la perdía en manos de Gabriel...

Se encendió un cigarrillo y sonrió. Aún podía ver casi como si la tuviera delante a su pequeña gatita con los brazos en jarras delante de él cuando le descubrió husmeando en la puerta del apartamento de la playa.

Se encendió una luz en el piso de arriba y se dibujó la silueta de la mujer de sus sueños a través de las cortinas. Su corazón se paró. Dios... qué bonita era. Sus facciones delicadas y esa sonrisa traviesa que se le dibujaba en la cara



cuando estaba feliz... intentaría por todos los medios volver a dibujarle un millón de esas sonrisas. Tenía toda la eternidad para intentarlo.

Se abrió la puerta de la casa y todo su cuerpo vibró en respuesta. Elena se acercó a él envuelta en satén negro.

–Creo que estoy viviendo un *déjà vu* –dijo Elena mirándole.

–Eso parece –contestó él, tirando el cigarro.

–Es muy tarde –la voz armoniosa de su amada era música para sus oídos–, deberías estar descansando, aún no estás del todo recuperado.

–No podía dormir.

–¿Qué haces aquí?

–Solo comprobaba que estabas bien.

–Teniendo en cuenta que soy vampiro igual que tú... –dijo Elena sonriendo.

–Hay costumbres difíciles de olvidar, aunque últimamente las he descuidado demasiado.

–He estado pensando mucho en todo eso... y creo que si queremos volver a ser amigos deberíamos enterrar el pasado –dijo Elena en ese instante.

–Tienes razón... pero antes de nada quiero pedirte perdón por todo el daño que te haya podido hacer. He sido un imbécil y no tengo excusa, pero de verdad que lo siento. Me has demostrado que a pesar de todo te preocupas por mí y estás a mi lado, y no he sabido valorarlo lo suficiente.

–Alex... de verdad, está olvidado. Empecemos esta noche desde cero, ¿de

acuerdo?

–Está bien, empecemos de cero.

–¿Quieres pasar a tomar algo?

–Será mejor que no... ¿Qué te parece si nos tomamos un café mañana?

–Me parece bien –dijo Elena con una sonrisa.

–Te recojo a las cuatro. Debo irme, no quiero preocupar a mi hermana más de lo necesario.

–¿Estás en su casa?

–Sí –dijo Alex con una mueca–, ya sabes lo cabezotas que somos los de mi familia, cualquiera se oponía a sus órdenes.

–Me alegro de que se impusiera, aún no estás demasiado bien.

–Estáis todas muy pesadas con que no estoy bien... yo me encuentro perfectamente.

–Nadie se escapa de las garras de la muerte y se encuentra perfectamente, Alex. Hasta mañana.

–Que descanses.

Apenas cerró la puerta, Elena se dejó hacer en el suelo. Estaba temblando como una hoja. Enfrentarse de nuevo a Alex estaba siendo demasiado duro para ella, porque a pesar de todo lo ocurrido, seguía amándole como el primer día, más si cabe.

El olor de Alex impregnaba su nariz, el sabor de sus besos le rodaba por la lengua. Hacía mucho tiempo desde que se separaron, pero aún lo sentía como si

le perteneciese.

Había estado de acuerdo en intentar volver a ser amigos, pero, ¿conseguiría hacerlo sin volver a hacerse daño?

No sabía la respuesta a esa pregunta, pero sí sabía que el Alex que apareció en su puerta esa noche era el mismo que conoció hacía tanto tiempo en mitad de la oscuridad de una playa, el Alex que la había protegido y le había salvado la vida. Su Alex.

Quizás estuviese equivocada, quizás volviese a sufrir de nuevo, pero no estaba dispuesta a tirar la toalla ahora que el destino le daba una nueva oportunidad para conseguir al hombre de su vida.

Alex bajaba cabizbajo la calle en dirección a casa de su hermana. Ver a Elena había sido una prueba de fuego, tenerla tan cerca y no poderla besar había sido peor que arder en el infierno, pero no podía precipitar las cosas.

Al verla aparecer como una figura etérea cubierta de satén corroboró lo que todo el mundo, incluido él, ya sabían: estaba loca e irremediablemente enamorado de ella. Al diablo con todo, haría lo imposible por recuperarla. Necesitaba sentirla entre sus brazos, necesitaba saber que le pertenecía de la misma manera que él le pertenecía a ella.

Sería un proceso largo, duro, pero al final conseguiría que ella volviera a confiar en él, aunque tuviese que vender su alma al diablo. Ya se preocuparía de encontrar la manera. Si los vampiros existían, posiblemente el diablo también,

## CAPÍTULO 16

Al día siguiente era la noche de San Juan. Desde el día en que Elena y Alex hablaron en la puerta de la mujer, habían mantenido una relación cordial. Al día siguiente fueron a tomar café como acordaron, pero el ambiente estuvo tan tenso que decidieron tácitamente no volver a quedar solos. Se habían visto bastante a menudo, pero siempre en compañía de Auri, Luismi o alguna otra persona.

Alex debía reconocer que había conseguido muchos avances en su nueva relación con Elena, e incluso albergaba la esperanza de que algún día le perdonase y todo quedase en el olvido. A fin de cuentas, él contaba con la eternidad para conseguirlo...

Elena se alegraba de estar recuperando poco a poco al Alex de siempre. Cuando estaban todos juntos, bromeaba y se comportaba como siempre, pero en cuanto los dejaban solos se volvía taciturno y apenas abría la boca. No se lo reprochaba, después de haberle dicho que él no le importaba en absoluto, no podía echarle en cara que no quisiera acercarse a ella.

La situación se estaba volviendo insostenible, debía hablar con él o no podrían llevar una vida normal. Y sería una vida espantosamente larga y aburrida sin poder contar el uno con el otro.

Auri y los demás habían decidido bajar a la playa a celebrar la noche de San Juan. Era costumbre hacer una hoguera en la orilla de la playa y a las doce de la

noche se quemaban los deseos en el fuego, se saltaba la hoguera y se daba un baño en el mar para quitar las malas energías. Alex no tenía ningunas ganas de ir, pero habían insistido tanto que no pudo negarse. Además, sabía que su hijo disfrutaría mucho jugando en la playa con sus primos.

Quedaron con Elena en la puerta de su casa. Tras el reparto de los coches, él iba con Auri, su hermana y Elena. Ni hecho a posta. El mundo conspiraba contra él, estaba seguro. Bueno, más bien Luismi conspiraba contra él, Su supuesto mejor amigo había distribuido a la gente como le había venido en gana, y no había traído su coche con la excusa de que lo tenía en el taller.

Llegaron a la playa temprano. Habían pillado algo de atasco, pero el tapón se deshizo rápido y sin problemas. Colocaron las sombrillas en un hueco cerca del acantilado, así estarían resguardados del frío por la noche.

Nada más terminar de comer, Auri y Elena se metieron en el agua y se pusieron a jugar con los niños pequeños a la pelota, y Elena ni siquiera le miró. Era como tener una visión. Verla reír mientras jugaban en el agua era el mejor regalo que podía haberle hecho esa noche, le gustaba verla disfrutar, pero le gustaría más verla disfrutar en su compañía. Pero eso no iba a producirse porque últimamente nunca se veían a solas.

Ese día no iba a ser distinto. Elena no se separaba de Auri, iban juntas a todas partes. Comieron juntas, se bañaban juntas... se notaba a leguas que Elena le evitaba.

En un momento en el que Elena estaba jugando con los niños en la orilla a hacer castillos de arena, Auri se acercó a Alex y le apartó del resto del grupo.

—¿Se puede saber qué te pasa? Sabes que yo nunca me meto en donde nadie me llama, pero es que sois increíbles.

—¿A qué te refieres?

—A Elena y a ti.

—¿Qué pasa con nosotros?

—Que estáis locos el uno por la otra y no hay manera de que abras los ojos.

—Ya no estoy enamorado de ella.

—¿Ah, no? No le quitas el ojo de encima, estás que pareces un zombi, apenas te ríes, apenas hablas, y casi no has comido. Alex... llevo conociéndote ya mucho tiempo.

—¿Y qué quieres que haga? Va a odiarme por lo que le he hecho el resto de su vida.

—Elena ya te ha perdonado todo lo que ha pasado, Alex. No entiende los motivos, eso sí, pero te conoce lo suficiente como para saber que estabas perdido. Habla con ella.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Porque yo lo he olvidado y no estoy enamorada de ti. Esa mujer te quiere. A ti y a tu hijo. ¡Mírala! A pesar de que su padre se está comportando como un gilipollas no deja de prestarle atención. Habla con

ella, no pierdes nada.

–¿Y si sigue odiándome, Auri? No podría soportarlo.

–Nadie sabe lo que nos depara el destino en el futuro, Alex, pero lo que sí sé es que ese destino quiere que hoy por hoy estés con esa mujer. Un poco de felicidad nunca viene mal, a nadie le amarga un dulce.

–Lo pensaré.

–No pienses tanto, o vas a acabar echando humo –dijo su amiga antes de alejarse.

Llegó la noche y con ella la hora de echar los deseos en la hoguera. Saltaron todos juntos al agua helada de la noche, pues era costumbre darse un baño esa noche para quitar las malas vibraciones y hacer que los deseos se hicieran realidad.

Pero Elena no se acercó a Alex en ningún momento. Cuando ya se habían secado junto a la hoguera, Auri y ella se sentaron en la orilla a hablar de sus cosas.

Cuando la hoguera se redujo a cenizas, Elena y Auri decidieron tumbarse en sus toallas a dormir, pero les fue imposible. Cuando se levantaron se dieron cuenta de que Alex no estaba.

–¿Dónde estará Alex? –preguntó Elena intrigada.

–Se habrá ido con sus amigos, los que han venido últimos.

–Ah, ni cuenta me he dado.

–¿Y tú cómo estás?

–Bueno... he tenido días mejores. Esta situación me está sobrepasando.

–Te entiendo muy bien, pero debes dejar que pase el tiempo y que se dé cuenta de que está equivocado.

–Lo sé, pero es difícil. No sé cómo hacerle entender que no le culpo por nada de lo que ha pasado, ya no. He estado pensando mucho en ello, aún le amo, y tenemos toda la eternidad para arreglar lo nuestro, pero no quiero dejar pasar más tiempo. Ha sido un auténtico gilipollas, pero eso no quita que él también puede estar asustado. Lo que me jode es que no lo hable conmigo.

–Tranquila, algún día lo hará. Es solo cuestión de tiempo.

–Él y su manía de aislarse cuando la situación se escapa a su control está acabando con mi paciencia.

En ese momento vieron aparecer a Alex por la otra punta de la playa. Nada más verle, Elena supo que algo no andaba bien. Se sentó pensativo junto a Auri y de buenas a primeras se levantó y se alejó solo.

–Vé y habla con él –dijo Auri.

–¿Yo? No va a escucharme.

–Tienes que intentarlo. ¡Vamos, habla con él!

Elena se levantó a toda prisa y alcanzó a Alex un par de metros más allá.

–Alex, ¿qué ocurre?



–Nada, estoy bien. Voy a dormir al coche.

–Te conozco y sé que algo te ocurre. Dime que pasa, no vuelvas a encerrarte.

–Después hablamos, ¿de acuerdo? –dijo acariciando suavemente su mejilla.

–Está bien.

Elena se acercó a Auri, y sin tener que decirle nada, su amiga se levantó y se encaminaron hacia las rocas. En el tiempo que había pasado desde el día que dieron fin a la Logia, las dos mujeres eran capaces de leerse la mente.

–¿Te ha dicho algo?

–Ni una palabra. Solo me ha dicho que después hablamos.

–¿Después? ¿Después cuándo?

–Supongo que espera que suba a buscarle dentro de un rato. Me conoce lo suficiente como para saber que eso es lo que haré. Voy a darle media hora para que esté solo y piense, después, él y yo vamos a aclarar las cosas de una vez por todas. Estoy cansada de jugar al ratón y al gato.

–Muy bien dicho. No entiendo por qué dos personas que se quieren tanto tienen que estar separados por tonterías.

–Después de esto... o estamos juntos para siempre o no volverá a verme en su vida.

–Bueno, espero que sea lo primero, Elena. No me gustaría veros pasarlo mal a ninguno de los dos.

Alex estaba tumbado en el asiento de atrás de su coche mirando al techo. Estaba demasiado cansado pero no podía dormirse. Tenía demasiadas cosas en la cabeza como para poder relajarse lo suficiente para coger el sueño.

Estar tan cerca de Elena estaba siendo una tortura. Ver cómo ella le ignoraba no le estaba gustando en absoluto, pero él solito se lo había buscado. ¿Y si se estaba equivocando? ¿Y si de verdad ella le amaba lo suficiente como para olvidarlo todo?

Un par de golpecitos en la ventanilla atrajeron su atención. Sonrió. Sabía quién era. En el poco tiempo que llevaban conociéndose le había demostrado que a cabezona no la ganaba nadie, y sabía que no se iba a quedar tranquila hasta que no le contase qué le pasaba.

Se levantó despacio y quitó el cerrojo de la puerta. Elena entró, se sentó junto a él y volvió a cerrar para que nadie les molestase.

–¿Y bien? –preguntó ella con cara de pocos amigos.

–Estoy cansado, pero no puedo dormirme. Eso es todo, Elena, en serio.

–A mí no me engañas, Alex, te conozco muy bien.

–De verdad que no me pasa nada.

–¿Cuándo vas a dejarte de tonterías, Alex? Tú y yo tenemos una conversación pendiente, y me parece que ya es hora de que la tengamos.

–¿Qué quieres que te diga? ¿Que siento haberte convertido? Pues no voy a decírtelo porque no es así. En ese momento me di cuenta de que prefiero

que me odies el resto de la eternidad a vivir sabiendo que estás muerta.

De lo que sí me arrepiento es de haberte hecho creer que estaba enamorado de otra mujer, porque no era así.

–¿Y me puedes explicar por qué nos hiciste creer a todos que sí lo estabas? Si no estabas enamorado de ella, ¿por qué te afectó tanto su abandono?

–¿Su abandono? ¡Ella me liberó al dejarme, Elena! No es por eso por lo que desaparecí.

–¿Entonces por qué?

–Porque vi cómo mi vida se iba a la mierda, por eso. Mis amigos, mi familia... incluso tú. Cuando te vi aparecer fue como si me llegase un rayo de esperanza. Debí imaginar que solo tú serías capaz de encontrarme, me conoces demasiado bien. Pero no lo hiciste por mí, y debería haberlo supuesto.

–¿Por qué, Alex? Solo quiero que me digas el por qué de todo esto.

–Porque quizás ahora no, pero dentro de unos años acabarás por odiarme por haberte convertido en un monstruo.

–Yo te pedí que lo hicieras si no había más remedio, ¿recuerdas? No podría haberte odiado por salvarme la vida.

–Eso era cuando creías que ibas a morir por el veneno. Es distinto.

–No, Alex, no es distinto. No quería morir, ni por el veneno ni por una mordedura de vampiro, y mucho menos que me sacaran el corazón para

que Gabriel viviese. Hiciste lo que te pidió el corazón en ese momento, y te aseguro que la eternidad no va a ser suficiente para agradecerte todo lo que has hecho por mí.

–No quiero que me lo agradezcas, maldita sea.

–Alex –dijo Elena acariciándole suavemente la mandíbula–, te amo, eso no ha cambiado, pero yo no puedo estar a tu lado como amiga sabiendo que nunca voy a tenerte. Si tú también me amas y quieres estar conmigo, empecemos de nuevo. Si no... desapareceré de tu vida y te dejaré tranquilo.

–Yo no quiero que desaparezcas de mi vida, pero...

–¿Pero qué?

–Tengo miedo, ¿de acuerdo? Tengo miedo de que te hartes de mí demasiado pronto, de despertarme una mañana y que no estés a mi lado, de que mi hijo te coja cariño y de la noche a la mañana no sepamos nada de ti.

–Me conoces lo suficiente como para saber que eso no ocurrirá nunca.

Jamás os haría daño a ti y a tu hijo y lo sabes. Si por cualquier circunstancia tu y yo nos separásemos, yo seguiría estando ahí para él.

Además... ¿tan poco crees en el amor como para pensar que algún día se acabará?

–No sería la primera vez.

–No se te ocurra volver a compararme con tu ex mujer, Alex. Yo no soy

ella. Te conozco lo suficiente como para saber que eres cabezota, imprevisible, que te encierras en ti mismo y que prefieres desaparecer a compartir tus preocupaciones con el mundo, pero eres un buen hombre. Si pusiera tus defectos y tus virtudes en una balanza, el platillo de las virtudes quedaría bastante más abajo.

–¿Por qué? ¿Por qué yo? De todos los hombres del mundo, ¿por qué te has enamorado de mí?

–Porque eres cariñoso, porque te preocupas por los demás, porque debajo de esa fachada de tipo duro se esconde un corazón lleno de dulzura, por tu mirada, por tu sonrisa, y por un millón de pequeñas cosas más. Quizás no seas el mejor hombre del mundo, pero te amo.

–¿Estás segura? ¿Estás completamente segura de que quieres pasar el resto de tu vida con un tipo como yo?

–Nunca he estado más segura de algo.

No hicieron falta más palabras. Alex se apoderó de su boca con desesperación. Llevaba demasiado tiempo soñando con tenerla entre sus brazos. La desvistió lentamente y recorrió cada centímetro de piel que dejaba al descubierto con la punta de su lengua.

Elena se retorció entre gemidos de placer. Había echado tanto de menos sus caricias... sentirle de nuevo sobre ella era como estar en el Edén. Y cuando la penetró... casi en el acto sintió un millón de descargas eléctricas activarse en su interior. Alex embistió un par de veces más hasta que con un gemido llegó a su

propia culminación.

Permanecieron largo rato abrazados sin hablar. Era irónico, pero en ese momento acababa de cumplirse uno de los deseos de la lista de los dos. Ya nada más importaba, todo lo que querían estaba a su alcance.

–Deberíamos bajar –dijo entonces Elena–, Auri estará preocupada.

–¿Auri?

–Conociéndola estará esperando verme aparecer.

–Os habéis hecho muy amigas, ¿no es cierto?

–Sí, la verdad es que es una mujer maravillosa, me alegro de haberla conocido.

–Está bien, vamos abajo.

Auri permanecía sentada en la orilla mirando el amanecer con Luismi dormido a su lado. Cuando los vió aparecer cogidos de la mano sonrió.

–Mirad... ¿A que es bonito? –comentó Auri cuando se sentaron a su lado.

–Sí –contestó Elena sentándose junto a ella–, es precioso.

–Pues me parece aún mejor al ver a mis amigos dejar de luchar contra el destino. Me alegro de que todo haya ido bien.

–Gracias por todo, Auri –dijo Alex–, por estar a mi lado, por ser mi amiga y por hacerme ver que estaba equivocado.

–Bueno, no eres perfecto, alguien tenía que decírtelo –bromeó ella.

–¿Sabéis qué es lo que pega en este preciso momento? –dijo Alex en ese

momento.

–¿El qué? –preguntó Elena apoyándose en su pecho.

–Un chapuzón. Un chapuzón con mis dos ángeles.

–Claro... ni que fuéramos “Los ángeles de Alex” –dijo Auri riendo.

–Eso es precisamente lo que sois, “Los ángeles de Alex” –le contestó él justo antes de levantarse, quitarse la camiseta y lanzarse al agua seguido de las dos mujeres, que reían a carcajadas.

# EPÍLOGO

Elena estaba tumbada en la cama que compartía desde hacía un año con Alex. No se encontraba nada bien, había intentado levantarse pero todo le dio vueltas.

Cuando volvieron de la playa decidieron alquilar la casa de Elena e irse a vivir todos juntos a la casa de Alex. Su vida había sido un cuento de hadas durante el año que llevaban siendo una familia.

Habían pensado casarse por el juzgado. Eso de entrar a la iglesia no les hacía gracia a ninguno de los dos, no fuesen ciertas las leyendas referentes a eso.

Esa mañana, Alex había ido a la editorial a firmar el contrato. Había escrito un libro en el tiempo que estuvo alejado de Elena y se lo iban a publicar.

El pequeño Alex entró a la habitación de su padre al ver que Elena aún no estaba levantada, y al verla pálida tumbada en la cama se asustó.

–Mami, ¿qué te pasa? ¿Estás bien?

–Sí, tesoro, es solo que estoy algo mareada.

–¿Quieres que llame a papá?

–No, no hace falta, en un momento se me pasará.

Elena intentó ponerse de pie, pero se tambaleó, y el niño se acercó a ella para ayudarla.

–Deberíamos llamar a la tita Auri.

–Ayúdame a llegar a la cocina, que te preparo el desayuno.



–Mami, ya soy mayor, puedo meter un vaso de leche en el microondas.

–Me da igual. Vamos, jovencito.

–Está bien, está bien... pero voy a llamar a papá.

–Eso ni pensarlo, papá está trabajando, así que vas a estarte quieto.

Elena se incorporó como pudo y se dispuso a prepararle el desayuno al pequeño. En el momento en el que Alex entraba por la puerta, el mundo se le volvió negro y se desmayó.

Alex estaba aterrado. Conducía por las calles como alma que lleva el diablo en dirección al hospital. Elena iba en el asiento de atrás sin conocimiento, tumbada sobre las piernas del niño, que lloraba desconsolado.

¿Qué demonios le pasaba? No podía estar enferma. Los vampiros no enfermaban así porque sí. Quizás fuese una reacción del veneno que le inyectó la Logia... pero hacía ya más de un año de aquello, si hubiese sido así habría enfermado mucho antes.

En cuanto llegaron a la puerta del hospital, un par de enfermeros acercaron una camilla y metieron a Elena a la consulta de Auri. Antes de salir de la casa Alex la había llamado para contarle lo ocurrido y ella lo había dispuesto todo.

Antes de nada le hizo una transfusión sanguínea. No sabían si ese día había bebido su bolsa de sangre, y posiblemente fuese una respuesta natural de su cuerpo a la inanición.

Elena abrió los ojos un par de minutos más tarde.

–¿Dónde... dónde estoy?

–Vaya susto nos has dado, amiga –dijo Auri entrando en su campo de visión.

–Me siento muy débil.

–Vamos a hacerte unas pruebas para saber qué te ocurre. No es normal que te desmayes de repente.

–¿Y... el niño?

–Lo he llevado a la sala de juegos para que se entretenga y no piense demasiado. Le has dado un susto de muerte.

–Pobre...

–Y Alex está ahí fuera esperando para verte, voy a decirle que entre.

–De acuerdo.

Si en ese momento Elena hubiese tenido fuerzas se habría reído a carcajadas. La cara de Alex era un poema. Estaba aterrado, la vena de su cuello latía con fuerza y sus ojos estaban anegados en lágrimas que se negaba a dejar salir.

–¡Eh! ¿Cómo estas, mi amor?

–Cansada, tengo ganas de vomitar y todo me da vueltas.

–Vas a ponerte bien, te lo prometo.

–Será un resfriado al estilo Drácula –dijo ella intentando animarle.

–Seguro –dijo sonriendo–, antes de lo que te imaginas estarás de vuelta en casa.

Auri entró en la sala en ese momento acompañada por dos enfermeros.

–Ahora voy a llevarla a hacerle unas pruebas. Espera aquí, no tardaremos.

Llevaban en el hospital cerca de cuatro horas. Auri había llevado a Elena de un lado para otro. Le había hecho todas las pruebas habidas y por haber sin éxito, todo estaba perfectamente. No dejaba de darle vueltas a la cabeza a una idea, pero era imposible.

–Bueno... hemos hecho todas las pruebas que se me han ocurrido... y nada, está más fuerte que un roble.

–¿Y por qué está así? –preguntó Alex.

–Tengo una teoría... pero es un poco descabellada, por no decir ilógica e imposible.

–Tú dirás.

–Antes de decir nada voy a hacerle otro análisis –le entregó a Alex otra bolsa de sangre– Toma, procura que se la tome, después de tantos análisis la necesitará.

–De acuerdo.

Auri se dirigió a la sala de laboratorios. Empezó a mezclar la sangre de Elena con varios componentes químicos. No podía ser cierto, pero era la única explicación lógica que le quedaba.

Después de varios minutos, la máquina dio el resultado: positivo.

Alex estaba sentado al borde de la cama de Elena intentando que la mujer comiera.

–Cariño, ya has oído a Auri. Tienes que bebértela entera, te ha hecho demasiados análisis.

–Alex, tengo ganas de vomitar, y si me la bebo lo haré.

–Quizás tienes arcadas porque te hace falta más sangre.

–Que no, que estoy bien.

–¿Desde cuándo no bebes?

–Desde ayer.

–¿Seguro?

–Bueno... desde antes de ayer.

–Cariño, sabes que tienes que tomar una al día, así que posiblemente sea eso lo que te pasa. Vamos, bebe, es una orden.

–Sí, papá.

–Bueno –dijo Auri desde la puerta, sonriente–, creo que a partir de ahora deberías beber una bolsa más. Tienes que tener fuerzas.

–¿Sabes ya lo que tiene? –preguntó Alex, preocupado.

–Sí, ya lo sé.

–¿Y bien? ¿Qué me pasa?

–Pues lo que te pasa, conociendo a Alex, se llamará Elena. Enhorabuena a los dos. Vais a tener una niña.

**FIN**